

CARDENAL
ROBERT SARAH

PARA LA ETERNIDAD



REFLEXIONES EN TORNO
A LA FIGURA DEL SACERDOTE

PALABRA

Cardenal Robert Sarah

PARA LA ETERNIDAD

Reflexiones en torno
a la figura del sacerdote

*A todos los seminaristas
del mundo entero*

Contraportada

PARA LA ETERNIDAD

«Hemos de mirar cara a cara a la realidad: el sacerdocio parece tambalearse. Algunos sacerdotes son como los marineros de una nave violentamente sacudida por el huracán. Dan bandazos y pierden el equilibrio. ¿Quién no se hace preguntas cuando lee ciertos testimonios de abuso infantil? ¿En quién no surgen dudas? El sacerdocio, su estatus, su misión, su autoridad se han puesto al servicio de lo peor; se ha instrumentalizado para ocultar, tapar e incluso justificar la profanación de la inocencia de los niños. En ocasiones se ha usado la autoridad episcopal para pervertir –cuando no para truncar– la generosidad de quienes deseaban consagrarse a Dios. En el corazón de sacerdotes, obispos y cardenales se ha filtrado la búsqueda de una gloria mundana, de poder, de honores, de placeres terrenales. ¿Quién es capaz de asumir esta realidad sin estremecerse, sin llorar, sin hacerse preguntas?»

No podemos aparentar que todo esto carece de importancia, que todo esto no es más que un percance. Al mal hay que mirarlo cara a cara. ¿Por qué tanta corrupción, tanto extravío, tanta perversión?».

A partir de diversos textos de santos, papas y algún otro autor, el Cardenal Sarah da respuestas concretas a esta crisis sin precedentes del ámbito eclesial.

Introducción

Me acerco humildemente

Me acerco humildemente a cada uno de vosotros como hermano, como amigo, como padre y discípulo de Jesucristo. Acudo a vuestro lado para reflexionar juntos acerca de ese don maravilloso que hemos recibido: el sacerdocio. Jesucristo nos hace participar de su sacerdocio de un modo asombroso y gratuito.

En la Iglesia, los días de ordenaciones sacerdotales son días de fiesta. ¡Qué alegría ver a esos jóvenes sacerdotes felices de entregarse al Señor! ¿Quién no ha admirado alguna vez el profundo gozo que reflejan los rostros cansados y surcados de arrugas de esos sacerdotes ancianos que llevan tantos años siendo fieles? El ministerio sacerdotal es fuente de alegría, porque consiste en entregar la vida divina y en conducir a las almas hasta el cielo, hasta la alegría perfecta.

Aun así, en nuestros días se cierne una sombra sobre la vida de los sacerdotes. No hay semana en que no salga a la luz algún caso de abusos sexuales o de corrupción. Hemos de mirar cara a cara a la realidad: el sacerdocio parece tambalearse. Algunos sacerdotes son como los marineros de una nave violentamente sacudida por el huracán. Dan bandazos y pierden el equilibrio. ¿Quién no se hace preguntas cuando lee ciertos testimonios de abuso infantil? ¿En quién no surgen dudas? El sacerdocio, su estatus, su misión, su autoridad se han puesto al servicio de lo peor; se ha instrumentalizado para ocultar, tapar e incluso justificar la profanación de la inocencia de los niños. En ocasiones se ha usado la autoridad episcopal para pervertir –cuando no para truncar– la generosidad de quienes deseaban consagrarse a Dios. En el corazón de sacerdotes, obispos y cardenales se ha filtrado la búsqueda de una gloria mundana, de poder, de honores, de

placeres terrenales. ¿Quién es capaz de asumir esta realidad sin estremecerse, sin llorar, sin hacerse preguntas?

No podemos aparentar que todo esto carece de importancia, que todo esto no es más que un percance. Al mal hay que mirarlo cara a cara. ¿Por qué tanta corrupción, tanto extravío, tanta perversión?

Es comprensible que nos pidan cuentas. Es comprensible que el mundo nos diga: «No hagáis como los fariseos, porque ellos dicen pero no hacen» (cfr. *Mt* 23, 3). El pueblo de Dios mira a sus sacerdotes con suspicacia. Los no creyentes los desprecian y desconfían de ellos.

Algunos se preguntan si lo que está en tela de juicio no es el propio sacerdocio. Aquí y allá vemos surgir propuestas para transformar la institución, para renovarla y modernizarla. Todas estas iniciativas serían legítimas si el sacerdocio fuese una institución humana. Pero no somos nosotros quienes lo hemos inventado: el sacerdocio es un don de Dios. Un don divino no se reforma sobrecargándolo con nuestras ideas humanas para adaptarlo a las modas pasajeras; al contrario: se restaura despojándolo de las capas de estuco que impiden que el original muestre su esplendor.

Por desgracia, hay quienes se han servido de su sacerdocio para satisfacer su deseo de pecado. Han corrompido el sentido de la ordenación sacerdotal. Han pervertido incluso el sentido de las palabras. Cuando se dice que el sacerdote se identifica con Cristo hasta el punto de convertirse en «otro Cristo», en ningún caso se atribuye a esa afirmación un significado psicológico. El sacerdote no es en absoluto todopoderoso. No se le debe una obediencia ciega. Estar identificado con Cristo no otorga ningún derecho a imponer o a satisfacer los propios caprichos. Ser otro Cristo obliga, por el contrario, a hacerse el más pequeño de los servidores; ser otro Cristo obliga a un pudoroso e infinito respeto hacia todos; ser otro Cristo me obliga a subir a la Cruz. La ordenación no nos hace ascender al trono, sino a la Cruz. No permitamos que unos cuantos depravados nos hurten esas palabras de la tradición cristiana, tan hermosas y tan exigentes. La identificación mística y espiritual del sacerdote con Cristo no conduce a ningún abuso si se vive en la verdad. No temamos devolver a esas palabras tan exigentes su sentido más profundo.

El sacerdocio nos obliga a resplandecer de santidad. «El alma del sacerdote –dice san Juan Crisóstomo– ha de ser más pura que los rayos del sol para que el Espíritu Santo no lo deje nunca solo, para que pueda decir: “Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí”» [1].

El sacerdocio es el bien más valioso de la Iglesia. Debe irradiar al mundo la luz y la santidad de Dios. No hay santificación posible sin el sacerdocio, porque «al igual que sin el sol no brillaría ninguna luz sobre la tierra, sin el sacerdocio la Iglesia no recibiría gracia ni santidad alguna. El sol derrama sobre el mundo sus rayos de luz; el sacerdocio obra en todos, prodiga sus dones y vierte sobre todos el perfume de la santidad. Porque el fin para el que ha sido instituido por Cristo es que la Iglesia reciba de él toda su santificación, toda su belleza, todo su esplendor» [2].

Es evidente que la santidad que debe brillar en el sacerdote nace de la santidad de Dios. Los sacerdotes tienen que hacerse perfectos y santos a imagen de Jesucristo. Por eso, como sacerdotes hemos de esforzarnos por adquirir todas las virtudes humanas y cristianas para configurarnos realmente con Cristo y parecernos a Él. A ello nos exhorta san Gregorio de Nisa: «Considerando que Cristo es la luz verdadera sin mezcla posible de error alguno, nos damos cuenta de que también nuestra vida ha de estar iluminada con los rayos de la luz verdadera. Los rayos del sol de justicia son las virtudes que de él emanan para iluminarnos, para que dejemos las actividades de las tinieblas y nos conduzcamos como en pleno día, con dignidad. Y, apartando de nosotros las ignominias que se cometen a escondidas y obrando en todo a plena luz, nos convirtamos también nosotros en luz y, según es propio de la luz, iluminemos a los demás con nuestras obras. Y, si tenemos en cuenta que Cristo es nuestra santificación, nos abstendremos de toda obra y pensamiento malo e impuro, con lo cual demostraremos que llevamos con sinceridad su mismo nombre, mostrando la eficacia de esta santificación no con palabras, sino con los actos de nuestra vida» [3].

Esta es la función del sacerdocio. Jesucristo nos ha dejado un icono espléndido, límpido y luminoso de su ser sacerdotal. El sacramento del orden es ese icono de Jesús, Sumo Sacerdote. Pero nuestras componendas con el mundo han ido añadiendo capas de pintura de mediocre calidad a la obra de arte divina, que ha perdido su brillo. Por eso conviene restaurarla y,

para ello, raspar los añadidos y descubrir el original. A esta tarea de reforma, de retorno a la forma querida por Dios, quise invitar junto con Benedicto XVI con la publicación de *Desde lo más hondo de nuestros corazones* [4]: un libro en el que cada uno de nosotros proponía a los sacerdotes algunos caminos para la restauración de un modo de vida plenamente sacerdotal. Ciertas propuestas eran audaces. Por desgracia, de esas líneas solo han quedado las interpretaciones más polémicas y políticas. El libro, sin embargo, ha hallado un lector atento y benevolente en la persona del Papa Francisco, quien no cesa de invitar a los sacerdotes a una restauración de su ser más profundo. Al pedirnos que rompamos con la autorreferencialidad, el papa nos invita a reencontrarnos con un sacerdocio que no remita a sí mismo, sino que sea efectivamente un icono de Cristo-sacerdote.

¿Cómo se puede llevar a cabo esa restauración? ¿Cómo levantar las capas de pintura y de barniz acumuladas? En este libro os propongo un método muy sencillo: ¡dejemos hablar a la Iglesia! Dejemos hablar a sus santos, a sus doctores. Abracemos su mirada para renovar nuestras perspectivas.

He querido escribir un libro sencillo, breve, accesible a todos; un libro cuyo objetivo consiste en que los sacerdotes vuelvan a descubrir su identidad profunda, en que el pueblo de Dios renueve su manera de mirarlos.

Cederé la palabra a los santos, hombres y mujeres, laicos y clérigos. La pureza de su alma nos permitirá redescubrir la esencia del sacerdocio. No busquéis en este libro un tratado de teología académica. Lo que se expone en él es la teología de los santos. Una teología contemplativa, espiritual, pero también práctica y concreta. Cederé la palabra a la Iglesia y a su magisterio, porque a través de ella nos llega la voz de Cristo.

Cada texto será para nosotros como una mirada nueva, un rayo de luz con el que dibujar mejor el retrato espiritual del sacerdote tal y como lo ha querido Cristo, tal y como hoy tenemos necesidad de él. A la luz de las enseñanzas de la Iglesia y de los santos, examinaremos juntos la calidad de nuestra relación con Dios. Intentaremos adquirir conciencia de que quienes sirven a Dios y al Altar no deben seguir mezclándose con las bajezas del

mundo. Intentaremos poner por obra especialmente el salmo 15: *Dominus pars hereditatis meae et calicis mei. Tu es qui defines sortem meam*: «El Señor es el lote de mi heredad y mi copa, mi suerte está en tu mano. Me ha tocado un lote hermoso, me encanta mi heredad» (*Sal 15, 5-6*).

Junto a vosotros, contemplo la tempestad que zarandea con violencia a la Iglesia. A todos nos preocupan y nos entristecen hondamente las fuertes convulsiones, los inquietantes cuestionamientos doctrinales y litúrgicos, el desmoronamiento de la teología moral católica, la omnipresencia del mal en el mundo, que dejan a la Iglesia indefensa frente a los grandes cambios de la sociedad. Nuestra identidad sacerdotal, empañada por una minoría de los nuestros, se ve fuertemente cuestionada. Existe una corriente de pensamiento que niega la diferencia esencial entre el sacerdocio ministerial y el sacerdocio común de los bautizados. Se quiere atribuir a todos más funciones ministeriales que aquellas para las que habilitan los sacramentos del bautismo y de la confirmación. Si partimos de esta noción puramente funcional y sociológica del sacramento del orden, ¿no corremos el peligro de desnaturalizar completamente el sacerdocio de la Nueva Alianza?

De esta visión sociológica del sacerdocio surgen presiones y reivindicaciones a favor de la ordenación de mujeres y de hombres casados. No obstante, en su carta apostólica *Mulieris dignitatem*, de 15 de agosto de 1988, el papa Juan Pablo II expuso y explicó claramente el íntimo vínculo entre la relación esponsal de Cristo con la Iglesia y el hecho de que la ordenación esté reservada a los varones.

Estas son sus inolvidables palabras: «Nos encontramos en el centro mismo del Misterio pascual, que revela hasta el fondo el amor esponsal de Dios. Cristo es el Esposo, porque “se ha entregado a sí mismo”: su cuerpo ha sido “dado”, su sangre ha sido “derramada” (cfr. *Lc 22, 19-20*). De este modo “amó hasta el extremo” (*Jn 13, 1*). El “don sincero”, contenido en el sacrificio de la Cruz, hace resaltar de manera definitiva el sentido esponsal del amor de Dios. Cristo es el Esposo de la Iglesia, como Redentor del mundo. La Eucaristía es el sacramento de nuestra redención. Es el sacramento del Esposo, de la Esposa. La Eucaristía hace presente y realiza de nuevo, de modo sacramental, el acto redentor de Cristo, que “crea” la Iglesia, su cuerpo. Cristo está unido a este “cuerpo”, como el esposo a la esposa. Todo esto está contenido en la carta a los efesios. En este “gran

misterio” de Cristo y de la Iglesia se introduce la perenne “unidad de los dos”, constituida desde el “principio” entre el hombre y la mujer. Si Cristo, al instituir la Eucaristía, la ha unido de una manera tan explícita al servicio sacerdotal de los apóstoles, es lícito pensar que de este modo deseaba expresar la relación entre el hombre y la mujer, entre lo que es “femenino” y lo que es “masculino”, querida por Dios, tanto en el misterio de la creación como en el de la redención. Ante todo en la Eucaristía se expresa de modo sacramental el acto redentor de Cristo Esposo en relación con la Iglesia Esposa. Esto se hace transparente y unívoco cuando el servicio sacramental de la Eucaristía –en la que el sacerdote actúa “in persona Christi”– es realizado por el hombre. Esta es una explicación que confirma la enseñanza de la declaración *Inter insigniores*, publicada el 15 de octubre de 1976 por disposición de Pablo VI, para responder a la interpelación sobre la cuestión de la admisión de las mujeres al sacerdocio ministerial».

Por otra parte, el mundo en el que vivimos hoy es un mundo sin Dios. En el árido desierto de una sociedad occidental donde progresa a pasos agigantados la apostasía silenciosa del hombre que cree ser más feliz sin Dios, vengo a invitaros a convertirnos aún más claramente en signos visibles de la presencia de Dios en el mundo. Os invito a sentaros con frecuencia a los pies de Jesús para escucharle hablarnos del amor infinito del Padre, para volver a aprender de Él la primera y principal misión que el Señor nos confía. La sociedad occidental ha matado a Dios; por eso, pese a las apariencias de prosperidad material, se halla en decadencia y se somete a una lenta eutanasia. Se ha creído que, con la muerte de Dios, se alcanzaría la autonomía y la absoluta libertad del hombre. En realidad, la muerte de Dios ha conducido a la muerte de la libertad y al oscurecimiento de una justa idea del hombre. Dios es la única brújula capaz de orientarnos hacia la felicidad.

Como ha repetido una y otra vez Benedicto XVI, Dios se ha hecho hombre por nosotros. Su corazón está tan cerca de su criatura humana que se ha unido a ella para integrarse en su historia de un modo muy concreto. Dios habla con nosotros. Vive con nosotros, obra con nosotros, sufre con nosotros y escucha nuestros gritos de angustia. Ha tomado la muerte sobre Él para salvarnos de la muerte y del pecado. Todo esto es algo que la teología trata muchas veces en términos demasiado eruditos, incomprensibles y herméticos. Precisamente por eso corremos el peligro de

convertirnos en expertos en Dios, en maestros de la fe, en lugar de dejarnos transformar, renovar, gobernar y divinizar por ella. Con nuestras vidas y con nuestro testimonio, plenamente impregnados del Evangelio, hemos de devolver a Dios su lugar en el mundo.

Este libro es una invitación a sentarnos a los pies de Jesús, nuestro Sumo Sacerdote, para dejarnos renovar en nuestro sacerdocio. A sus pies, tras sus huellas, aprendemos a ser sacerdotes, a dejarnos moldear a su imagen y semejanza, y a penetrar plenamente los misterios cristianos que celebramos con fe.

Jesús nos enseña que, a través de su sacerdocio, Dios Padre nuestro ha iniciado una historia de amor con nosotros, un amor infinito y exigente que llega hasta la muerte. Y desea asociar a esa historia a toda la creación. El contrapeso para el mal que nos amenaza solo puede consistir en el pleno abandono a ese Amor: Él es el verdadero contrapeso del mal. El poder del mal nace de nuestra negativa a amar a Dios.

El único y principal objetivo de estas líneas es abrir nuestro corazón para volver a escuchar a Jesús orando por nosotros, los sacerdotes: «No ruego que los retires del mundo, sino que los guardes del maligno. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Santifícalos en la verdad: tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así yo los envío también al mundo. Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad» (*Jn 17, 15-19*). Quieren animaros a resistir con firmeza y con fidelidad, sean cuales sean las pruebas, los sufrimientos, las tribulaciones y los insultos que hayáis de soportar en nombre del Señor Jesús.

Estas líneas quieren recordaros que la Pasión de Cristo es una realidad permanente e inherente a la vida del sacerdote. Como nos enseñan los cartujos, *stat Crux dum volvitur urbis*: «La cruz permanece mientras el mundo gira alrededor de ella». Hoy Cristo sigue sufriendo y muriendo en sus sacerdotes y en los fieles cristianos.

Este libro quiere conducirnos, tras las huellas de san Francisco de Asís, a una honda conversión, a llevar como él en vuestro propio cuerpo los estigmas de Cristo y, haciendo vuestras sus palabras, a asumir como regla

de vida la decisión de «observar plenamente el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo».

I

Para una reforma del clero

Partiendo de una reflexión
de santa Catalina de Siena

Introducción

Me gusta releer de vez en cuando los textos de santa Catalina de Siena. El alma de esta hija de santo Domingo está habitada por un amor tan vehemente a Cristo y a la Iglesia que nos despierta de nuestros letargos y censura nuestras tibiezas y nuestras componendas con el pecado. Es una mujer que sabe hablar a los sacerdotes. ¡Qué libertad de expresión! A día de hoy, ¿quién se atrevería a pronunciar palabras como las suyas? Nadie me convencerá de que esta santa no supo ocupar su lugar en su Iglesia en su condición de mujer. Pese a su escasa instrucción, no dudó en amenazar a sacerdotes y obispos; y no lo hizo reclamando tal o cual igualdad proporcional e indistinta entre hombres y mujeres, ni reivindicando títulos o su derecho a ser diaconisa o sacerdotisa, sino llamando a cada uno a ser plenamente lo que es: miembro vivo del Cuerpo místico de Cristo. Por eso no duda en afirmar que la causa de los males de la Iglesia son la tibieza y los pecados del clero. No duda en exhortar a una reforma de los pastores. ¿Y en qué consiste esa reforma? ¿En una transformación del sacerdocio? ¿En una revisión del sacramento del orden? No: consiste en la conversión de los sacerdotes a una vida coherente con su estado sacramental.

Permitidme una reflexión inspirada por estas líneas de Catalina de Siena. A veces me pregunto por el aparente fracaso que vive actualmente el gran movimiento misionero iniciado en el siglo XIX. ¡Cuánta santidad, cuánta

generosidad, cuántos sacerdotes que asumieron enormes sacrificios para anunciar el Evangelio a todos los pueblos! Pienso –y al mismo tiempo doy gracias por ellos– en los misioneros que quisieron quedarse hasta en los pueblos más insignificantes de los lugares más remotos. Gracias a ellos también yo conozco hoy a Cristo. Ahora ese movimiento da la impresión de haber quedado seco, agostado. Es como si la Europa cristiana estuviese cansada. El importante movimiento de conversiones y bautismos de África y Asia se habría frenado de no ser por la espléndida proliferación de iglesias locales y por las numerosas vocaciones a la vida sacerdotal y religiosa que Dios ha suscitado en los territorios de misiones. ¿Qué ha ocurrido? Quizá podamos hallar una respuesta en tantos casos de pedofilia como están saliendo a la luz. ¿Cómo podíamos ser fecundos si en nuestro seno se hallaban ocultos semejantes pecados? ¿Cómo podía ser misionera nuestra Iglesia si, entre sus sacerdotes, algunos individuos seguían empañando y manchando de ese modo la obra pura y santa de tantos otros? Las palabras de Catalina de Siena resuenan con plena actualidad: «La sangre del Hijo de Dios, igual que da la vida, da la muerte al que abusa de ella».

Sacerdotes, hermanos míos, ¿hemos abusado nosotros de la sangre de Cristo? ¿Hemos abusado de los sacramentos? ¿Hemos celebrado con gozoso temor y respeto amoroso el misterio de la sangre? ¿Hemos dado prioridad a Dios en nuestras liturgias eucarísticas? ¿Son nuestras celebraciones litúrgicas momentos de adoración, de glorificación de la majestad divina, o se han convertido en una autocelebración de la comunidad o en exhibiciones folclóricas y culturales? ¿Hemos administrado los sacramentos con descuido? ¿Hemos desatendido el sacramento de la penitencia en el que esa sangre nos lava del pecado?

Sacerdotes, hermanos míos, ¿hemos abusado de esa leche de la doctrina? ¿No la habremos mancillado con tantas impurezas exteriores y tantas componendas? Hago junto con vosotros mi examen de conciencia. O, mejor aún, dejo que me interrogue, desde su siglo XIV, la joven de Siena. Sí, dejemos que sea ella quien nos someta a examen. Dejemos que las palabras de Catalina nos devuelvan el sentido de pecado, que reaviven en nosotros la triste y trágica conciencia del rechazo de Dios. El pecado, nuestro pecado de sacerdotes no es banal. Ha costado la sangre del Dios encarnado. Nuestra reforma, nuestro retorno a Él es fruto de esa sangre y condición para la santidad de toda la Iglesia. Porque somos nosotros los causantes de su

enfermedad. Santa Catalina, la misma que intervino públicamente en la vida de la Iglesia pidiendo al papa Gregorio XI que dejara Aviñón para volver a la sede de Pedro, está enterrada en Roma. A fuerza de gritos, de amenazas, de oraciones y de amor, consiguió arrastrar a Roma al Vicario de Cristo. Bajo el altar de la iglesia de la Minerva se puede ver su cuerpo. Ahí está, tendida bajo la mesa del sacrificio en la que cada día se derrama la sangre que riega nuestras almas y vivifica a la Iglesia. Ella nos interpela y nos recuerda nuestra vocación de sacerdotes y nuestra misión en el mundo. Su cuerpo, que reposa en medio de nosotros, es un cuestionamiento permanente.

¿No nos hemos mundanizado, secularizado, entibiado? ¿No vamos a remolque del mundo, de un mundo materialista y ateo? Abandonados a nosotros mismos y muchas veces desorientados incluso por algunos pastores, nos sentimos extraviados, intimidados y descorazonados por los poderes de este mundo. No perdamos la esperanza. Permanezcamos firmes en la fe de nuestro Señor Jesucristo, con la seguridad que recibimos de san Juan en su primera carta: «¿Quién es el que vence al mundo sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?» (1 Jn 5, 5).

No disminuyamos ni un ápice nuestro celo por la verdad católica. Recordemos que la situación de la Iglesia primitiva no era muy diferente de la nuestra. Y, sin embargo, un puñado de pescadores de Galilea, «hombres sin letras ni instrucción» (Hch 4, 13), sin ningún control sobre los asuntos del mundo, pero llenos de fe, conquistó el mundo entero. Porque «la Iglesia –dice Henri de Lubac– no es solamente la primera obra del Espíritu santificador, sino la que comprende, condiciona y absorbe todas las demás. Todo el proceso de salvación se realiza en ella. (...) Tal como existe por Dios, la Iglesia no es necesaria “con necesidad de medio”. Más aún. El misterio de la Iglesia es en resumen todo el Misterio. Es nuestro propio misterio por excelencia. Nos envuelve totalmente. Nos rodea por todas partes, puesto que Dios nos ve y nos ama en su Iglesia, nos quiere en ella y nosotros lo encontramos en ella, le damos nuestro asentimiento también en ella y en ella Él nos da la felicidad» [1].

Nos resulta imposible comprender el sacerdocio al margen de la Iglesia católica. Toda reforma del clero debe comenzar por una honda mirada de fe sobre la Iglesia, porque es en ella donde son engendrados todos los

sacramentos de la Nueva Alianza y donde nosotros mismos nos convertimos en discípulos de Jesucristo.

Pero la Iglesia, toda la Iglesia, la única Iglesia, la de hoy, la de ayer y la de mañana, es sacramento de Jesucristo. Y no es otra cosa. No obstante, a ojos de muchos de nuestros contemporáneos e incluso de algunos de sus propios hijos, la Iglesia es una estructura puramente humana al servicio de la sociedad. Ya no se sabe ver en ella más que sus méritos humanos: solo es digna de estima cuando emplea sus medios para algún fin temporal, como el alivio de la pobreza o la acogida de los migrantes. Se la aprecia por su compromiso a favor de la ecología, por su lucha política a favor de la paz, de la justicia y de la fraternidad entre los pueblos.

Hoy se constatan en el seno de la Iglesia grandes luchas internas y divisiones doctrinales. Hasta los sínodos de obispos, que fueron concebidos como un encuentro para el intercambio pastoral y en el que compartir nuestra misión común, se han convertido en un campo de batalla donde se enfrentan las partes, cada una de ellas deseosa de imponer por la fuerza su postura teológica, moral o ideológica. Como dice Henri de Lubac, «las disputas de sus propios hijos no debilitan solo a la Iglesia, sino que la desfiguran a ojos del mundo. Para nosotros, atrevámonos a decirlo, si la Iglesia no fuese lo que pretende ser, si no viviese esencialmente de la fe en Jesucristo, de esta fe proclamada por el Apóstol Pedro en el camino de Cesárea, no esperaríamos que ella nos decepcionase humanamente para alejarnos de ella. Porque todas sus buenas acciones humanas y todas sus magnificencias, toda la riqueza de su historia y todas sus promesas de futuro no podrían compensar el vacío horroroso que habría en su interior. Todo esto –la hipótesis no es solo falsa, es imposible– no sería más que la envoltura brillante de una impostura, y la esperanza que ha puesto en nuestros corazones sería un engaño. “Seríamos en este caso los más desdichados de los hombres” (1 Co 15, 14-19). Si Jesucristo no constituye su riqueza, la Iglesia es miserable. Ella es estéril, si el Espíritu de Jesús no florece en ella. Su edificio está ruinoso, si Jesucristo no es el Arquitecto y si su Espíritu no es la argamasa de las piedras vivas con las que se construye. No tiene belleza, si no refleja la única belleza del Rostro de Jesucristo y si no es el Árbol cuya raíz es la Pasión de Jesucristo [2]. La ciencia de la que se jacta es falsa, y falsa la sabiduría que la adorna, si ambas no se resumen en Jesucristo. Ella nos retiene en las tinieblas de la muerte, si su luz no es

“luz iluminada”, que viene toda de Jesucristo. Toda su gloria es vana, si no la pone en la humildad de Jesucristo. Su mismo nombre es extraño para nosotros, si no evoca enseguida en nosotros el único Nombre dado a los hombres para su salvación (cfr. *Hch* 4, 12). Ella no es nada para nosotros, si no es para nosotros el sacramento, el signo eficaz de Jesucristo. La Iglesia tiene como única misión hacer a Jesucristo presente entre los hombres. Ella debe anunciarlo, mostrarlo, darlo a todos. Lo demás, una vez más, solo es añadidura. En esta misión sabemos que ella no puede fallar. Es y será verdaderamente la Iglesia de Cristo: “Yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo” (*Mt* 28, 20). Pero lo que es en sí misma tiene que serlo también en sus miembros. Lo que ella es *para nosotros* es preciso que lo sea también *por nosotros*. Es preciso que Jesucristo siga siendo anunciado por nosotros, que sigamos transparentándolo. Es más que una obligación: es, podemos decir, una necesidad orgánica. ¿Responde siempre a esto la realidad? ¿Realmente anuncia la Iglesia a Jesucristo a través de nuestro ministerio sacerdotal?» [3]. Esta es la pregunta que os hago. Y es una pregunta vital.

Santa Catalina de Siena, *El diálogo* (extractos)

Dios promete consuelo a sus servidores y la reforma de la santa Iglesia por medio de abundantes sufrimientos.

Más te digo: que cuanto más abunden ahora las tribulaciones en el cuerpo místico de la santa Iglesia, tanto más abundará en ella la dulzura y el consuelo. La dulzura consistirá en esto: en la reforma de los santos y buenos pastores, que son flores de gloria, es decir, que dan gloria y alaban mi nombre ofreciéndome los perfumes de la virtud fundada en la verdad. Esta es la reforma de las perfumadas flores de mis ministros y pastores. No es que haya necesidad de reformar los frutos de esta Esposa, ya que nunca disminuyen ni se echan a perder por los defectos de los ministros.

Por eso, dentro de la amargura, alegraos tú, el padre de tu alma y los demás servidores míos, pues yo, Verdad eterna, he prometido daros

alivio; después de la amargura y de muchos sufrimientos, os daré consuelo en la reforma de la Iglesia [4].

Dios se queja del pueblo cristiano, y principalmente de sus ministros.

Volviendo Dios entonces los ojos de su misericordia hacia ellos y dejándose presionar por las lágrimas y ciñéndose el cingulo del santo deseo, dijo lamentándose: *Hija dulcísima, las lágrimas me fuerzan, porque están unidas a mi caridad y son derramadas por amor a mí. Vuestros dolorosos deseos me atan. Pero mira y considera lo sucia que mi Esposa tiene su cara, cómo es leprosa a causa de las inmundicias y del amor propio, inflada por la soberbia y codicia que se alimentan a sus pechos, es decir, la religión cristiana, cuerpo universal, y hasta el cuerpo místico de la santa Iglesia. Digo esto de mis ministros, que son quienes se alimentan y están a sus pechos. Y no solo se alimentan, sino que tienen que alimentar y mantener a esos pechos el cuerpo universal de la religión cristiana y a cualquier otro que quisiera salir de las tinieblas de la infidelidad y unirse a mi Iglesia como miembro suyo.*

Mira con cuánta ignorancia, cuántas tinieblas y cuánta ingratitud es repartida por manos inmundas la leche y la sangre de esta Esposa y con cuánta presunción e irreverencia son recibidas por los fieles. Por eso, lo que da vida, frecuentemente les da la muerte por defecto suyo. La preciosa sangre de mi Hijo es lo que hizo desaparecer la muerte y las tinieblas, lo que dio la luz y la verdad, y dejó confundida a la mentira.

Esta sangre dio y realizó todo lo referente a la perfección del hombre que se dispone a recibirla. Igual que da vida y dota al alma de toda gracia, así da la muerte al que abusa de ella, poco o mucho conforme a la disposición y afecto de quien las recibe. De modo que por parte de quien las acepta, si las recibe indignamente en las tinieblas del pecado mortal, a este se le da la muerte y no la vida. No ocurre esto por defecto del ministro, aunque se hallase en pecado igual o mayor, ya que su pecado no echa a perder ni ensucia la sangre, sino a sí mismo por el pecado, al que seguirá la pena si no se corrige con verdadera contrición y aborrecimiento de la culpa.

Digo, pues, que esta sangre perjudica al que la recibe indignamente; no por defecto de la sangre ni del ministro, sino por la mala preparación

y por defecto suyo, ya que tiene su espíritu y su cuerpo sucios de tanta miseria e inmundicia, y por la grandísima crueldad que ha tenido para consigo y con su prójimo. La tuvo consigo privándose de la gracia, poniendo bajo los pies de sus inclinaciones el fruto de la sangre que adquirió en el bautismo, cuando le fue borrada la mancha original en virtud de la sangre, mancha que se adquiere al ser concebido por su padre y por su madre.

Por esta razón os di al Verbo de mi Hijo unigénito, pues la masa del género humano estaba corrompida por el pecado del primer hombre, Adán. Y así, todos vosotros, hechos de la misma masa, estabais corrompidos y no aptos para obtener la vida eterna.

Otros defectos que cometen los malos ministros.

[Los malos ministros,] debiendo tener por esposa al breviario, (...) más bien lo tratan como a esposa adúltera (...). ¡Oh hombre miserable! ¿A qué has llegado? Debías ir a la caza de almas para gloria y alabanza de mi nombre y estar en el jardín de la santa Iglesia, y te vas a los bosques. Como te has convertido en bestia, llevas en tu alma los animales de muchos pecados mortales, y por eso te has hecho cazador de bestias. El jardín de tu alma se ha vuelto salvaje y lleno de cardos, y por eso has encontrado gozo en ir por los lugares desiertos en busca de bestias salvajes.

Avergüénzate, hombre, y analiza tus pecados para que tengas materia de qué sonrojarte desde cualquier punto de mira que quieras. Pero tú no te avergüenzas porque has perdido el santo y verdadero temor, e, igual que una meretriz, que carece de vergüenza, presumirás de tu posición en el mundo, de tener una hermosa familia y una manada de hijos; y, si no los tienes, intentas tenerlos para que hereden tus bienes. Eres ladrón y salteador, porque sabes que no se los puedes dejar, porque tus herederos son los pobres y la santa Iglesia.

¡Oh demonio hecho carne! Buscas sin luz lo que no debes. Te precias y vanaglorias de lo que para ti debía ser motivo de gran confusión. Te avergüenzas ante mí, que veo el interior de tu corazón, así como ante las criaturas. Estás turbado, pero los cuernos de la soberbia no te dejan comprender tu confusión.

¡Oh carísima hija! He colocado a mis ministros sobre el puente de la doctrina de mi Verdad para que a vosotros, peregrinos, os distribuyan los sacramentos de la santa Iglesia, y ellos se encuentran en el miserable río de allá abajo, y desde el río de las delicias y miserias del mundo os los administran ellos, y no ven que les llega la ola de la muerte y van juntos con sus señores los demonios, a los que han servido y de los que se han dejado guiar por el camino del río sin freno alguno. Si no se enmiendan, llegan a la condenación eterna con tal represión y reproche, que tu lengua no sería capaz de contarlos. Y más fácilmente llegarán ellos que cualquier otro seglar por el oficio de sacerdote, pues una misma culpa es más castigada en ellos que en los que se hallan en el mundo, y con mayor reproche se levantarán sus enemigos en el momento de la muerte para acusarlos, como te he dicho.

Diferencia entre la muerte de los justos y de los pecadores.

[Mis ministros] reciben mayor dignidad en el cielo por el estado de sacerdote, porque propiamente les fue dado el oficio de alimentarse de almas por amor a mí. Suponiendo que a todos sea dado permanecer en la dilección de la caridad para vuestro prójimo, sin embargo, como a estos les es dado administrar la sangre y gobernar las almas, si lo hacen con solicitud y con afecto de virtud, reciben más que los otros.

¡Qué feliz es su alma cuando llega el momento de la muerte! Como han sido los pregoneros y defensores de la fe de su prójimo, se le ha hecho connatural en la médula de su misma alma; con esa fe me ven a mí en el prójimo. La esperanza con que han vivido, confiando en mi providencia, ha hecho que la pierdan en sí mismos, es decir, en su ciencia. Tienen su confianza en mí, la pierden en sí mismos, y no ponen el afecto desordenadamente en criatura o cosa alguna creadas, en razón de su vida de pobreza voluntaria.

Su corazón fue un vaso de elección que llevaba mi nombre. Predicaban la caridad con el ejemplo de una vida santa y con la enseñanza verbal a su prójimo. Se levantan, en consecuencia, con inefable amor y me abrazan con afecto de amor a mí, que soy su Fin, trayéndome la margarita de la justicia, que siempre tuvieron presente ante sí cuando hacía justicia a cada uno y repartía con discreción lo que les era debido.

Por eso me ofrecen la justicia con verdadera humildad y dan gloria y alabanza a mi nombre. Me la dan por haber obtenido de mí el don de la gracia con pura y santa conciencia en el tiempo oportuno. A sí mismos se dan la indignación, juzgándose indignos de haberla recibido, y que sea en tanta abundancia.

Su conciencia me da buena prueba de ello, y yo les doy con toda equidad la corona de la justicia, adornada con la margarita de las virtudes; es decir, del fruto que la caridad ha obtenido de las virtudes.

¡Oh ángeles de la tierra! Bienaventurados, que no habéis sido ingratos a los beneficios recibidos de mí y no habéis caído ni en negligencia ni en ignorancia. Solícitos, con la verdadera luz mantuvisteis los ojos abiertos sobre vuestros súbditos, y, como pastores fieles y valientes, habéis seguido las enseñanzas del verdadero y buen Pastor, el dulce Cristo Jesús, mi Hijo unigénito. Con ello pasasteis realmente por Él, bañados y anegados en su sangre, con el rebaño de vuestras ovejas. Por medio de vuestras enseñanzas y de vuestra vida habéis conducido muchas de ellas a la vida perdurable y a muchas de ellas las habéis dejado en estado de gracia.

¡Oh hija queridísima! A estos no les perjudica la visión de los demonios, porque me ven a mí –me ven por la fe y me poseen por amor–, y como en ellos no hay veneno de pecado, tinieblas ni fealdad, la vista de los demonios no les hace daño ni produce temor alguno, puesto que en ellos no existe temor servil, sino temor santo. No temen sus engaños, porque los reconocen a la luz de la Sagrada Escritura, de modo que no reciben por ellos oscuridad ni turbación en el espíritu. Así, con gloria tan singular, pasan bañados en la sangre, con hambre de salvación de las almas, ardiendo en la caridad para con el prójimo. Pasan por la puerta del Verbo y entran en mí. Por mi bondad, cada uno es colocado en su estado, medido según la medida que me han traído en el afecto de la caridad.

Reflexión

Sean cuales sean las dificultades que atraviesa la Iglesia en estos momentos, sean cuales sean los horribles escándalos de los que son culpables algunos altos prelados, sean cuales sean las corrupciones económicas de las que se la acusa, no dejemos jamás, queridos sacerdotes y queridos fieles laicos, que se insinúe en nosotros la funesta idea de «romper el vínculo de la paz con una separación sacrílega de nuestra madre la Santa Iglesia». No pretendamos que es posible seguir en compañía de Cristo fuera de la Iglesia. Como san Agustín, digámonos a nosotros mismos: «Recibimos el Espíritu Santo si amamos a la Iglesia (...). Cada cual tiene el Espíritu Santo en la medida en que ama a la Iglesia de Cristo» [5]. Puede que en el contexto humano de la Iglesia sean muchas las cosas que nos defraudan. Puede que, sin culpa alguna por nuestra parte, seamos totalmente incomprendidos. Puede que temamos vernos perseguidos en el seno de la propia Iglesia. Pese a todo, alegrémonos ante el Padre, que ve en lo secreto, de participar así de esa *veritas unitas* que pedimos para todos el viernes santo. Alegrémonos si, a costa de la sangre del alma, adquirimos esa experiencia íntima que dotará de eficacia a nuestra vehemencia cuando tengamos que sostener a algún hermano que vacila, diciéndole como san Juan Crisóstomo: «¡No te separes de la Iglesia! Ningún poder tiene su fuerza. Tu esperanza es la Iglesia. Tu salvación es la Iglesia. Tu refugio es la Iglesia. Ella es más alta que el cielo y más grande que la tierra. No envejece jamás; su juventud es eterna» [6].

Para ahuyentar todo desaliento y todo antojo de romper con la Iglesia fijémonos en dos ejemplos: Martín Lutero y san Francisco de Asís. A modo de introducción, analicemos lo que dice Georges Bernanos a este respecto: a la actitud del reformador contraponen este gran escritor católico la fortaleza de los santos. En su obra titulada *Hermano Martín* hallamos una reflexión tan esclarecedora como esta:

«En la Iglesia hay fariseos; el fariseísmo sigue circulando por las venas de este inmenso Cuerpo; y, cada vez que la caridad que hay en ella se debilita, la enfermedad crónica deriva en una crisis aguda (...). La indignación jamás ha redimido a nadie, sino que es probable que haya extraviado a muchas almas, y el demonio no habría sacado provecho de todas las bacanales simoníacas de la Roma del siglo XVI de no ser por la jugada maestra de lanzar a Lutero a la desesperanza y, junto con este monje

rebelde, a dos tercios de la cristiandad herida. Lutero y los suyos desesperaron de la Iglesia, y quien desespera de la Iglesia corre el riesgo, antes o después, de desesperar del hombre. Visto así, el protestantismo es para mí un compromiso con la desesperanza. (...) La desgracia de Lutero consistió en pretender reformar (...) [porque] quien pretende reformar la Iglesia (...) con los mismos medios con que se reforma una sociedad temporal, no solamente fracasa en su empresa, sino que acaba inevitablemente fuera de la Iglesia. La Iglesia solo se reforma sufriendo por ella; la Iglesia visible solo se reforma sufriendo por la Iglesia invisible. Los vicios de la Iglesia solo se reforman multiplicando el ejemplo de sus virtudes más heroicas. Posiblemente la depravación y la simonía de los prelados no indignaron menos a san Francisco de Asís que a Lutero. Es casi seguro que el sufrimiento del primero fue aún más cruel, porque la naturaleza de san Francisco era muy distinta de la del monje de Weimar. Pero él no desafió a la iniquidad, no intentó hacerle frente, sino que se sumergió en la pobreza, alcanzó junto con los suyos lo más hondo de esa pobreza como fuente de todo perdón, de toda pureza. En lugar de tratar de arrancar a la Iglesia los bienes injustamente adquiridos, la colmó de tesoros invisibles, y bajo la suave mano de este mendigo, de un montón de oro y de lujuria comenzó a brotar una rosa de abril. (...) La Iglesia no tiene necesidad de reformadores, sino de santos» [7].

Empecemos por el reformador Martín Lutero. En 2017 recordábamos los quinientos años transcurridos desde que el monje agustino colgara en la iglesia de Wittenberg las 95 tesis que condenaban en particular la práctica de las indulgencias según la enseñanza de la Iglesia, pero también otras cuestiones concernientes a la fe, como la realidad del purgatorio. Este acto público se suele considerar el inicio de lo que habitualmente se conoce como «Reforma». En realidad, ya en 1517 –sin menoscabo de los acontecimientos posteriores– Martín Lutero había roto interiormente con la Iglesia de Cristo al regirse exclusivamente por unas opiniones personales equivocadas. Eso no impide que, en su día, Martín Lutero fuese un monje piadoso y lleno de celo.

Nacido en 1483 en el seno de una buena familia cristiana, Martín se siente muy pronto atraído por la religión y más tarde por la teología. Aunque su padre quiere que sea jurista, él decide hacerse monje agustino e ingresa en la orden en 1505. Ordenado sacerdote en 1507, obtiene el

doctorado en teología en 1512. A partir de ese momento su vida se desarrolla en el ámbito de la docencia y la predicación. Lutero había recibido una buena formación y no cabe duda de que en el plano intelectual se vio influido por grandes autores, desde Aristóteles hasta Guillermo de Ockham. No obstante, es su vida interior personal, su experiencia espiritual más íntima, lo que le sirve de base para construir una nueva doctrina alejada de la enseñanza de la Iglesia católica. Por otra parte, Lutero estaba dotado de un temperamento rico y apasionado, acompañado de todo un corolario de fuertes tentaciones contra la castidad, la afición a la buena comida, la tendencia a la cólera y un espíritu de independencia rayano en el orgullo. En 1515 empieza a incluir entre sus enseñanzas los comentarios a las cartas de san Pablo y, en especial, a la *Carta a los Romanos* –la primera según el orden de la Biblia–, que es de una inmensa riqueza, pero también sumamente compleja. Basándose en lo que cree haber comprendido de este texto, fiándose únicamente de su razón y sin tomar como referencia la Tradición de la Iglesia, Martín Lutero elabora una nueva teología que, desde ese momento, es radicalmente incompatible con la de la Iglesia católica, aunque la ruptura visible y pública aún tarde en llegar. La pregunta que lo atormenta es esta: «¿Puedo salvarme aunque siga sintiendo tus tentaciones?».

Según la doctrina católica, gracias a los méritos de Cristo el hombre que por la fe acepta la revelación divina y, movido por la esperanza en la salvación divina, quiere arrepentirse de sus pecados y volverse hacia Dios, obtiene por medio de la gracia el perdón de sus pecados, así como la regeneración y la santificación de su alma; de este modo pasa a ser, en palabras de san Pedro, «partícipe de la naturaleza divina» (2 P 1, 4). «Desde el momento en que ha amanecido para nosotros la luz del Unigénito –dice san Cirilo de Alejandría–, somos transformados en la misma Palabra que da vida a todas las cosas» [8]. «Dios (...), por el gran amor con que nos amó, estando nosotros muertos por los pecados, nos ha hecho revivir con Cristo –estáis salvados por pura gracia–», afirma san Pablo en su carta a los efesios (Ef 2, 4-5). Por eso, como suele decir san Pablo, el cristiano que vive de la caridad es «santo», pues ha sido purificado, transformado, santificado interiormente y se ha convertido realmente en amigo de Dios gracias a una semejanza real y permanente. Al ser amigo de Dios, lleva a cabo espontáneamente las obras de Dios, las buenas obras de la virtud, las cuales

le merecen, por la gracia de Cristo presente en él, la salvación y, por lo tanto, la felicidad del cielo.

Lutero rebate esta verdad. Para él, el hecho de haber abrazado la fe y la vida cristiana no quita el pecado del alma. Según Martín Lutero, en realidad el cristiano sigue siendo siempre pecador y su alma está totalmente corrompida. Pero, puesto que con su sacrificio en la cruz Cristo ha merecido la salvación para los hombres, el manto de sus méritos cubre la suciedad de mi alma y nuestro Padre, al verme cubierto con ese manto, me admite en el cielo. Por lo tanto, las buenas obras no pueden merecer, porque el hombre nunca deja de ser interiormente pecador; son obras que, simplemente, animan al cristiano a perseverar en la fe.

Este es el núcleo de lo que llama Lutero «la verdad del Evangelio». De ahí se deriva espontáneamente el resto de su doctrina que, en primer lugar, pone en tela de juicio a la Iglesia institucional. Una Iglesia que no es divina, aunque solo sea porque sostiene que el hombre puede salvarse por las buenas obras, cuando –según la propia y decepcionante experiencia de Lutero en la vida monástica– esas buenas obras son incapaces de quitar el pecado. Si el alma del cristiano ya no queda transformada por la gracia, los sacramentos no obran nada en ella. Por esa misma razón la santa misa pierde todo su significado. Solo se conserva un memorial de la Cena que nos recuerde el sacrificio único de Cristo en la cruz y reavive nuestra fe en su redención. No obstante, Lutero no se conforma con descartar la misa: es un sacerdote en proceso de ruptura, un monje infiel a sus votos, en el que va creciendo el odio al santo sacrificio de la misa: «La misa –afirma en 1521– es la mayor y más horrible de las abominaciones papistas». Y concluye: «Si la misa cae, todo el papado se derrumba». Dado que las buenas obras, y especialmente los votos monásticos, son inútiles y engañosos, Lutero decide volver al estado laical y en 1525 se casa con una ex-religiosa, Catalina de Bora, con la que tiene seis hijos. El 18 de febrero de 1546, fecha de la muerte de Lutero, la guerra de los Treinta Años asola Alemania; una guerra que se va extendiendo a casi toda Europa y después al mundo entero.

Como reformador Martín Lutero ha fracasado: en lugar de purificar a la Iglesia desde dentro, ha desgarrado el Cuerpo místico de Cristo, provocando las terribles guerras de religión [9]. Pero Dios rige el mundo por medio de lo que llamamos su Providencia. En 1521 la Iglesia

excomulga a Lutero, y ese mismo año Dios despierta a san Ignacio de Loyola, quien con sus escuelas para jóvenes y sus *Ejercicios espirituales* intentará restaurar el alma de la Iglesia y contribuir a la supervivencia de la civilización cristiana.

Como veremos, es totalmente distinto lo que ocurre en el caso de san Francisco de Asís, quien en el siglo XIII emprende la reforma de la Iglesia por la vía de la santidad y la penitencia [10]. Para comprender la vía reformadora de san Francisco de Asís hay que remontarse a su conversión y, concretamente, a lo que se conoce como el «beso al leproso», del que él mismo ha dejado testimonio en estos términos: «Como estaba en pecados, me parecía muy amargo ver leprosos. Y el Señor mismo me condujo en medio de ellos, y practiqué con ellos la misericordia. Y, al separarme de los mismos, aquello que me parecía amargo, se me tornó en dulzura de alma y de cuerpo; y, después de esto, permanecí un poco de tiempo y salí del siglo» [11].

Jesús nos dice: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por mí, la encontrará» (Mt 16, 24-25). Al besar al leproso, Francisco de Asís renuncia a sí mismo, aceptando lo que había en ello de más «amargo» y lo que más repugnaba a su naturaleza. Se hace violencia. No fue Francisco quien, movido por la compasión humana, buscó espontáneamente a los leprosos: «El Señor mismo me condujo en medio de ellos». Francisco no esposó la pobreza, ni tampoco a los pobres: esposó a Cristo y, por amor a Él, esposó «en segundas nupcias» –por decirlo de algún modo– a la Dama Pobreza. Así ocurre siempre con la santidad cristiana. ¿Cómo es posible que un acontecimiento tan íntimo y personal como la conversión de Francisco desencadenara un movimiento que cambió el rostro de la Iglesia de su tiempo y ha ejercido sobre la Iglesia una influencia que llega hasta nuestros días?

Observemos por unos instantes la situación de aquella época. En tiempos de Francisco todo el mundo era más o menos consciente de la necesidad de la reforma de la Iglesia. El Cuerpo de la Iglesia vivía hondas tensiones y desgarros. La Iglesia se desmoronaba, a punto de deshacerse en ruinas bajo el peso de sus infidelidades y de su corrupción, de sus conductas mundanas, de su lujuria y sus pecados. Ya conocemos esos dos episodios tan

significativos de la vida de san Francisco: en primer lugar, las célebres palabras del crucifijo de san Damián: «Francisco, ve y repara mi Iglesia, pues ya ves que está en ruinas»; y luego el sueño del papa Inocencio III en el que ve a Francisco sujetando sobre sus hombros la basílica-catedral de san Juan de Letrán que se desmorona.

La vía reformadora de Francisco se puede describir con unas palabras muy sencillas: una vuelta radical al Evangelio. Francisco escuchó en misa el pasaje del evangelio sobre el envío de los discípulos: Jesús «los envió a proclamar el reino de Dios y a curar a los enfermos». Les dijo: «No llevéis nada para el camino: ni bastón ni alforja, ni pan ni dinero; tampoco tengáis dos túnicas cada uno» (*Lc 9, 2-3*). Aquello supuso para él una revelación fulminante, de esas que transforman y orientan toda una vida. A partir de ese día tuvo muy clara su misión: un sencillo y radical retorno al verdadero Evangelio, vivido y predicado por Jesús. Se trataba ante todo de volver a introducir en el mundo la forma y el estilo de vida de Jesús y de sus apóstoles que describe el Evangelio. Esto es lo que empieza diciendo a los hermanos en su Regla: «La regla y vida de los Hermanos Menores es esta: observar el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo». Esa vuelta radical al Evangelio queda reflejada en toda la predicación de Francisco. Es llamativo que casi siempre hable de «hacer penitencia». Después de su conversión, con inmenso fervor y alegría, predica la penitencia y edifica a todo el mundo con la sencillez y la pureza de su palabra y la magnificencia de su corazón. Allí donde iba, Francisco hablaba, recomendaba, suplicaba que se hiciera penitencia. ¿No es ese el mensaje que la Santísima Virgen nos repite en cada una de sus apariciones: «Orad y haced penitencia»? Y es que no hay evangelización posible sin la práctica de la penitencia. Francisco no hizo sino volver a lanzar la gran llamada a la conversión con que se abre la predicación de Jesús en el Evangelio y la de los apóstoles el día de Pentecostés. No tenía necesidad de explicar a qué se refería con «conversión»: lo mostraba con su propia vida. Ese es el camino de la santidad que, desde dentro de la Iglesia, la regenera hasta lo más hondo purificándola de sus pecados. Y nosotros, a ejemplo de los santos, hemos de orar, orar, orar y hacer penitencia.

II

El remedio contra la hipocresía

Partiendo de una reflexión
de san Gregorio Magno

Introducción

El sacerdote hace a Cristo sacramentalmente presente. ¡Qué misterio tan insondable! Puede que sea un mentiroso, un pervertido, un mediocre y el más vil y repugnante de los pecadores, pero sigue siendo la mano de Cristo que bendice, que santifica, que absuelve y consagra. Así lo resumen estas tajantes palabras de san Agustín, que compara al sacerdote con Judas el traidor: «Si bautiza Pedro, es Jesús quien bautiza; si bautiza Judas, es Jesús quien bautiza» [1]. ¡Qué misterio! El reto de la vida de un sacerdote, por lo tanto, consiste en convertirse a diario en lo que es en esencia. Busca constantemente configurarse con Cristo, de quien es ministro. El único deseo de cada movimiento de su corazón –su conducta, sus pensamientos, sus obras y sus palabras– ha de ser reproducir los misterios de la vida de Jesús. Los cristianos morimos con Cristo, «llevando siempre y en todas partes en el cuerpo la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo» (2 Co 4, 10); ya no vivimos nuestra vida, sino la vida de Cristo, una «vida de inocencia, una vida de pureza y santidad, una vida de sencillez y de todas las virtudes», dice san Ambrosio. Por eso, en virtud de su consagración y de su misión, todo sacerdote tiene un deber singular de llevar en su cuerpo la muerte de Jesús y de reproducir en su vida la vida y la santidad de Cristo. «Precisamente en el Cura de Ars – afirmaba san Juan Pablo II– tenemos el ejemplo de un sacerdote que no se conformó con llevar a cabo externamente los gestos de la redención, sino

que participó en ella con su propio ser, con su amor a Cristo, con su oración constante, con la ofrenda de sus pruebas y sus mortificaciones voluntarias. Así se lo decía yo mismo a los sacerdotes de Notre-Dame de París el 30 de mayo de 1980: “El Cura de Ars sigue siendo para todos los países un modelo sin igual a la vez del cumplimiento del ministerio y de la santidad del ministro”. Esto implica, evidentemente, una verdadera intimidad con Jesús, la imitación de Cristo y la configuración con Él (...). El “misterio”, cuyo “dispensador” es el presbítero (cfr. *1 Co 4, 1*), es, en definitiva, Jesucristo mismo, que en el Espíritu Santo es fuente de santidad y llamada a la santificación. El “misterio” requiere ser vivido por el presbítero. Por eso exige gran vigilancia y viva conciencia. Y así, el rito de la ordenación antepone a esas palabras la recomendación: “Considera lo que realizas”. Ya exhortaba Pablo al obispo Timoteo: “No descuides el don que hay en ti, que te fue dado por intervención profética con la imposición de manos del presbiterio. Medita estas cosas”» [2].

Si el sacerdote no busca esa unidad de vida, se arriesga a desarrollar una disociación de la personalidad, a vivir como un extraño a su propia identidad interior. ¡Qué tragedia! ¡Y qué desgracia! Ese peligro de disociar la vida sacerdotal y la vida privada es como un precipicio que se abre a cada instante bajo los pies de los sacerdotes, quienes nunca deberían dejar de repetirse que no existe por un lado una vida sacerdotal, una «vida profesional», y por otro, una vida privada. Ser sacerdote no es una profesión: es una identidad que ha de convertirse en identificación. El sacerdote tiene que ser siempre consciente de su deber de convertirse existencialmente en lo que es esencialmente. Ese es el reto de la santidad sacerdotal. Eso es lo que, ya en el siglo VI, sabía bien san Gregorio Magno.

Los sacerdotes que no son santos no solamente son mediocres, sino que arrastran al mal a aquellos a quienes tienen la responsabilidad de guiar. El pecado de un pastor no es un asunto privado: deja una profunda herida en todo el rebaño. De ahí lo ambiguo y lo incoherente que resulta en el caso del sacerdote la noción de vida privada. Toda su vida es sacerdotal y pastoral, porque toda ella está entregada a una santidad marcada por la unción sacerdotal, regida por el carácter bautismal y el carácter sacerdotal. En un sacerdote la santidad no solamente es deseable: es una necesidad vital para él y para el pueblo de Dios.

San Gregorio Magno, Regla pastoral (extractos)

Para enseñar, hay que vivir lo que se predica.

Hay algunos que, con mucha curiosidad, sondean las leyes del espíritu, pero desprecian con su vida lo que penetran con el entendimiento. Enseñan a la ligera lo que aprendieron no con sus obras, sino solo con el estudio; y lo que predicán con sus palabras lo contradicen con sus acciones.

De ahí se sigue que, cuando el pastor se encamina por despeñaderos, el rebaño lo sigue al precipicio. Por eso, el Señor se lamenta de la despreciable ciencia de los pastores, diciendo contra ellos por el profeta: «Vosotros mismos, cuando bebéis agua limpiísima, enturbiáis el resto con los pies; mis ovejas han de pastar lo que vuestros pies han pisoteado y beber lo que vuestros pies han enturbiado» (Ez 34, 18-19). En verdad, los pastores sí que beben agua limpiísima cuando se sacian de los manantiales de la Verdad y la entienden correctamente; pero enturbian con sus pies esta misma agua cuando corrompen con su mala vida lo estudiado en la santa meditación. Y, por supuesto, las ovejas beben agua ensuciada por sus pies cuando algunos fieles no siguen las palabras que oyen, sino que solo imitan los malos ejemplos que ven. Estos, cuando sienten sed de la Palabra, al beber toman lodo –como si bebieran de fuentes corruptas–, porque con sus obras se pervierten. Por eso, también está escrito por el profeta: «Lazo de la ruina de mi pueblo, sacerdotes malos» (Os 5, 1). De ahí que el Señor diga de nuevo: «Han sido para la casa de Israel ocasión de culpa» (Ez 44, 12).

En realidad, nadie hace más daño a la Iglesia que quien, teniendo nombre y puesto de santidad, actúa perversamente. Porque a este, cuando obra mal, nadie se atreve a reprenderlo; y así, cuando se honra al pecador por respeto a la jerarquía, ese pecado se extiende con vehemencia convirtiéndose en ejemplo. En cambio, todos estos indignos evitarían el peso de un castigo tan grande si meditaran en su corazón con oído atento la frase de la Verdad que dice: «Al que escandalice a uno de estos pequeños que creen en mí, más le vale que le cuelguen al

cuello una piedra de molino, de asno, y lo hundan en lo profundo del mar».

Con piedra de molino se expresa muy bien el ajetreo y la fatiga de una vida mundana. Y con lo profundo del mar se designa el castigo definitivo. Por consiguiente, si quien ha llegado a este puesto de santidad escandaliza a los demás con su palabra o con su ejemplo, preferible le hubiera sido que las acciones mundanas las realizara como seglar hasta la muerte, antes que mover a los demás a imitarle en la culpa a causa de su sagrado ministerio. Porque si solo cae él, la pena del infierno –sea como fuese– le atormentará de modo más soportable [3].

Soportar las adversidades, temer las prosperidades.

Hemos dicho todo esto brevemente, para poner de manifiesto la importancia que tiene la responsabilidad de este ministerio; de modo que quien no esté preparado, no se atreva a recibir los sagrados ministerios; y no acepte, por el deseo de esta dignidad, ser llevado a la perdición. De ahí que Santiago piadosamente lo prohíba, diciendo: «No queráis muchos ser hechos maestros, hermanos míos» (St 3, 1).

Por eso, el mismo Mediador entre Dios y los hombres, que excede en conocimiento y comprensión de lo humano y de lo divino a los mismos espíritus celestiales, y reina en los Cielos desde toda la eternidad, evitó que le nombraran rey en la tierra. Ciertamente está escrito: «Dándose cuenta Jesús de que iban a prenderlo por la fuerza y hacerle rey, huyó de nuevo al monte ÉL solo» (Jn 6, 15). Pues ¿quién hubiera gobernado tan libre de culpa como ÉL, que hubiera regido a los que ÉL mismo había creado? Para eso, precisamente, había venido en carne: no solo para redimirnos por su pasión, sino también para enseñarnos con su predicación dando ejemplo a los que le siguen. No quiso que le hicieran rey, sino que voluntariamente fue llevado al patíbulo de la cruz. Rechazó la gloria del poder que se le ofrecía y prefirió la pena de una muerte vergonzosa. Y esto, claro está, para que sus miembros aprendieran a rechazar los halagos del mundo, a no temer en absoluto sus amenazas, a amar las adversidades por causa de la Verdad; a no confiar –temerosos– en las prosperidades, porque estas, con frecuencia, manchan el corazón

con la vanagloria, mientras que las adversidades lo purifican con el dolor.

En las prosperidades el alma se engríe; en cambio, en las otras, aun cuando estuviera engréida, se humilla. En aquellas, el hombre se olvida de quién es; pero en estas, aunque no lo quiera, se ve obligado a recapacitar sobre sí mismo.

Y es que, generalmente, en la escuela de las contrariedades de la vida el corazón se somete a esta disciplina; y cuando alguien alcanza la dignidad de este estado, por la rápida costumbre que genera la gloria, se llena de soberbia [4].

Cercano por la compasión, entregado a la contemplación.

El pastor debe ser cercano por la compasión con cada uno y destacado sobre todos en la contemplación, para que por sus entrañas de piedad asuma las debilidades de los demás y, a un tiempo, por la misma altura de su contemplación, penetre los bienes invisibles apeteciéndolos. De modo que ni por apetecer los bienes eternos desprecie las debilidades de sus prójimos, ni uniéndose a estas debilidades lo haga de tal forma que abandone el deseo de los bienes supremos (...). [El apóstol Pablo], unido por el lazo de la caridad a lo más alto y a lo más bajo a un mismo tiempo, también en sí mismo es arrebatado con poder a las alturas por la fuerza del Espíritu y, por su piedad con los otros, él mismo enferma ecuánimemente. Por eso dice: «¿Quién enferma que yo no enferme?, ¿quién se escandaliza que yo no me abraze?» (2 Co 11, 29). Y en otro lugar: «Me hice judío con los judíos» (1 Co 9, 20). Evidentemente, no lo hacía abandonando su fe, sino dilatando su piedad, con el fin de que, al tomar la forma de los infieles, él mismo aprendiera en sí cómo había que tener misericordia de los demás y cómo ofrecer a los demás lo que él hubiera querido que le ofrecieran. Por esto, se dice también: «Si hemos perdido el juicio, ha sido por Dios; si somos sensatos, lo es por vosotros» (2 Co 5, 13). Y es que sabía con la contemplación trascenderse a sí mismo y, a la vez, moderarse condescendiendo con sus oyentes. (...) Quien es arrebatado a lo interior de la contemplación, es también urgido a lo exterior por las fatigas de los débiles. Por dentro, considera los misterios escondidos de Dios, por fuera soporta las pesadas cargas de

los carnales. El mismo Moisés, ante las dudas, recurre siempre al Tabernáculo y consulta al Señor ante el Arca de la Alianza. Con ello daba ejemplo a los pastores, para que al discutir por fuera lo que han de disponer, vuelvan siempre a su mente –como si fuera el Tabernáculo– y, revolviendo dentro de sí las páginas de la Sagrada Escritura, consulten al Señor, por decirlo así, ante el Arca de la Alianza aquello que dudan.

Reflexión

Como remedio contra la hipocresía sacerdotal –esa actitud que consiste en obrar en contradicción con el ser–, el papa san Gregorio nos propone tres fórmulas. En primer lugar, soportar la adversidad y temer la prosperidad. Yo lo traduciría así: negarse a acomodar nuestro juicio a los criterios del mundo. El sacerdote, que no está atado por lazos mundanos y se ha entregado totalmente a Dios, debe romper decididamente con el mundo, pero sin salir de él. A eso nos exhorta san Juan en su primera carta cuando dice: «Os he escrito, jóvenes, porque sois fuertes y la palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al Maligno. No améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguno ama al mundo, no está en él el amor del Padre» (1 Jn 2, 14-15).

Ese mundo que nosotros, los sacerdotes, tanto los jóvenes como los mayores, no debemos amar y al que no debemos acomodarnos, no es –lo sabemos bien– el mundo creado y amado por Dios. Tampoco son las personas del mundo, a las que, por el contrario, debemos ir siempre –y especialmente a los pobres y a los más pobres de entre los pobres– para anunciarles el Evangelio de Jesucristo, para amarlas y servirles humilde y generosamente. ¡No! El mundo que no debemos amar es otro: es el mundo que resulta del dominio de Satanás y del pecado, el mundo de las ideologías que se oponen frontalmente a Dios, niegan la naturaleza humana y sus leyes, destruyen vidas humanas y las mutilan, y echan por tierra los principios morales, la familia y las sociedades. A eso se le llama adaptarse al espíritu de los tiempos, conformidad, consenso. Un gran poeta británico del siglo pasado, Thomas Stearns Eliot, escribió tres versos con más

contenido que muchos libros juntos: «En un mundo de fugitivos, el que toma la dirección contraria pasará por desertor».

Queridos sacerdotes jóvenes, y queridos también los que lleváis más tiempo en el sacerdocio, permitidme que os repita con san Juan: «¡Habéis vencido al Maligno!». Sed de esos que toman la dirección contraria. Atreveos a ir contracorriente de nuestras sociedades decadentes. Para nosotros, los cristianos, la dirección contraria no es un lugar: es una Persona; es Jesucristo, nuestro Señor, nuestro Dios y Redentor. El único Redentor del mundo. Seguidle: Él es el único camino que os conduce al Padre y a la plenitud de vuestro sacerdocio. Eso exige que aceptéis cargar con la cruz y que asumáis serenamente el fracaso y el desprecio del mundo. Eso exige que renunciéis a todo éxito mundano y a la popularidad mediática.

Para quienes son mundanos, el éxito y la popularidad mediática constituyen el aval del éxito. Para el sacerdote, las pruebas y la Cruz son la garantía de hallarse en el buen camino: el de Cristo. El éxito mundano envuelve al alma en la gloria secular. El corazón queda atrapado en ella. Se hace prisionero. Pierde todo su vigor profético. Tenemos miedo de que los medios nos critiquen. Y, para que nos miren con buenos ojos y nos dejen tranquilos, adoptamos su lenguaje y nos sometemos a sus ideologías. Empezamos a censurar o a diluir la palabra de Dios con la excusa de que, si la transmitimos tal y como ha salido de su boca, no la admitirán ni la acogerán. Vivimos con el temor a que nos llamen fanáticos, intransigentes, rígidos, y a arriesgarnos a que nos aborrezcan y nos desplacen. Entonces el sacerdote se convierte en un «comunicador» al servicio de una ideología. Lo que hay que saber, no obstante, es que no estamos aquí solo para ser amados, sino para amar. No estamos aquí solo para recibir aprobación, sino para proclamar la verdad. No estamos aquí para ser populares, sino para servir. Si queremos aprobación, si buscamos popularidad, nos veremos abocados a dejar de ver con claridad y a no saber decir lo que es nuestro deber decir. Hay que proclamar a tiempo y a destiempo la verdad, que es Jesucristo y su Evangelio, tanto si gusta como si provoca rechazo y nos vale el odio, la persecución y el martirio. Ese es el mandato que recibimos de Dios cuando nos dice: «Hijo de hombre, yo te envío a los hijos de Israel, un pueblo rebelde que se ha rebelado contra mí. Ellos y sus padres me han ofendido hasta el día de hoy. (...) A ellos te envío para que les digas: “Esto

dice el Señor”. Te hagan caso o no te hagan caso, pues son un pueblo rebelde, reconocerán que hubo un profeta en medio de ellos» (*Ez* 2, 3-5). No solo hoy resulta molesta la verdad. Los testimonios de la verdad siempre han escocido a los orgullosos, a los taimados o a los escépticos. Por eso eliminaron en su día a Sócrates, a los profetas de Israel, a Juan el Bautista, el Precursor, y al propio Jesucristo Salvador haciéndole padecer el suplicio más horrible, el suplicio de la Cruz. Lo que hará venir el Reino de Dios no es la ovación del pueblo, sino la acogida del Padre celestial.

El ministerio y la enseñanza de Jesús dan testimonio de que ha sido enviado por el Padre. Abrirle nuestras vidas es pasar del conocimiento de lo que dijo e hizo a la acogida de la Fe y la adhesión sincera a su Palabra de Vida. En esta época nuestra en que en las redes sociales se lleva cuenta permanentemente del número de personas que suscriben o aprecian lo que publicamos, corremos el gran peligro de buscar el éxito antes que la Cruz.

El viernes santo Jesús no era nada popular. «¡Fuera con este! ¡Crucifícalo, crucifícalo!», gritaban todos. Lo crucificaron en el lugar llamado Gólgota. Y en ese Gólgota fue Jesús plenamente sacerdote. Jesús, el Sumo Sacerdote, alcanzó la cima de su sacerdocio cubierto de escupitajos, de humillaciones, de insultos, con el rostro tumefacto, solo, abandonado en la Cruz, y no en medio de los *hosannas* del domingo de Ramos. ¡Recordémoslo cuando nos examinemos de nuestra vida de sacerdotes! Recordemos, insiste san Gregorio, que Jesús «rechazó la gloria del poder que se le ofrecía y prefirió la pena de una muerte vergonzosa. Y esto, claro está, para que sus miembros aprendieran a rechazar los halagos del mundo, a no temer en absoluto sus amenazas, a amar las adversidades por causa de la Verdad; a no confiar –temerosos– en las prosperidades, porque estas, con frecuencia, manchan el corazón con la vanagloria, mientras que las adversidades lo purifican con el dolor».

El segundo gran medio que nos ofrece san Gregorio consiste en abrir nuestro corazón a la compasión: «enfermar, por piedad, junto con los otros». Eso escribe san Pablo: «¿Quién enferma que yo no enferme? ¿Quién se escandaliza que yo no me abraze?» (*2 Co* 11, 29). La *Carta a los Hebreos* afirma que tenemos un Sumo Sacerdote, Cristo, capaz de compadecerse de nuestras miserias: «Todo sumo sacerdote, escogido de entre los hombres, está puesto para representar a los hombres en el culto a

Dios: para ofrecer dones y sacrificios por los pecados. Él puede comprender a los ignorantes y extraviados, porque también él está sujeto a debilidad» (*Hb* 5, 1-2). Hacer presente a Cristo sacerdote es hacer presente ese corazón capaz de abrirse al sufrimiento de los otros. El corazón del sacerdote tiene que sufrir con los que sufren. Tiene que hacer suyo ese sufrimiento, tiene que llorar con los que lloran.

Bien sabemos que es al sacerdote a quien se recurre cuando se han agotado las demás vías. Cualquiera debe tener la seguridad de ir a encontrar siempre un corazón que escucha, un hombre que jamás permanece indiferente. A veces al sacerdote no le es posible dar una limosna o encontrar una solución a los problemas que le cuentan. Pero siempre puede escuchar, compadecerse, amar y rezar. Es un amigo universal y benévolo.

Tener «entrañas de piedad», como dice san Gregorio, no consiste en absoluto en aceptar componendas o en rebajar la verdad. Así lo explica el papa Magno: el sacerdote no debe «abandonar su fe, sino dilatar su piedad, con el fin de que, al tomar la forma de los infieles, él mismo aprenda en sí cómo hay que tener misericordia de los demás». Sí, es una cuestión de experiencia. Todo sacerdote ha de cargar con el sufrimiento de los que no creen y están desesperados, de los padres de familia humillados, de las madres exhaustas, de los niños desorientados. Escucharlos con el corazón abierto es experimentar su propio sufrimiento.

¿Para qué?, me diréis. Para ofrecer ese sufrimiento al Padre de las misericordias, para rezar, para poner sobre la patena en el ofertorio el sufrimiento del mundo, y que ese sufrimiento ascienda hasta el corazón de la Trinidad, donde habita la única felicidad verdadera. El sacerdote tiene ese deber de acogerlo y alzarlo hacia el corazón del Padre, y transmitir el amor de Dios al corazón de los pobres. Es el mediador del sufrimiento y del amor.

Y este es el tercer antídoto contra la hipocresía: el incesante ir y venir de la oración a la acción. No se trata solamente de reservar tiempo para la oración, cosa muy necesaria, pero no suficiente. Se trata de entrar regularmente –en la entraña misma de cada actividad, de cada acontecimiento– en la intimidad del corazón donde habita Dios. Como dice san Gregorio, «por dentro, considera los misterios escondidos de Dios, por

fuera soporta las pesadas cargas de los carnales. El mismo Moisés, ante las dudas, recurre siempre al Tabernáculo y consulta al Señor ante el Arca de la Alianza. Con ello daba ejemplo a los pastores, para que al discutir por fuera lo que han de disponer, vuelvan siempre a su mente –como si fuera el Tabernáculo– y, revolviendo dentro de sí las páginas de la Sagrada Escritura, consulten al Señor, por decirlo así, ante el Arca de la Alianza aquello que dudan». Y, una vez tomada la decisión con y en presencia del Señor, también la acción ha de convertirse en una oración constante. Mientras el sacerdote escucha, consuela o bendice, al ritmo de los latidos de su corazón se alza hacia Dios una oración plenamente interior.

III

El sacerdote: nada y todo

Partiendo de una reflexión
de san Juan Crisóstomo

Introducción

A san Norberto se le atribuyen estas palabras: «Sacerdote, ¿quién eres tú? Tú no eres tú, porque eres Dios; tú no eres de ti, porque eres siervo y ministro de Cristo; tú no eres tuyo, porque eres esposo de la Iglesia; tú no eres para ti, porque eres mediador entre Dios y los hombres; tú no eres por ti mismo, porque eres nada. ¿Quién eres entonces, sacerdote? Nada y todo». Unas palabras que expresan de un modo espléndido el misterio del sacerdocio. A un sacerdote se le pide que trate a los pobres y a los ricos, a los enfermos y a los sanos; que se relacione con personajes ilustres y con personas humildes. Se le exige que sepa guiar, enseñar, santificar. Se espera de él que aconseje a los esposos, a los empresarios; que desborde compasión por los que sufren, y que todos los días suba al altar para renovar el sacrificio del Calvario. Del sacerdote se espera que sepa «cómo conducirse en la casa de Dios, que es la Iglesia del Dios vivo, columna y fundamento de la verdad» (1 Tm 3, 15). Por nada del mundo debe callar la verdad. Porque, como Jesús, tiene que poder decir: «Para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz» (Jn 18, 37). Hoy son muchos los que piden que la Iglesia, en nombre de la paz y de la armonía sociales, calle las verdades de la fe cristiana en sus intervenciones públicas. Y utilizan esa paz para justificar la inacción y el silencio culpable de los pastores frente a quienes ponen en peligro la unidad de la Iglesia y tergiversan su enseñanza.

En la carta encíclica de Benedicto XVI *Caritas in veritate* leemos: «La caridad en la verdad, de la que Jesucristo se ha hecho testigo con su vida terrenal y, sobre todo, con su muerte y resurrección, es la principal fuerza impulsora del auténtico desarrollo de cada persona y de toda la humanidad. (...) De aquí la necesidad de unir no solo la caridad con la verdad, en el sentido señalado por san Pablo de la “*veritas in caritate*” (*Ef* 4, 15), sino también en el sentido, inverso y complementario, de “*caritas in veritate*”. Se ha de buscar, encontrar y expresar la verdad en la “economía” de la caridad, pero, a su vez, se ha de entender, valorar y practicar la caridad a la luz de la verdad» [1].

La verdad está por encima de todo. Porque, si la paz es consecuencia de la caridad y del amor, ¿puede existir una paz auténtica allí donde se niega la verdad? Creo que no deberíamos dudar en hacer nuestras las palabras de Blaise Pascal: «Como la paz en los Estados solo tiene por objeto conservar los bienes de los pueblos en seguridad, igualmente la paz en la Iglesia solo tiene por objeto conservar segura la verdad que es su bien, y el tesoro en que está su corazón. Y como sería ir contra el fin de la paz dejar entrar a los extranjeros en un Estado para pillarlo, sin oponerse, por temor a turbar su reposo (porque la paz que solo es justa y útil para asegurar el bien se vuelve injusta y perniciosa cuando permite que se pierda, y la guerra que lo puede defender se convierte en justa y necesaria); del mismo modo, en la Iglesia, cuando la verdad es ofendida por los enemigos de la fe, cuando se la quiere arrancar del corazón de los fieles para hacer reinar en él el error, permanecer en paz entonces ¿sería servir a la Iglesia o traicionarla?, ¿sería protegerla o destruirla? ¿Y no es evidente que, lo mismo que es un crimen turbar la paz allí donde reina la verdad, es también un crimen permanecer en paz cuando es destruida la verdad? Hay, pues, un tiempo en que la paz es justa y otro en que es injusta. Y está escrito que “hay tiempo de paz y tiempo de guerra”, y lo discierne el interés de la verdad. Pero no hay tiempo de verdad y tiempo de error, y está escrito, por el contrario, que “la verdad de Dios dura eternamente”; y es por lo que Jesucristo, que dice que ha venido a traer la *paz*, dice también que ha venido a traer la *guerra*; pero no dice que ha venido a traer la verdad y la mentira. La verdad es por lo tanto la primera regla y el último fin de las cosas» [2].

Sí, del sacerdote se espera que sea un artesano de la paz, un hombre de Dios y, por eso, un testigo de la verdad.

San Juan Crisóstomo, *Diálogo sobre el sacerdocio* (VI, 4)

Los sacerdotes son la sal de la tierra. ¿Quién podría soportar afablemente mi necedad y mi inexperiencia en todo, a no ser tú, que estás habituado a amarme con exceso? Pues no solo se requiere que sea puro, tal como conviene a un ministerio tan grande, sino también muy inteligente y experimentado en todo. Debe conocer todas las realidades del mundo, no menos que el que se desenvuelve en la vida pública, pero tiene que apartarse de todas ellas más que los monjes que se adueñaron de las montañas. Puesto que ha de tratar con hombres que tienen mujeres, que crían niños, que poseen criados, que están rodeados de una gran riqueza, que gestionan asuntos de estado y están en el poder, necesita ser muy flexible. Digo flexible, no engañador, ni adulator, ni hipócrita; lleno de libertad y audacia, pero sabiendo abajarse provechosamente cuando los asuntos lo exijan, y ser, a la vez, bueno y austero. Pues no es posible ser útil de una única manera a los que han sido confiados a su autoridad porque tampoco es bueno para los médicos tratar con los enfermos de una única manera, ni para el piloto conocer un único modo de luchar contra los vientos. Tempestades continuas cercan esta nave, y estas tempestades no solo atacan desde fuera, sino que nacen también desde dentro, y requieren mucha condescendencia y esmero. Todas estas cosas, aunque diferentes, miran a un único fin: la gloria de Dios, la edificación de la Iglesia (...).

Pero esto es una nadería si se examinan las relaciones con Dios. Estas requieren de un celo mayor y más esmerado. ¿Cómo ha de ser quien está al frente de toda una ciudad –no sé por qué digo de una ciudad–, de todo el orbe, y suplica que Dios sea misericordioso con los pecados de todos, no solo de los vivos, sino también de los que ya han partido? Pienso que la confianza de Moisés y Elías no bastan para una súplica tan grande. Como si se le hubiese confiado el mundo entero y como si fuese el padre de todos, se acerca a Dios, suplicando que las guerras se extingan en todas partes y las tribulaciones se disipen, pidiendo la paz, la prosperidad y la rápida liberación de los males individuales y colectivos

que amenazan a cada uno. El que intercede por todos ha de aventajar en todo, en la medida que es natural que el superior aventaje a los subordinados. Dime dónde lo colocaremos cuando invoca al Espíritu Santo, celebra el sacrificio que infunde sobremanera un temor santo y está unido continuamente con el común Señor de todos. ¿Cuánta pureza y piedad le exigiremos? Piensa cuáles deben ser las manos que han de servir estos ministerios, cuál debe ser la lengua que pronuncie estas palabras y a quién no debe superar en pureza y santidad el alma que ha recibido un Espíritu tan grande. En ese momento, los ángeles están asistiendo al sacerdote, y todo el estrado y el presbiterio se llenan de potencias celestes en honor del que está allí. Lo que se celebra en ese momento es suficiente para convencerse (...).

¿Tú no te estremeces al introducir un alma como la mía en una celebración tan santa de los misterios y al levantar a la dignidad del sacerdocio a quien tiene los vestidos sucios, que Cristo expulsó del grupo de los invitados? El alma del sacerdote tiene que brillar como una luz que ilumina el mundo. La mía, como resultado de la mala conciencia, está envuelta en una tiniebla tan grande que está siempre hundida y no puede nunca fijar los ojos con confianza en su Señor [3].

Reflexión

¿Quién se atrevería a afirmar: yo estoy preparado para todo eso? ¿Quién podría asegurar: yo sí estoy a la altura? «¡Qué aterrador es ser sacerdote! (...) El sacerdote es un hombre que ocupa el lugar de Dios, un hombre revestido de todos los poderes de Dios» [4], decía el cura de Ars. El sacerdote tiene que sentir temor. No un temor servil, el temor a Dios, el temor a la mirada ajena: ese sentimiento inmaduro nos hace esclavos; es señal de un orgullo oculto, como si nos negáramos a que la verdad revele nuestra auténtica fragilidad. El temor que necesita el sacerdote es un temor filial y gozoso; ese que, fundamentado sobre un sereno realismo acerca de nuestros límites, nos haga estremecernos de asombro y de agradecimiento por el don que hemos recibido de Dios. El sacerdote tiene que sentirse maravillado a diario: Cristo quiere prolongarse a través de mí, tan pobre,

tan indigno, tan necesitado. Sin ese estremecimiento de gratitud y de adoración ante la grandeza del don corremos el riesgo de apropiarnos de nuestra vocación. Y no hay nada peor que eso. Abriríamos la puerta a todos los abusos. Si queremos conservar ese sano temor, conviene no dejar de considerar nunca la grandeza del don. La banalización del sacerdocio es un camino errado. Querer hacer del sacerdote un hombre como los demás es un craso error. En muchos países los cristianos tienen la costumbre de besar las manos del sacerdote el día de su ordenación. ¿Por qué se veneran sus manos? ¿Qué sacerdote sería tan necio como para pensar que es su persona la que se venera? Con ese gesto inspirado por la intuición del pueblo de Dios, por su *sensus fidei*, a quien se venera es a Cristo, no al sacerdote; y a través de sus manos, recién ungidas con el santo crisma, se veneran las manos traspasadas de Cristo crucificado.

Los obispos lo saben muy bien. Durante la liturgia son muchas las señales de respeto y de veneración que reciben. ¿Porque son santos? ¿Porque son príncipes de la Iglesia? En absoluto. Esos gestos van dirigidos al Buen Pastor que, en ellos, preside la liturgia. Por eso, cuando presiden la liturgia en nombre de Cristo, tienen que mostrar una conducta llena de nobleza, de dignidad, de grandeza; y, al mismo tiempo, de humildad y de pobreza. Deben desaparecer ante Jesucristo, Sumo Sacerdote, de modo que sea Él –y no ellos– quien se muestre. Para un obispo o para un sacerdote no supone ningún avance ni ningún indicio de sencillez caer en la trampa grosera de la banalidad, de la mediocridad, de la superficialidad o de una vulgaridad innoble. Quizá por eso sea conveniente que el sacerdote desaparezca bajo las vestiduras litúrgicas, que la casulla y el alba cubran totalmente su cuerpo: para que todos comprendan que de un sacerdote no se espera que imponga su particular y brillante personalidad, sino que transparente a Jesucristo.

Entonces, ¿no hay que tener personalidad?, ¿hay que negar la propia humanidad? No: hay que engrandecerla, hay que asumirla equilibradamente para configurarla íntimamente con el corazón de Cristo. Al sacerdote no se le pide que sea alguien insípido, sino que deje a Cristo tomar posesión de sus dones, de su personalidad, de su temperamento. Para ser un buen instrumento en manos del artista, el violín debe estar bien afinado. También el sacerdote tiene que esforzarse por desarrollar de un modo ordenado y

equilibrado las virtudes humanas y morales, y convertirse en un buen instrumento en las manos del artista divino.

Por eso, no hay que tener miedo de la propia personalidad humana ni de los talentos que el Creador ha inscrito en ella. Y hay que mejorar con constancia la formación personal en teología, exégesis, moral, espiritualidad, derecho canónico e historia de la Iglesia. El sacerdote tiene que estudiar, porque ser instrumento no significa no poner de nuestra parte. Creo que los sacerdotes deberían reunirse mensualmente en torno a quien es el Camino, la Verdad y la Vida –Jesucristo–, para pulir juntos alguna cuestión de moral o de pastoral. Todos los años deberían disponer de unos días en los que ahondar en algún tema de teología o estudiar una enseñanza del magisterio. Sin ese esfuerzo corremos el riesgo de volvernos menos dóciles en las manos de Dios. Sin ese esfuerzo, ¿cómo vamos a alimentar a los fieles con las homilias? Sí, es cierto que pedimos luces al Espíritu Santo, pero si no trabajamos, le obligamos a obrar milagros por nosotros. Los fieles tienen derecho a exigir. Tienen el derecho y el deber de corregir fraternalmente al sacerdote que no sea estrictamente fiel a la enseñanza de la Iglesia. Los cristianos tienen derecho a una alimentación sana, sustanciosa y rica que haga crecer su vida espiritual y humana.

Cuanto más estudia y se forma un sacerdote, mayor conciencia adquiere de que no es dueño de su ciencia ni de su formación, sino el indigno depositario de la Revelación del Dios Altísimo. Cuanto más se convenza de ello, más le colmará de gozo la belleza de su vocación.

IV

Sacerdote, ¿quién eres tú?

Partiendo de una reflexión de san Juan Pablo II

Introducción

Antes de nada, es preciso que entendamos quién es el sacerdote. Porque hemos dejado de saberlo. Muchos sacerdotes dudan acerca de su identidad. Muchos fieles esperan del sacerdote algo distinto de lo que es. De lo que se trata aquí no es de desarrollar un gran tratado teológico. ¿Quién puede dar respuesta a nuestra pregunta? ¿A quién deberíamos recurrir? ¿A un especialista, a un teólogo de profesión, a un profesor? En ese caso, ¿no seríamos prisioneros de alguna escuela, de una opinión, de una moda o de las tendencias ideológicas y políticas del momento?

Según un manuscrito alemán, «un sacerdote debe ser al mismo tiempo pequeño y grande, noble de espíritu, como de sangre real; sencillo y espontáneo, como de raíz campesina; héroe en la conquista de sí mismo, hombre que se ha batido con Dios, fuente de santificación, pecador al que Dios ha perdonado, soberano de sus deseos, servidor de los tímidos y de los débiles, que no se arredra delante de los poderosos y se inclina, en cambio, delante de los pobres, discípulo de su Señor, jefe de su rebaño, mendigo de manos extremadamente abiertas, portador de innumerables dones, hombre en el campo de batalla, madre para confortar a los enfermos, con la sabiduría de la edad y el abandono de un niño, en tensión hacia la altura y con los pies en el suelo, hecho para la alegría, experto en sufrimientos, distanciado de toda clase de envidia, previsor, que habla con franqueza,

amigo de la paz, enemigo de la inercia, siempre fiel... ¡Tan diferente de mí!».

El sacerdocio no puede estar en constante redefinición conforme al espíritu de los tiempos o a las necesidades pastorales, regionales o culturales. Entonces, ¿quién puede decirnos quién es para Dios el sacerdote? Únicamente la Iglesia. Es ella la que desde siempre enseña, ilumina y define. La Iglesia dice a sus sacerdotes quiénes son. Le dice al pueblo de Dios quiénes son sus pastores. Hay una larga cadena ininterrumpida de enseñanzas, textos y homilías que empieza en Jesús y termina en el magisterio contemporáneo. Gracias a esa cadena le damos la mano al propio Cristo. Esta transmisión ininterrumpida tiene un nombre: la Tradición viva. La Iglesia transmite la enseñanza de Jesús esclareciéndola y ahondando en ella. La vida de los cristianos le permite ir comprendiendo cada vez con mayor profundidad lo que debe transmitir. Por eso la tradición está viva, crece y se renueva sin cesar, para proporcionarnos cada vez más luz acerca de lo que ha recibido en depósito, que no cambia ni cambiará jamás.

¿Qué nos dice la tradición sobre el sacerdote? La principal luz que hemos recibido recientemente de la Iglesia ha sido el Concilio Vaticano II, que profundizó en la enseñanza acerca de la identidad sacerdotal, con el deseo de dirigir una mirada contemplativa y espiritual sobre todo el pueblo de Dios. La *Lumen gentium* hizo hincapié en la honda y necesaria complementariedad de los estados de vida de los bautizados: el estado de vida de los laicos, el estado de vida de los sacerdotes y el estado de vida de los religiosos. Para interiorizar plenamente la enseñanza del Concilio Vaticano II, san Pablo VI pidió ahondar en la identidad particular de esos tres estados de vida. De los tres sínodos celebrados con ese propósito surgieron tres exhortaciones apostólicas de san Juan Pablo II: *Christifideles laici*, sobre la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo (30 de diciembre de 1988); *Pastores dabo vobis*, sobre la formación de los sacerdotes en la situación actual (25 de marzo de 1992); y *Vita consecrata*, sobre la vida consagrada y su misión en la Iglesia y en el mundo (25 de marzo de 1996). La reflexión se completó con la publicación de un documento sobre el misterio y el ministerio del obispo, *Pastores gregis* (16 de octubre de 2003).

La principal intuición del concilio consiste, a mi juicio, en subrayar que los tres estados de vida están enraizados en el bautismo. Son, por lo tanto, tres modos, tres maneras específicas de vivir el dinamismo bautismal, es decir, la llamada a la santidad.

En el pasado, en la Antigua Alianza, los ornamentos sagrados que se debían vestir para las ceremonias pertenecían exclusivamente a los sacerdotes; un privilegio que, según san Pablo, ha quedado superado, porque –como escribe a los gálatas– «cuantos habéis sido bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo» (*Ga* 3, 27). Todos los bautizados han recibido también la unción, que hasta entonces estaba reservada al Sumo Sacerdote. Solo él podía entrar en el santo de los santos una vez al año; mientras que hoy la fe en Jesucristo nos permite entrar a todos, en virtud de su sangre: «Así pues, teniendo libertad para entrar en el santuario en virtud de la sangre de Jesús, contando con el camino nuevo y vivo que él ha inaugurado para nosotros a través de la cortina, o sea, de su carne, y teniendo un gran sacerdote al frente de la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero y llenos de fe, con el corazón purificado de mala conciencia y con el cuerpo lavado en agua pura» (*Hb* 10, 19-22). Mientras que los descendientes de Aarón eran los únicos que tocaban las oblações santas, el único cuerpo sacerdotal de la Iglesia se alimenta del único pan eucarístico. Entonces, si todos los bautizados están revestidos de Cristo, ¿cuál es la especificidad del sacerdote?

Es posible que en algún momento se haya reducido el sacerdocio a la capacidad de llevar a cabo determinadas acciones al servicio de la vida de los cristianos. Es posible que se haya olvidado que la vida sacerdotal es un camino específico de santidad enraizado en el bautismo. Para hacer más hincapié en la importancia decisiva de los sacramentos dentro de la vida de la Iglesia, a veces hemos reducido el sacerdocio al poder de consagrar la Eucaristía y de absolver los pecados. Por supuesto que estos son actos fundamentales en la vida del sacerdote. Por supuesto que ese poder (en el significado del término latino *potestas*) es real. No obstante, de tanto insistir en ello se corre el peligro de reducir el sacerdocio a una función, a un «hacer», cuando en realidad el sacerdote vale más por lo que es que por lo que hace. Nada más lejos de mi intención, pues, negar o relativizar siquiera

ese poder específicamente sacerdotal de consagrar y absolver. Pero no podemos reducir al sacerdote a un mero «distribuidor de sacramentos».

Entonces, ¿qué es en el fondo? ¿Cuál es su ser, su esencia, su definición? Creo que el concilio nos ofrece una respuesta muy profunda en la que la teología aún no ha ahondado lo suficiente. El concilio nos invita a considerar la unidad del sacramento del orden (diáconos, sacerdotes y obispos) partiendo del episcopado. De hecho, la *Lumen gentium* afirma con absoluta claridad que en el episcopado reside «la plenitud del sacerdocio»; que el episcopado es la «cumbre del ministerio sagrado» (*sacri ministerii summa*). Por lo tanto, hay que dirigir la mirada hacia la realidad sacramental del episcopado para comprender la esencia del sacramento del orden, para comprender qué son los sacerdotes. Y la definición del episcopado que nos deja el concilio es muy clara: en virtud del carácter sagrado impreso en su alma por el sacramento, «los obispos, de modo visible y eminente, hacen las veces del mismo Cristo, Maestro, Pastor y Pontífice, y actúan en lugar suyo. En la persona, pues, de los obispos, a quienes asisten los presbíteros, el Señor Jesucristo, Pontífice supremo, está presente en medio de los fieles» [1].

¡Cómo me gustaría que toda la Iglesia comprendiera por fin esta enseñanza capital e irrevocable del concilio! ¡Esa es la definición de sacerdote, esa es su esencia, su identidad profunda! El sacerdote es quien ocupa el lugar del mismo Cristo y actúa en su persona. Suelo decir que el sacerdote no es solamente *alter Christus*, sino *ipse Christus*. Hay quien me lo ha reprochado duramente. En el vocabulario de los Padres de la Iglesia la expresión *alter Christus* se aplica a todo cristiano bautizado, pero se puede atribuir «con más razón aún» –dicen Juan Pablo II y Benedicto XVI– al sacerdote. San Josemaría Escrivá va todavía más lejos al afirmar que todo cristiano es por el bautismo *ipse Christus*. Me gustaría aclarar todo esto a la luz del concilio.

El sacerdote no es otro Cristo equiparable a Cristo. Es el mismo Cristo que se prolonga sacramentalmente. Configurado ontológicamente con Cristo, se convierte en «sacramento de Cristo mismo» presente y operante en su ministerio, como dice el directorio *Apostolorum successores* (§ 12) publicado en 2004. El concilio afirma que el sacerdote ocupa el lugar de Cristo y actúa en su persona (*in persona*). Cuando decimos que el sacerdote

es *ipse Christus*, es evidente que no queremos decir que sea «el Verbo que estaba junto a Dios» (cfr. *Jn* 1, 1), ni algo así como una nueva encarnación: esto es manifiestamente falso y abriría la puerta a todo tipo de abusos. Tampoco significa que el sacerdote, en virtud de su ordenación, sea santo como por arte de magia. ¡Bien sabemos que no todos los sacerdotes son santos! Yo soy el primero en saberlo, y aún mejor mi confesor, conocedor de todas mis miserias y mis esfuerzos por alcanzar la santidad.

Esta identificación no es de orden psicológico. Sabemos que los sacerdotes pedófilos a veces han pervertido totalmente esta idea. Han convencido a sus víctimas de que, por el hecho de ser sacerdotes, todo lo que ellos les pedían era algo querido por Cristo. No: la identificación con Cristo, lejos de generar una especie de impunidad psicológica, ha de ser para el sacerdote una fuente permanente de exigencia. Tiene que preguntarse constantemente: ¿es mi vida conforme a la de Cristo? ¿Soy yo, igual que Él, servidor de todos?

El concilio explica claramente que la raíz de ese ser sacerdotal es el carácter sagrado que imprime el sacramento. Ese carácter configura nuestra alma. La dota de su identidad. Es el fundamento del estado de vida sacerdotal, es decir, la manera específica de vivir la santidad bautismal. En el caso del sacerdote se trata de ocupar el lugar de Cristo y de obrar no solo en su nombre, sino en su persona. Ser sacerdote es hacer presente a Cristo. Eso no es garantía ni de mi santidad ni de mi competencia. Pero sí es mi ser, mi identidad profunda e irrevocable dentro de la Iglesia. El sacerdote hace presente a Cristo-sacerdote, pastor y esposo de la Iglesia.

Cuando el sacerdote visita a un enfermo, hace presente a la persona de Cristo-sacerdote junto a ese miembro de la Iglesia que sufre. Puede que durante esa visita actúe con torpeza y sea humanamente menos competente que una religiosa o un laico formados para ello. Pero hay una cosa que solo él puede hacer, y es hacer presente instrumentalmente a Cristo sacerdote y pastor al lado del enfermo. Esa presencia culmina en los actos sacramentales: el don del Cuerpo de Cristo, la absolución de los pecados, la unción con el santo óleo de los enfermos. Esa presencia es un ser instrumental. Cristo, sacerdote y pastor, quiere necesitar la humanidad del sacerdote, identificada con la suya en virtud del carácter sacramental, para hacerse presente. Toda la persona del sacerdote se convierte en instrumento

de Cristo. Representa a Cristo no como un embajador representa a un jefe de Estado, sino que lo «re-presenta», lo hace presente a través de su persona, que se convierte en una prolongación de la humanidad de Cristo. Por eso el secreto de confesión es absoluto. Lo que escucha el sacerdote solo le pertenece a Cristo. Un sacerdote que cuente los pecados que oye en el confesonario comete un pecado muy grave: ofende a Dios y a los penitentes. El obispo debe retirarle definitivamente el derecho a confesar, porque ese sacerdote ha traicionado a Cristo, ha dejado de identificarse con Él.

Al cardenal Lustiger le gustaba recordar a los sacerdotes: «Tenemos que atrevernos a decir: ¡somos Cristo! Esa es la identidad del sacerdote: la identidad de Cristo» [2].

¡Qué maravilla, queridos cristianos! El sacerdote no es un intermediario, no es una barrera entre Cristo y nosotros, sino al revés: a través del sacerdote, a través de su persona marcada por el carácter sacramental, es el mismo Jesús quien me toca, me bendice, me mira y me habla. Entro en contacto con la humanidad de Jesús. Puede que a algún sacerdote no se le dé demasiado bien enseñar el catecismo a los niños. Muchas veces los laicos, sean hombres o mujeres, están más dotados y mejor preparados para ese arte tan delicado de anunciar a Dios a los niños. Pero, cuando un humilde sacerdote habla a los niños, en medio de ellos está verdadera, misteriosa y sacramentalmente presente Jesús el Buen Pastor. Esa presencia no es sustancial como la presencia eucarística, sino sacramental, y así lo enseña explícitamente san Juan Pablo II: es, a la vez, un signo y una realidad. El concilio, por su parte, recuerda esta presencia de Cristo en el sacerdote al afirmar que «Cristo está siempre presente en su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica. Está presente en el sacrificio de la Misa, sea en la persona del ministro, “ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz”, sea sobre todo bajo las especies eucarísticas» [3].

También es importante subrayar que esa presencia es ministerial. El alma del sacerdote es un alma de ministro, es decir, de servidor. Por eso no se puede ser sacerdote sin ser diácono. Para hacer presente a Cristo-pastor y *a fortiori* a Cristo-cabeza, antes hay que hacer presente a Cristo servidor. La presencia ministerial de Cristo que define la identidad sacerdotal no implica

en absoluto la santidad automática del sacerdote –volveremos sobre ello más adelante–. He aquí un gran misterio. A veces Jesús se hace presente a través del ministerio de sacerdotes indignos. Pero sabemos que la santidad sacerdotal es ese combate, esa lucha por vivir de un modo concreto y en cada momento la plenitud del ser ministerial: ser instrumento mediante el cual Jesús pastor se hace presente a su Iglesia.

San Juan Pablo II, *Pastores dabo vobis* (capítulo 2, § 14 a 16)

Al servicio de este sacerdocio universal de la nueva Alianza, Jesús llamó consigo, durante su misión terrena, a algunos discípulos (cfr. Lc 10, 1-12) y con una autoridad y un mandato específicos llamó y constituyó a los Doce para que «estuvieran con él, y para enviarlos a predicar con poder de expulsar los demonios» (Mc 3, 14-15).

Por esto, ya durante su ministerio público (cfr. Mt 16, 18) y de modo pleno después de su muerte y resurrección (cfr. Mt 28; Jn 20, 21), Jesús confiere a Pedro y a los Doce poderes muy particulares sobre la futura comunidad y para la evangelización de todos los pueblos. Después de haberles llamado a seguirle, los tiene cerca y vive con ellos, impartiendo con el ejemplo y con la palabra su enseñanza de salvación, y finalmente los envía a todos los hombres. Y para el cumplimiento de esta misión Jesús confiere a los apóstoles, en virtud de una especial efusión pascual del Espíritu Santo, la misma autoridad mesiánica que le viene del Padre y que le ha sido conferida en plenitud con la resurrección: «Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28, 18-20).

Jesús establece así un estrecho paralelismo entre el ministerio confiado a los apóstoles y su propia misión: «quien a vosotros recibe, a mí me recibe, y quien me recibe a mí, recibe a Aquel que me ha enviado» (Mt 10, 40); «quien a vosotros escucha, a mí me escucha; y quien a

vosotros rechaza, a mí me rechaza; y quien me rechaza a mí, rechaza al que me ha enviado» (Lc 10, 16). Es más, el cuarto evangelio, a la luz del acontecimiento pascual de la muerte y resurrección, afirma con gran fuerza y claridad: «Como el Padre me envió, también yo os envío» (Jn 20, 21; cfr. 13, 20; 17, 18). Igual que Jesús tiene una misión que recibe directamente de Dios y que concretiza la autoridad misma de Dios (cfr. Mt 7, 29; 21, 23; Mc 1, 27; 11, 28; Lc 20, 2; 24, 19), así los apóstoles tienen una misión que reciben de Jesús. Y de la misma manera que «el Hijo no puede hacer nada por su cuenta» (Jn 5, 19.30) –de suerte que su doctrina no es suya, sino de aquel que lo ha enviado (cfr. Jn 7, 16)–, Jesús dice a los apóstoles: «separados de mí no podéis hacer nada» (Jn 15, 5): su misión no es propia, sino que es la misma misión de Jesús. Y esto es posible no por las fuerzas humanas, sino solo con el «don» de Cristo y de su Espíritu, con el «sacramento»: «Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos» (Jn 20, 22-23). Y así los apóstoles, no por algún mérito particular, sino por la participación gratuita en la gracia de Cristo, prolongan en la historia, hasta el final de los tiempos, la misma misión de salvación de Jesús en favor de los hombres.

Signo y presupuesto de la autenticidad y fecundidad de esta misión es la unidad de los apóstoles con Jesús y, en Él, entre sí y con el Padre, como dice la oración sacerdotal del Señor, síntesis de su misión (cfr. Jn 17, 20-23).

A su vez, los apóstoles instituidos por el Señor llevarán a cabo su misión llamando, de diversas formas pero todas convergentes, a otros hombres, como Obispos, presbíteros y diáconos, para cumplir el mandato de Jesús resucitado, que los ha enviado a todos los hombres de todos los tiempos.

El Nuevo Testamento es unánime al subrayar que es el mismo Espíritu de Cristo el que introduce en el ministerio a estos hombres, escogidos de entre los hermanos. Mediante el gesto de la imposición de manos (cfr. Hch 6, 6; 1 Tm 4, 14; 5, 22; 2 Tm 1, 6), que transmite el don del Espíritu, ellos son llamados y capacitados para continuar el mismo ministerio apostólico de reconciliar, apacentar el rebaño de Dios y enseñar (cfr. Hch 20, 28; 1 P 5, 2).

Por tanto, los presbíteros son llamados a prolongar la presencia de Cristo, único y supremo Pastor, siguiendo su estilo de vida y siendo como una transparencia suya en medio del rebaño que les ha sido confiado. Como escribe de manera clara y precisa la Primera Carta de san Pedro: «A los presbíteros que están entre vosotros les exhorto yo, como copresbítero, testigo de los sufrimientos de Cristo y partícipe de la gloria que está para manifestarse. Apacentad la grey de Dios que os está encomendada, vigilando, no forzados, sino voluntariamente, según Dios; no por mezquino afán de ganancia, sino de corazón; no tiranizando a los que os ha tocado guiar, sino siendo modelos de la grey. Y cuando aparezca el Supremo Pastor, recibiréis la corona de gloria que no se marchita» (1 P 5, 1-4).

Los presbíteros son, en la Iglesia y para la Iglesia, una representación sacramental de Jesucristo, Cabeza y Pastor; proclaman con autoridad su palabra; renuevan sus gestos de perdón y de ofrecimiento de la salvación, principalmente con el Bautismo, la Penitencia y la Eucaristía; ejercen, hasta el don total de sí mismos, el cuidado amoroso del rebaño, al que congregan en la unidad y conducen al Padre por medio de Cristo en el Espíritu. En una palabra, los presbíteros existen y actúan para el anuncio del Evangelio al mundo y para la edificación de la Iglesia, personificando a Cristo, Cabeza y Pastor, y en su nombre.

Este es el modo típico y propio con que los ministros ordenados participan en el único sacerdocio de Cristo. El Espíritu Santo, mediante la unción sacramental del Orden, los configura con un título nuevo y específico a Jesucristo, Cabeza y Pastor, los conforma y anima con su caridad pastoral y los pone en la Iglesia como servidores autorizados del anuncio del Evangelio a toda criatura y como servidores de la plenitud de la vida cristiana de todos los bautizados.

La verdad del presbítero, tal como emerge de la Palabra de Dios, o sea, Jesucristo mismo y su plan constitutivo de la Iglesia, es cantada con agradecimiento gozoso por la Liturgia en el Prefacio de la Misa Crismal: «Constituiste a tu único Hijo Pontífice de la Alianza nueva y eterna por la unción del Espíritu Santo, y determinaste, en tu designio salvífico, perpetuar en la Iglesia su único sacerdocio. Él no solo ha conferido el honor del sacerdocio real a todo su pueblo santo, sino

también, con amor de hermano, ha elegido a hombres de este pueblo, para que, por la imposición de las manos, participen de su sagrada misión. Ellos renuevan en nombre de Cristo el sacrificio de la redención, y preparan a tus hijos al banquete pascual, donde el pueblo santo se reúne en tu amor, se alimenta de tu palabra y se fortalece con tus sacramentos. Tus sacerdotes, Señor, al entregar su vida por Ti y por la salvación de los hermanos, van configurándose a Cristo, y así dan testimonio constante de fidelidad y amor».

El sacerdote tiene como relación fundamental la que le une con Jesucristo, Cabeza y Pastor. Así participa, de manera específica y auténtica, de la «unción» y de la «misión» de Cristo (cfr. Lc 4, 18-19). Pero íntimamente unida a esta relación está la que tiene con la Iglesia. No se trata de «relaciones» simplemente cercanas entre sí, sino unidas interiormente en una especie de mutua inmanencia. La relación con la Iglesia se inscribe en la única y misma relación del sacerdote con Cristo, en el sentido de que la «representación sacramental» de Cristo es la que instaura y anima la relación del sacerdote con la Iglesia.

En este sentido los Padres sinodales han dicho: «El sacerdote, en cuanto que representa a Cristo, Cabeza, Pastor y Esposo de la Iglesia, se sitúa no solo en la Iglesia, sino también al frente de la Iglesia. El sacerdocio, junto con la Palabra de Dios y los signos sacramentales, a cuyo servicio está, pertenece a los elementos constitutivos de la Iglesia. El ministerio del presbítero está totalmente al servicio de la Iglesia; está para la promoción del ejercicio del sacerdocio común de todo el Pueblo de Dios; está ordenado no solo para la Iglesia particular, sino también para la Iglesia universal (cfr. Presbyterorum Ordinis, 10), en comunión con el Obispo, con Pedro y bajo Pedro. Mediante el sacerdocio del Obispo, el sacerdocio de segundo orden se incorpora a la estructura apostólica de la Iglesia. Así el presbítero, como los apóstoles, hace de embajador de Cristo (cfr. 2 Co 5, 20). En esto se funda el carácter misionero de todo sacerdote.

Por tanto, el ministerio ordenado surge con la Iglesia y tiene en los Obispos, y en relación y comunión con ellos también en los presbíteros, una referencia particular al ministerio originario de los apóstoles, al

cual sucede realmente, aunque el mismo tenga unas modalidades diversas.

De ahí que no se deba pensar en el sacerdocio ordenado como si fuese anterior a la Iglesia, porque está totalmente al servicio de la misma; pero tampoco como si fuera posterior a la comunidad eclesial, como si esta pudiera concebirse como constituida ya sin este sacerdocio.

La relación del sacerdocio con Jesucristo, y en Él con su Iglesia –en virtud de la unción sacramental–, se sitúa en el ser y en el obrar del sacerdote, o sea, en su misión o ministerio. En particular, «el sacerdote ministro es servidor de Cristo, presente en la Iglesia misterio, comunión y misión. Por el hecho de participar en la “unción” y en la “misión” de Cristo, puede prolongar en la Iglesia su oración, su palabra, su sacrificio, su acción salvífica. Y así es servidor de la Iglesia misterio porque realiza los signos eclesiales y sacramentales de la presencia de Cristo resucitado. Es servidor de la Iglesia comunión porque –unido al Obispo y en estrecha relación con el presbiterio– construye la unidad de la comunidad eclesial en la armonía de las diversas vocaciones, carismas y servicios. Por último, es servidor de la Iglesia misión porque hace a la comunidad anunciadora y testigo del Evangelio».

De este modo, por su misma naturaleza y misión sacramental, el sacerdote aparece, en la estructura de la Iglesia, como signo de la prioridad absoluta y gratuidad de la gracia que Cristo resucitado ha dado a su Iglesia. Por medio del sacerdocio ministerial la Iglesia toma conciencia en la fe de que no proviene de sí misma, sino de la gracia de Cristo en el Espíritu Santo. Los apóstoles y sus sucesores, revestidos de una autoridad que reciben de Cristo, Cabeza y Pastor, han sido puestos –con su ministerio– al frente de la Iglesia, como prolongación visible y signo sacramental de Cristo, que también está al frente de la Iglesia y del mundo, como origen permanente y siempre nuevo de la salvación, Él, que es «el salvador del Cuerpo» (Ef 5, 23).

Reflexión

Al aceptar la ordenación sacerdotal, el sacerdote se pone plenamente y en todo momento a disposición de Cristo. Para nosotros, sacerdotes, revestirnos de Cristo es darnos enteramente a Él como Él se ha dado a nosotros. Este acontecimiento se renueva en cada misa cuando nos revestimos con los ornamentos litúrgicos. Cubrirnos con ellos solemnemente, y no de una forma maquinal y distraída, debe representar para nosotros algo más que un hecho exterior: según Benedicto XVI, debe ser renovar el «sí» de nuestra misión, el «ya no soy yo» del bautismo que la ordenación sacerdotal nos da de un modo nuevo y, a la vez, nos pide. El hecho de acercarnos al altar revestidos con los ornamentos litúrgicos tiene que hacer claramente visible a los presentes, y a nosotros mismos, que estamos allí en la persona de Otro. Los ornamentos sacerdotales son una honda expresión simbólica de lo que significa el sacerdocio.

En otros tiempos, el momento de revestirse con los ornamentos sacerdotales iba acompañado del rezo de unas oraciones que ayudaban a comprender mejor cada uno de los elementos del ministerio sacerdotal. Comencemos por el amito. En el pasado –y todavía hoy en las órdenes monásticas– se colocaba primero sobre la cabeza como una especie de capucha, lo que simbolizaba la disciplina de los sentidos y del pensamiento necesaria para una digna celebración de la santa misa, vivida con recogimiento, respeto sagrado y estupor. Mis pensamientos no deben divagar en torno a las preocupaciones y las expectativas de mi vida diaria; los sentidos no deben verse atraídos hacia lo que allí, en el interior de la iglesia, querría secuestrar ocasionalmente los ojos y los oídos. Mi corazón debe abrirse dócilmente a la palabra de Dios y recogerse en la oración de la Iglesia, para que mi pensamiento quede orientado por las palabras del Anuncio y de la oración. Y la mirada del corazón ha de dirigirse hacia el Señor, que está en medio de nosotros: eso es lo que significa el *ars celebrandi*, el modo correcto de celebrar. Si estoy con el Señor, con mi escucha atenta, con mi modo de estar ante Él, de hablar y de obrar, atraigo también a la gente hacia la comunión íntima con Él.

Los textos de la oración que explican el alba y la estola siguen la misma dirección. El alba: un término que significa «blanco». Simboliza la pureza y la santidad que se requieren siempre para celebrar la obra de Dios, como llama san Benito a la liturgia. Evocan el vestido festivo que el padre entregó

al hijo pródigo al volver a casa andrajoso y sucio. Cuando nos disponemos a celebrar la liturgia para actuar *en la persona* de Cristo, todos caemos en la cuenta de lo lejos que estamos de Él, de cuánta suciedad hay en nuestra vida. Solo Cristo puede entregarnos un traje de fiesta, hacernos dignos de presidir su mesa, de estar a su servicio. Las oraciones remiten también a las palabras del Apocalipsis respecto a las vestiduras de los ciento cuarenta y cuatro mil elegidos, lavadas en la sangre del Cordero. «Por eso están ante el trono de Dios, dándole culto día y noche en su templo» (Ap 7, 15).

La casulla: es la vestidura interior con que se reviste el sacerdote para celebrar la misa. Su origen se halla en un manto romano, la *paenula*, el manto que san Pablo se dejó en Tróade, en casa de Carpo (2 Tm 4, 13). La casulla es la vestidura que cubre totalmente al sacerdote que celebra la misa. Representa el yugo del Señor que se nos impone a los sacerdotes. Recuerda las palabras de Jesús, que nos invita a llevar su yugo y a aprender, y que nos dicen que es «manso y humilde de corazón» (Mt 11, 29). Llevar la casulla significa aprender de Él cómo someternos dócilmente y por amor a la voluntad del Padre, cómo debemos humillarnos y desaparecer ante Jesucristo para que solo Él sea visible. Vestir la casulla es estar siempre dispuesto a asistir a su escuela para que nos enseñe a ser mansos y humildes de corazón como Él, a amar a Dios y al prójimo como Él. No es suficiente – y es una tristeza – celebrar el gran Misterio de nuestra fe únicamente con el alba y la estola. Cada Eucaristía es una solemnidad, una fiesta y, al mismo tiempo, la celebración de la crucifixión de Jesús. Él subió al altar del Gólgota solemnemente y con una túnica noble y costosa: «Era una túnica sin costura, tejida toda de una pieza de arriba abajo» (Jn 19, 23). Revistámonos también nosotros del yugo de Jesús, de esa noble túnica, subiéndolo al altar del sacrificio para morir con Él. La misa es el acto más santo, el acto principal y más importante de nuestra existencia sacerdotal [4]. Es un acto que nos santifica y nos configura con Cristo.

Un gran teólogo y místico como el P. Philippon escribió justo antes de morir la biografía espiritual de una madre de familia mexicana fallecida en 1937, la beata María Concepción (Conchita), cuya ceremonia de beatificación se celebró el 4 de mayo de 2019 en el santuario de Nuestra Señora de Guadalupe. El P. Philippon recoge algunas de las confidencias de Cristo a esa madre de familia que me parecen de una actualidad estremecedora. Así cuenta la beata lo que recibió en una revelación privada:

«Entre todos los hombres distinguí a los que deberían ser Míos, “otros Yo”, que continuaran la misión que me trajo a la tierra, y que fue llevar a mi Padre lo que de Él salió: almas que lo glorificaran eternamente. Nunca acabaría de decir lo que son los sacerdotes para Mí: mis manos, mis obreros, mi mismo Corazón y el centro de innumerables almas. El mundo abre ahora mucha brecha en el corazón de los sacerdotes y ya sabes cuántos son los vicios que acompañan a enemigo tan formidable. Cuando sale el Espíritu Santo del corazón del sacerdote, es su ruina, porque si alguien tiene no solo necesidad, sino obligación crecidísima de vivir y respirar dentro de este Espíritu Santo es el sacerdote; y a medida que Él se aleja, la materia entra, y viceversa; pero ¡ay del sacerdote que vive de materia!: puede contarse como perdido. Quiero amor en mis sacerdotes, quiero vida interior, intimidad Conmigo en esas almas consagradas. Es necesario volver a encender el fuego y esto solo se hará por el Espíritu Santo.

»Como te dije, vendrán épocas peores para mi Iglesia y esta necesita de sacerdotes y ministros santos que la hagan triunfar de sus enemigos. Necesito un ejército de santos sacerdotes transformados en Mí. Necesito otros Yo en la tierra. Mi fin en los sacerdotes es realizar la transformación en Mí. La transformación del sacerdote en Mí que se opera en la Misa debe continuarla él en su vida ordinaria, para que esa vida sea interior, espiritual y divina» [5]. ¿Cómo no va a llenarnos de gozo esta llamada divina? Sí, es exigente; pero Dios nos da su gracia. De nosotros depende alabarle y agradecerle a diario las maravillas que lleva a cabo en nosotros.

V

Para acabar con el clericalismo

Partiendo de una reflexión
del cardenal Jean-Marie Lustiger

Introducción

El espíritu del mundo se infiltra en la Iglesia. Y el espíritu del mundo está entretejido de miedos, envidias y mentiras, de la atracción de las riquezas materiales y del afán de dominación. Hemos visto gestarse en el seno de la Iglesia rivalidades y luchas de poder. A eso se refería probablemente Pablo VI cuando hablaba del humo de Satanás que había penetrado en la Iglesia. En mi opinión, la rivalidad entre los estados de vida es una de las manifestaciones más terribles de esta realidad. El clero envidia el carácter secular de los laicos, imita servilmente su manera de vestir y prescinde de la sotana. Empieza a querer asumir la acción política, que es un ámbito propio del laicado. Muchos clérigos publican textos que no tratan de la Palabra de Dios, sino de la democracia, el buen gobierno, la justicia y la paz, o de la ecología. Llegan a hablar incluso de algo tan peculiar como una «Iglesia verde». Los laicos, por su parte, envidian a los clérigos. Quieren imitarlos, presidir las liturgias, dirigir las parroquias, predicar durante la liturgia dominical. En estos momentos se está alentando una absurda e inútil lucha de poder entre hombres y mujeres. Hay mujeres y religiosas que quieren ser sacerdotes, mientras que a los sacerdotes les asusta su propia paternidad espiritual. ¿De dónde procede tanta confusión?

Creo que en la Iglesia ha penetrado una idea falsa y demoledora: la de que cada cargo, cada estado de vida es por encima de todo un poder o un

derecho. A partir de ahí, el conjunto de la vida de la Iglesia se analiza en términos de lucha de poder y de relaciones de fuerza. Esta estructura de pensamiento heredada del marxismo la han popularizado los medios universitarios norteamericanos y europeos a través de la *French theory*. En línea con esta hermenéutica, toda sociedad es fundamentalmente una relación de fuerza y de dominio. Por eso las conductas no son más que luchas encaminadas a abolir o a conservar las estructuras de dominación y de privilegios.

Pienso que el clericalismo es una actitud que se nutre de esta idea solapada. Y afecta tanto a los clérigos como a los laicos, porque es una peligrosa amenaza para la estructura de la Iglesia y para sus miembros: desde el papa hasta el último laico, pasando por los sacerdotes. El clericalismo está caracterizado por la lucha por el poder y la dominación: los laicos se «clericalizan» para arrebatarse al clero su supuesto poder. Reclaman unos «ministerios» que se perciben como privilegios externos y que no fueron creados ni reclamados por la Iglesia de los orígenes ni por los primeros cristianos que seguían a san Pablo. En *Desde lo más hondo de nuestros corazones* [1] escribí que no hace falta «clericalizar a los laicos» para otorgarles el puesto que les corresponde en la Iglesia; y me preguntaba: «¿Las mujeres solo serían respetables si fueran clérigos? ¿Sería la cléricatura el único medio para existir y ocupar un lugar dentro de la Iglesia?». Poco tiempo después me sentí particularmente emocionado al leer en *Querida Amazonia* unas palabras parecidas salidas de la pluma del papa Francisco: «Esto nos invita a expandir la mirada para evitar reducir nuestra comprensión de la Iglesia a estructuras funcionales. Ese reduccionismo nos llevaría a pensar que se otorgaría a las mujeres un estatus y una participación mayor en la Iglesia solo si se les diera acceso al Orden sagrado. Pero esta mirada en realidad limitaría las perspectivas, nos orientaría a clericalizar a las mujeres, disminuiría el gran valor de lo que ellas ya han dado y provocaría sutilmente un empobrecimiento de su aporte indispensable. Jesucristo se presenta como Esposo de la comunidad que celebra la Eucaristía, a través de la figura de un varón que la preside como signo del único Sacerdote. Este diálogo entre el Esposo y la esposa que se eleva en la adoración y santifica a la comunidad, no debería encerrarnos en planteamientos parciales sobre el poder en la Iglesia. Porque el Señor quiso manifestar su poder y su amor a través de dos rostros humanos: el de su

Hijo divino hecho hombre y el de una creatura que es mujer, María. Las mujeres hacen su aporte a la Iglesia según su modo propio y prolongando la fuerza y la ternura de María, la Madre. De este modo no nos limitamos a un planteamiento funcional, sino que entramos en la estructura íntima de la Iglesia». Una afirmación como esa, tan clara y tan fiel a la Tradición, debería frenar definitivamente cualquier indagación teológica sobre la eventual posibilidad de nombrar diaconisas dentro de la Iglesia católica. Ninguno de los que ayudaron y sostuvieron a Pablo en su misión evangelizadora expresó jamás el deseo de ser nombrado ministro. Recordemos a Áquila y a su mujer Priscila, magníficos colaboradores de Pablo en Corinto y en Éfeso (cfr. *Hch* 18, 18-19; *1 Co* 16, 19) y más tarde en Roma (cfr. *Rm* 16, 3; *2 Tm* 4, 19), o en Epafrodito (cfr. *Flp* 2, 25) y Epafras (cfr. *Col* 1, 7; 4, 12; *Rm* 23). Recordemos también a Apolo, originario de Alejandría, ese hombre sabio y versado en las Escrituras que tanto éxito obtuvo en Corinto y en Éfeso (cfr. *Hch* 18, 22-29; *1 Co* 1, 22; 3, 4-6; *Tt* 3, 13). Además de los Doce que acompañaban a Jesús, san Lucas menciona la presencia de las mujeres –María, la de Magdala; Juana, la mujer de Cusa, intendente de Herodes; Susana y muchas más– que le ayudaban con sus bienes (cfr. *Lc* 8, 1-9; *Mt* 27, 55; *Mc* 15, 41). Ninguna de estas personas aspiraba a un ministerio. Todas participaban en la misión de Jesús generosamente y por amor. Los catequistas llevan siglos colaborando en la obra misionera con un celo heroico y humilde, sin reclamar ningún cargo ministerial. Nunca han querido que se les clericalizara. Siempre han sido grandes testigos y unos padres y madres de familia maravillosos.

El clericalismo es una actitud que transforma un estado de vida, un ministerio o un cargo en propiedad privada y en trampolín para un ego acoimplejado: algo que el Papa Francisco denomina autorreferencialidad. Cada estado de vida es una forma específica de relación con el misterio de Cristo y de identificación con un aspecto de ese misterio, mientras que el clericalismo se apropia de las misiones que cada estado confiere y las convierte en un instrumento de poder.

La genial y profética intención del Vaticano II consistió en resaltar la complementariedad de los estados de vida, y no su concurrencia ni una agresiva rivalidad entre ellos. Conviene releer la *Lumen gentium*, que describe las múltiples formas del ejercicio de la santidad: «Una misma es la santidad que cultivan, en los múltiples géneros de vida y ocupaciones, todos

los que son guiados por el Espíritu de Dios, y obedientes a la voz del Padre, adorándole en espíritu y verdad, siguen a Cristo pobre, humilde y cargado con la cruz, a fin de merecer ser hechos partícipes de su gloria. Pero cada uno debe caminar sin vacilación por el camino de la fe viva, que engendra la esperanza y obra por la caridad, según los dones y funciones que le son propios» [2]. Ha llegado el momento de prescindir de una engañosa lógica de concurrencia. «A los laicos corresponde, por propia vocación, tratar de obtener el reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios» [3]. La vocación propia de los religiosos consiste en recordar proféticamente que el mundo no puede ser transformado ni ofrecido a Dios sin la radicalidad del Evangelio y el espíritu de las bienaventuranzas. La vocación propia de los sacerdotes consiste en representar sacramentalmente a Cristo-Pastor en medio de su pueblo, principalmente a través de la administración de los sacramentos, la predicación del Evangelio y el servicio de la autoridad, pero también con la vida entera. La Iglesia no es un espacio de poder, sino de servicio. Insisto: muchos laicos son más competentes y están mejor formados que los clérigos en teología o en pastoral. Pero nunca podrán «ocupar el lugar de Cristo-Pastor y actuar en su persona».

No olvidemos que el bautismo y la confirmación marcan el alma con un carácter sacramental que confiere a las personas una identidad espiritual. A los laicos bautizados y confirmados les corresponde hacer presente en el mundo secular el misterio de nuestra adopción como hijos de Dios y testigos de su Palabra. Deben esforzarse por implantar en el mundo el Reino de Dios, y no dedicar inútilmente sus energías a desempeñar un cargo en la Iglesia. A los laicos casados les corresponde hacer sacramentalmente presente el misterio de los esponsales entre Cristo y la Iglesia viviendo fielmente y de manera ejemplar su amor conyugal. A los religiosos y consagrados les corresponde dar testimonio de la radicalidad de una vida conforme al Evangelio y la llamada escatológica a la santidad. Nos necesitamos los unos a los otros. Avanzamos codo con codo, nos ayudamos mutuamente en el camino de la santidad.

A veces oímos afirmar que habría que desvincular el ejercicio de autoridad del ministerio ordenado. Se oye decir aquí y allá que el gobierno de la Iglesia puede ser cosa tanto de hombres como de mujeres, tanto de laicos como de sacerdotes y obispos. Este tipo de afirmaciones son

tremendamente ambiguas y destruyen la estructura jerárquica de la Iglesia tal y como ha sido querida y ordenada por el mismo Jesucristo. Por supuesto que hay laicos, tanto hombres como mujeres, más competentes que los sacerdotes en temas de comunicación, en *management* y en técnicas de gobierno. Y se les debe adjudicar el papel de especialistas y de asesores que les corresponde. Pero el gobierno dentro de la Iglesia no es en sentido estricto una especialidad, sino una presencia de Cristo siervo y pastor. Por eso en la Iglesia la función de gobierno nunca podrá ejercerla otro que no sea un ministro ordenado. Los cristianos quieren que los gobierne Cristo, no un especialista. Los sacerdotes, precisamente porque hacen sacramentalmente presente a Cristo pastor y servidor, no deben gobernar ejerciendo un dominio humano, sino prolongando la obra del Buen Pastor. Puede que a veces no estén a la altura de su misión, pero es a ellos a quienes se les ha confiado esa responsabilidad de gobierno en virtud de la ordenación que los configura con el Buen Pastor.

Vuelvo a repetir que no por ello disminuye la necesidad de poner en valor la competencia y la excelencia de los hombres y mujeres laicos. No se debería tomar ninguna decisión sin consultar a las personas verdaderamente competentes. Pero solo un ministro configurado con el Buen Pastor puede asumir esa decisión ante la Iglesia sin que la autoridad se transforme en un poder de dominación de carácter humano.

Por eso ha llegado el momento de dejar de interpretar la autoridad dentro de la Iglesia como poder u opresión. Esa autoridad es plenamente ministerial, porque es siempre un servicio que prestan los clérigos al Cuerpo entero. De ahí que se asuma con espíritu de servicio, como les enseñó Jesús a los primeros doce sacerdotes mientras les lavaba los pies. Y la asumen sacerdotes que se saben y quieren ser instrumentos del Buen Pastor, y no tiranos.

Así lo resume con absoluta claridad el cardenal Jean-Marie Lustiger, arzobispo de París entre el 31 de enero de 1981 y el 11 de febrero de 2005. Este gran servidor de la Iglesia era de origen judío. Su conversión a Cristo reafirmó en él su profundo sentido de la unidad y la dignidad del pueblo de Dios. A lo largo de su misión episcopal demostró la genialidad y el talento de poner al servicio del anuncio del Evangelio las competencias propias de

cada uno, clérigos y laicos. Supo desarrollar todas las intuiciones del Concilio Vaticano II.

Cardenal Jean-Marie Lustiger, *La vocación de los sacerdotes (extractos)*

El conjunto de declaraciones que Juan Pablo II dedicó a los sacerdotes, a la vida consagrada y –de forma aún más exhaustiva– a la vocación de los bautizados, incluida la de los laicos, suma miles de páginas. Lo que me propongo ahora es desentrañar su lógica y su originalidad, y comprender su «economía», entendiendo este término con el sentido que le atribuían los Padres cuando se referían a la economía de la salvación en la que nos ha sido revelado el misterio trinitario. Lo que descubrimos en ellas, aparte de su variedad, son los grandes retos de la vida de la Iglesia de finales del siglo XX y, al mismo tiempo, la coherencia de una respuesta estructurada que extrae su fuerza del misterio mismo de Cristo (...).

¿Cuál era el estado de cosas [en relación con los sacerdotes] hace veinticinco años, cuando Juan Pablo II pronunció sus primeras palabras en público: «No tengáis miedo. Abrid las puertas a Cristo?».

El nuevo papa lo conocía muy bien. De hecho, siete años antes había participado como arzobispo de Cracovia en el segundo sínodo ordinario de obispos dedicado al ministerio sacerdotal y a la justicia mundial que se celebró en Roma del 30 de septiembre al 6 de noviembre de 1971. La prensa anunciaba que los obispos iban a pedir al Santo Padre la ordenación de viri probati casados. Muchos se inclinaban por desterrar la palabra «sacerdote» y hablar exclusivamente de «ministerio presbiterial».

Ya sabemos cómo concluyó ese sínodo de 1971. El papa Pablo VI se mantuvo valerosamente firme frente a las presiones. ¿No fue acaso la beatificación del padre Maximiliano Kolbe como «sacerdote católico» la respuesta a los interrogantes que empañaban la figura del sacerdocio

presbiterial? Aun así, la crisis y la problemática que acabo de mencionar se hallaban sólidamente instaladas en el Occidente desarrollado.

Quienes tienen edad suficiente para haber vivido esta etapa recordarán la intensa crisis de aquellos años 70, así como las dudas planteadas por las deserciones en masa y la caída del número de ingresos en los seminarios.

Así pues, ¿se había entendido bien la enseñanza del Vaticano II? En cualquier caso, la opinión pública percibía los problemas de la Iglesia y de sus miembros desde una perspectiva más organizativa o sociopolítica que teológica o mística: algo en lo que, a posteriori, es fácil reconocer las influencias simétricas del marxismo y de cierto liberalismo. El primero llevaba a concebirlo todo en términos de relaciones de fuerza. El segundo invitaba a enfocarlo todo desde una perspectiva de gestión y a priorizar la libertad individual.

Es lógico que la obediencia, la pobreza, la castidad y, en definitiva, la naturaleza misma del sacerdocio y de las vocaciones, incluida la vocación bautismal de los laicos, se vieran cuestionadas, toda vez que se razonaba desde perspectivas de funcionalidad, de relaciones de fuerza o de poder compartido, de un reconocimiento social con el dinero como único criterio, etc. El primer plano lo ocupaba la sociología; la antropología y sus diversas ramas desafiaban claramente la doctrina tradicional en materia de sexualidad; y la historia se utilizaba para denunciar el carácter relativo de la norma del celibato eclesiástico.

En definitiva, eran tres las ideas que encubrían las realidades espirituales y sacramentales del sacerdocio presbiterial y de la vocación tanto religiosa como bautismal.

En primer lugar, la realidad sacramental del sacerdocio debía dejar paso a la funcionalidad de las tareas ministeriales, que supuestamente se podían llevar a cabo sin el orden. Es lo que algunos llamaban «desacerdotalización».

En segundo lugar, la dialéctica del poder alimentaba el deseo de confiar dicho poder a la asamblea democrática de los fieles. Era lo que

por entonces se conocía como «desclericalización».

Por último, la supresión del celibato se entendía como la consumación de la «secularización» de una cristiandad que se mostraba excesivamente vinculada a una cultura caduca.

El Vaticano II, no obstante, supo prever de forma explícita estos obstáculos. Como vaticinaba la Lumen gentium (4, 2), «el género humano se halla en un periodo nuevo de su historia, caracterizado por cambios profundos y acelerados, que progresivamente se extienden al universo entero (...). Tan es así esto, que se puede ya hablar de una verdadera metamorfosis social y cultural, que redundará también en la vida religiosa». Aun así, las intuiciones del concilio para hacer frente a esta situación aún estaban pendientes de ponerse en práctica (...).

¿Qué respuesta iba a dar en 1978 el nuevo papa a las cuestiones que Pablo VI tenía planteadas en 1971? ¿Por qué caminos iba a conducir a la Iglesia encomendada a sus cuidados desde ese momento? (...).

Diez años después del inicio de su pontificado, comienzan a aparecer las tres exhortaciones apostólicas postsinodales que constituyen nuestro objeto, dedicadas sucesivamente a la vocación de los laicos (Christifideles laici en 1988), la de los sacerdotes (Pastores dabo vobis en 1992) y la de los religiosos y religiosas (Vita consecrata en 1996).

En el conjunto formado por estas tres encíclicas, que fueron seguidas de tres exhortaciones apostólicas, se despliega una pedagogía espiritual de una coherencia asombrosa. (...) La solidez de su enfoque resulta aún más llamativa dadas las circunstancias y los acontecimientos que venían a impedir su desarrollo. En cierto modo, el papa fundamenta los compromisos de los hombres de nuestro tiempo en el seguimiento de Cristo –sean sacerdotes, consagrados o laicos– situándolos en la economía de la salvación: al término de este Adviento, el hombre descubre la dignidad inalienable que conlleva su participación en el sacerdocio de Cristo (...).

La enseñanza de Juan Pablo II se centró primero y de forma prioritaria en lo que constituye el origen de los distintos estados de vida y de la diversidad de misiones dentro de la Iglesia: el misterio de Cristo.

El cambio de perspectiva era radical: el papa se proponía responder a los desafíos de los nuevos tiempos, evaluar las necesidades reales y aportar respuestas ya no tomando como criterio la política, la sociología o la antropología, sino dirigiéndose al hombre herido y redimido tal y como la fe nos permite verlo y amarlo. Este realismo de la fe hace saltar los grilletes de las ideologías.

Eso es precisamente lo que leemos en Don y misterio: «Después de mi elección como Papa, mi primer impulso espiritual fue dirigirme a Cristo Redentor. Nació así la Encíclica Redemptor hominis. (...) Veo cada vez mejor la íntima relación que hay entre el mensaje de esta encíclica y todo lo que se inscribe en el corazón del hombre por la participación en el sacerdocio de Cristo».

En otras palabras, la Redención no es solo lo que, pese a las contradicciones y a las tentaciones nihilistas o suicidas del hombre, lo hace inteligible a sí mismo. Al permitirle comprender cuánto le ama Dios, le lleva a calibrar su infinita dignidad, que exige una unión inmediata y concreta al sacrificio de Cristo. Toda vocación cristiana encuentra ahí su sentido y su contenido, que son propiamente sacerdotales (...).

Ahí, en esa participación en la vida divina, que es la respuesta a toda vocación, se encuentra el eje fundamental (...).

Hoy se puede percibir claramente cómo el papa quiso retomar el sínodo de los obispos de 1971 partiendo de un planteamiento completamente nuevo. Al trabajo desarrollado en tres nuevos sínodos – primero, sobre la vocación de los laicos, luego, sobre la formación de los sacerdotes y, por último, sobre la vida consagrada– confía Juan Pablo II la formulación de las respuestas esperadas (...).

Por otra parte, el orden que siguen esos tres sínodos es significativo: empezar por los laicos pone de relieve la vocación universal a la santidad del pueblo sacerdotal. A propósito de los laicos, el sínodo revisó tanto la Gaudium et spes como la Lumen gentium, y puso de manifiesto la misión de la Iglesia de nuestro tiempo.

De ahí que el sacerdocio ministerial –tema del sínodo siguiente– aparezca claramente como el medio querido por Cristo para dar vida al pueblo santo; la llamada radical a la santidad dirigida a los sacerdotes ilustra proféticamente la «absoluta conveniencia» del celibato sacerdotal. Este debe considerarse en coherencia con la vida consagrada, la cual muestra de modo profético el destino de los hombres del que es aquí y ahora su anticipación escatológica.

La lógica de las tres exhortaciones apostólicas a la luz de las tres grandes encíclicas del inicio de su pontificado se desarrolla a partir de la idea de sacerdocio, inherente en sí misma a la Redención: «Cristo es sacerdote porque es el Redentor del mundo», leemos en Don y misterio. Las intuiciones y los recuerdos recogidos en este espléndido texto pueden servirnos una vez más de guía y contrapunto para esclarecer o sintetizar tal o cual aspecto de las vocaciones en su diversidad y en su unidad teológica y mística.

El misterio del Redentor permite que el hombre comprenda su propia condición: Cristo revela a la humanidad que está herida y, al mismo tiempo, que es amada. La ofrenda esencialmente sacerdotal que Cristo hace de sí mismo la libera del mal concediéndole el perdón de sus pecados. Esa ofrenda, al ser sacerdotal, posee necesariamente una dimensión de sacrificio en el que –como repite Juan Pablo II siempre que tiene ocasión citando el capítulo 7 de la Carta a los Hebreos– Jesús no se conforma con interceder. Porque, «Sumo Sacerdote perfecto», se ofrece a sí mismo como «víctima inmaculada». Su Resurrección no significa solamente que su sacrificio ha sido aceptado. En cierto sentido, el Hijo, al solidarizarse hasta el extremo con la humanidad desfigurada por el pecado, consume con su obediencia el amor que desde toda la eternidad lo une a su Padre. La mañana de Pascua manifiesta que ese amor que es la vida misma del Padre y el Hijo ha vencido a la muerte.

Para el hombre la salvación consiste en ofrecerse a su vez, unido a Cristo, al Padre por el poder del Espíritu Santo para contribuir a difundir y a participar de esa misericordia. El cristiano es de alguna manera incorporado a Cristo para asociarse a su acción sacerdotal y redentora. Es sin duda en este sentido como, en línea con el Vaticano II, conviene hablar del «sacerdocio común de todos los bautizados».

(...)

El papa señala que «el sacerdote, como administrador de los “misterios de Dios”, está al servicio del sacerdocio común de los fieles». Esto nos permite ver hasta qué punto renovó el papa el enfoque de los papeles tan distintos y, al mismo tiempo, interdependientes de sacerdotes y laicos. Si por una parte insistió en el hecho de que la misión eclesial de los fieles laicos tiene su origen en su dignidad sacerdotal y se prolonga en sus tareas temporales, por otra parte mostró cómo el fin inmediato de los ministros del orden consiste en posibilitar el cumplimiento de esa vocación de todo bautizado.

Cada una de estas palabras tiene su importancia. El sacerdocio común no es el origen del sacerdocio presbiterial. El segundo se halla al servicio del primero, pero no deriva de él. La razón está –como queda recogido en Don y misterio– en que «el sacerdocio, desde sus raíces, es el sacerdocio de Cristo», y no otro.

Falta legitimar la distinción y la complementariedad de esos dos aspectos o niveles del sacerdocio único. Para eso –entre otras cosas– sirven el sínodo de 1990 y la exhortación apostólica Pastores dabo vobis publicada en 1992, dieciséis meses después. No hay que olvidar que ese sínodo trataba principalmente de la formación de los sacerdotes. Eso no impide que el texto final firmado por el papa sea uno de los documentos pontificios más largos que se han publicado nunca (226 páginas en la edición original), y que en él las cuestiones se traten exhaustivamente, remontándose a los principios más elevados y determinantes.

No se trata de enumerar aquí todas las riquezas que contiene Pastores dabo vobis; por lo que se refiere al tema que ahora nos ocupa, podemos hallar de nuevo un eco muy significativo en Don y misterio. «Si el concilio –escribe Juan Pablo II– habla de la vocación universal a la santidad, en el caso del sacerdote es preciso hablar de una especial vocación a la santidad. ¡Cristo tiene necesidad de sacerdotes santos! ¡El mundo actual reclama sacerdotes santos! Solamente un sacerdote santo puede ser, en un mundo cada vez más secularizado, testigo transparente de Cristo y de su Evangelio. Solamente así el sacerdote puede ser guía

de los hombres y maestro de santidad. Los hombres, sobre todo los jóvenes, esperan un guía así».

No es el sacerdote quien elige por sí mismo esa santidad «especial», por mucho que comprometa en ello su libertad: el sacerdote es llamado, ordenado y consagrado a esa santidad para hablar y para obrar in persona Christi. Esta vocación y esta misión solo las puede recibir del mismo Jesucristo y requieren un don específico del Espíritu Santo (...).

Juan Pablo hace hincapié en dos situaciones en las que el sacerdote –y cito– «ofrece a Cristo su humanidad para que Él pueda servirse de ella como instrumento de salvación, casi haciendo de este hombre otro sí mismo».

En primer lugar, la celebración de la misa. «¿Hay en el mundo –pregunta el papa– una realización más grande de nuestra humanidad que poder representar cada día in persona Christi el Sacrificio redentor, el mismo que Cristo llevó a cabo en la Cruz? En este Sacrificio, por una parte, está presente del modo más profundo el mismo Misterio trinitario, y por otra, está como “recapitulado” todo el universo creado».

En segundo lugar, lo que Juan Pablo II llama «el ministerio de la misericordia». Porque, como subraya el papa, «¡el sacerdote es testigo e instrumento de la misericordia divina! ¡Qué importante es en su vida el servicio en el confesionario! Precisamente en el confesionario se realiza del modo más pleno su paternidad espiritual».

Se nos permite ver aquí, llevada a la práctica, la relación que hemos mencionado antes –al hablar de la encíclica sobre el Padre celestial– entre la paternidad y la misericordia. En su dimensión paternal, el sacerdocio implica como una «distancia» o, si se quiere, una distinción, una diferenciación, una «selección»... Desde esta perspectiva, entre otras, se puede comprender el carácter «especial» de la santidad a la que está expresamente llamado el sacerdote.

Esta vocación adopta esa forma precisa que Juan Pablo II describe en Don y misterio al explicar que el sacerdote es conducido «a una opción de vida inspirada en el radicalismo evangélico. [Debe] vivir de un modo

especial el espíritu de los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia».

Esta exigencia tiene su justificación en el vínculo indisoluble entre el sacerdocio y el sacrificio. Recordando su propia ordenación, el Santo Padre desgrana el significado más hondo de uno de los ritos del sacramento: el futuro sacerdote –escribe– «se postra totalmente y apoya la frente sobre el suelo del templo, manifestando así su completa disponibilidad para asumir el ministerio que le es confiado». Y comenta: «En ese yacer por tierra en forma de Cruz antes de la Ordenación, acogiendo en la propia vida –como Pedro– la Cruz de Cristo y haciéndose con el Apóstol “suelo” para los hermanos, está el sentido más profundo de toda la espiritualidad sacerdotal».

El papa especifica claramente que eso no implica una mutilación de la persona, sino que «el joven [que], escuchando la palabra “¡sígueme!”, llegue a renunciar a todo por Cristo, [puede tener] la certeza de que por este camino su personalidad humana se realizará plenamente».

Los consejos evangélicos nos llevan de manera casi espontánea al tercer sínodo episcopal que en 1994 se ocupó de las vocaciones centrándose en la vida religiosa, y a la exhortación apostólica Vita consecrata de 1996, publicada también dieciséis meses después. En sus conclusiones Juan Pablo II subrayaba una dificultad –entre otras– que a finales del siglo XX se presentaba no solo en el seno de muchas órdenes religiosas, sino en toda la Iglesia: la tentación de evaluarlo todo con los criterios utilitarios de la sociedad. La vida consagrada, exponía el papa, obedece a otras leyes y, en particular, a la del don, inherente a la condición humana y a la vez confirmada por la Encarnación y por la Cruz. Las vidas plenamente dedicadas a Dios y sin ninguna expectativa de «gratificación» en la tierra ayudan a la cultura contemporánea a cuestionarse a sí misma. Y constituyen en este mundo un testimonio del advenimiento ya acaecido del Reino de Dios.

El «radicalismo evangélico», por otra parte, juega un papel «motor» en la Iglesia. No solamente por los múltiples servicios que prestan los religiosos y las religiosas, sino gracias a los ejemplos y los modelos de santidad que ofrecen los sacerdotes y los laicos bautizados que han

pronunciado votos. El pueblo de Dios, tanto clérigos como laicos, se encuentra así enteramente dinamizado.

(...) De alguna manera, la vida consagrada refleja, es decir, integra y redifunde la libertad y la sobreabundancia de los dones de Dios, sin renunciar a ninguno de los que ya han sido irreversiblemente dispensados, sino estimulando su asimilación a través de la variedad y la riqueza incesantemente renovadas de las vocaciones y los compromisos.

Esta perspectiva permite superar ampliamente las polémicas que surgieron tras la publicación de Vita consecrata en relación con la traducción de la palabra latina praecellens. ¿Había que entender que el estado de vida de los religiosos y las religiosas era «objetivamente superior» a los demás?

Lo cierto es que esa pregunta solo se plantea entre el clero y los fieles. Que la santidad a la que está llamada el sacerdote tenga algo de «especial» no quita nada a la auténtica perfección a la que también son invitados los laicos.

La propia existencia de la vida consagrada ilustra la misma lógica de gratuidad y de coherencia tanto orgánica como espiritual que articula la complementariedad entre el «sacerdocio común» y el sacerdocio presbiterial, sin que sea posible hablar de la preponderancia de uno y otro. El «radicalismo evangélico» se despliega dentro de una interdependencia del mismo género, con una necesidad del mismo orden místico, en beneficio de todo el pueblo de Dios y del mundo del que Cristo es el Salvador.

Del retrato que acabamos de esbozar se pueden extraer muchas lecciones (...). En primer lugar, el modo directo y enérgico con que Juan Pablo II se enfrentó a las dificultades que en este aspecto afrontaba la Iglesia en el último tercio del siglo XX. No se desentendió de nuestras pruebas ni de nuestras tentaciones, pero sí trasladó la problemática.

Nos invitó a sustituir la reflexión sobre las instituciones en términos de poder por un concepto renovado del drama de la condición humana,

descifrada a la luz del misterio que ocupa el centro de la fe cristiana: el de la Redención.

Dicho de otro modo, el papa supo volver a centrarlo todo en Cristo, sin temor a no pertenecer a «su tiempo» (...).

«Más allá de la debida renovación pastoral –escribe el papa–, estoy convencido de que el sacerdote no debe tener ningún miedo de estar fuera de su tiempo, porque el hoy humano de cada sacerdote está insertado en el hoy de Cristo Redentor. La tarea más grande para cada sacerdote en cualquier época es descubrir día a día este hoy suyo sacerdotal en el hoy de Cristo, aquel hoy del que habla la Carta a los Hebreos (13, 8) (...): “Ayer como hoy, Jesucristo es el mismo, y lo será siempre”» [4].

Reflexión

Como ha dejado escrito monseñor Hugh Gilbert en su libro *Déployer le mystère*, «la Eucaristía nos enseña quiénes somos; y la Eucaristía significa: estar de pie ante el altar. Ese es el lugar que deben ocupar los cristianos, el lugar de su redención y de su vocación. (...) Si estamos de pie ante el altar, es porque hemos sido bautizados. Y si hemos sido bautizados, estamos atados a la Cruz con Cristo. Estar atado a la Cruz significa al mismo tiempo cortar con el pecado y agrandar el corazón, dejando que quede traspasado. Estar ante el altar significa, tanto para el sacerdote como para el fiel, ofrecerse a Dios en holocausto, entregarse totalmente a Dios (...). Estar ante el altar es configurarse, identificarse realmente con Cristo quien, con su muerte, se ofrece a Dios Padre, y volver a consagrar el mundo al Señor del universo» [5].

«Todo sumo sacerdote, escogido de entre los hombres, está puesto para representar a los hombres en el culto a Dios» (*Hb* 5, 1). Y, aunque esté envuelto en las mismas miserias, aunque esté necesitado de tanta o más misericordia y perdón divinos que los demás, sigue siendo depositario de un poder que se encuentra por encima de él, por encima del mundo y por encima de cualquier distinción que el mundo pueda otorgar a un ser

humano. Un poder que procede de Cristo. Por eso decía san Juan María Vianney, el cura de Ars: «El sacerdote es un hombre que ocupa el lugar de Dios, un hombre revestido de todos los poderes de Dios». Y añadía: «¡Qué grande es el sacerdote! Si se diese cuenta, moriría... Dios le obedece: pronuncia dos palabras y Nuestro Señor baja del cielo al oír su voz y se encierra en una pequeña hostia...» [6].

Según la fe católica, solo el sacerdote válidamente consagrado, al pronunciar en nombre de la omnipotencia de Cristo las palabras transustanciadoras de la Cena, es capaz de hacer que descienda y habite entre nosotros la Presencia corporal de Cristo y de su sacrificio redentor.

Nosotros, los sacerdotes, hemos sido llamados. La historia de nuestro sacerdocio comienza con una llamada de Dios como la que recibieron los apóstoles. «Pasando junto al mar de Galilea, vio a Simón y a Andrés, el hermano de Simón, echando las redes en el mar, pues eran pescadores. Jesús les dijo: “Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres”. Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron. Un poco más adelante vio a Santiago, el de Zebedeo, y a su hermano Juan, que estaban en la barca repasando las redes. A continuación los llamó, dejaron a su padre Zebedeo en la barca con los jornaleros y se marcharon en pos de él» (Mc 1, 16-20).

Es Dios, es Jesús quien toma la iniciativa; es Él quien da el primer paso para dirigirse a nosotros. «No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido» (Jn 15, 16). Para poder seguir siendo fieles a la gracia sacerdotal, hemos de meditar con frecuencia esa mirada tan particular que Dios nos dirige.

¿A quién elige Jesús? Parece evidente que no se fija en la nobleza de los orígenes, ni en unas capacidades intelectuales brillantes, ni en la condición social de sus elegidos, porque «lo necio del mundo lo ha escogido Dios para humillar a los sabios, y lo débil del mundo lo ha escogido Dios para humillar lo poderoso. Aún más, ha escogido la gente baja del mundo, lo despreciable, lo que no cuenta, para anular a lo que cuenta, de modo que nadie pueda gloriarse en presencia del Señor» (1 Co 1, 27-29).

Tampoco privilegia a los que, llevados por un entusiasmo superficial, se presentan voluntarios (Mt 8, 19-22). Hay una cosa cierta: es Cristo, es Dios quien nos llama. Es Él quien «[nos] apartó desde el seno materno y [nos]

llamó por su gracia» (*Ga* 1, 15); lo que significa que somos inmensamente amados por Cristo, amados por Dios. Hemos sido sacados del mundo y entregados a Él, apartados para Dios y solo para Él.

¿Pensamos en ello? Ser sacerdote: ¡qué don tan increíble se le ha concedido a la humanidad! ¿Valoramos el inmenso privilegio y el don increíble que hemos recibido? En realidad, la vocación al sacerdocio es una señal de predilección por parte de Aquel que, al elegirnos entre tantos hermanos más inteligentes, más dignos y más santos que nosotros, nos ha llamado a compartir con Él de un modo muy particular su amistad y su sacerdocio. Por eso nuestro ser de sacerdote no es otra cosa que un modo nuevo y radical de estar configurados con Cristo y más íntimamente unidos a Él. «Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su Señor: a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer» (*Jn* 15, 15). De nuestra llamada al sacerdocio, que marca el momento culminante del uso de nuestra libertad, nace nuestra irrevocable y espléndida opción de vida y, por lo tanto, la página más feliz, más noble y más hermosa de nuestra experiencia humana. Nuestra felicidad y la plenitud de nuestra existencia consisten en no decepcionar nunca a Dios menospreciando o acogiendo con negligencia y a la ligera el tesoro inestimable de la gracia sacerdotal.

VI

Vocación a la oración

Partiendo de una reflexión
de san Bernardo de Claraval

Introducción

¡Qué estimulante resulta releer a san Bernardo!: un hombre capaz de toda la dulzura y de la poesía más tierna cuando se dirige a la Virgen María; y, a la vez, un hombre capaz de denunciar con contundencia y enérgicamente el pecado de sus contemporáneos. En *De consideratione*, san Bernardo escribe al papa Eugenio III quien, como monje cisterciense, había sido discípulo y alumno suyo. Los sabios y sólidos consejos que le ofrece siguen siendo igual de válidos para cualquier sacerdote de hoy en día. De hecho, resultan particularmente actuales. Bernardo de Claraval aparece en el siglo XII, al término de lo que en la historia de la Iglesia se conoce como la reforma gregoriana: un movimiento que se prolonga a lo largo de los siglos X, XI y XII, y que pretende liberar a la Iglesia del control de las autoridades seculares. Con su injerencia en el gobierno y los nombramientos eclesiales, el poder político acabó provocando una auténtica decadencia del clero. Los sacerdotes que vivían en concubinato o dedicados al comercio y a los asuntos políticos se habían multiplicado. La reforma gregoriana se caracteriza por el deseo de volver a la Iglesia de los *Hechos de los Apóstoles*. La prioridad de este movimiento no son las reformas institucionales, sino la santidad renovada de los sacerdotes.

¿No es parecida la reforma que hoy se necesita? ¿No es una reforma gregoriana lo que nos hace falta a nosotros? De hecho, el poder secular del

mundo ha vuelto a apoderarse de la Iglesia. Esta vez no se trata de un poder político, sino del poder cultural. Está claro que hay entablada una nueva lucha entre el sacerdocio y el imperio. Pero ahora ese imperio es la cultura relativista, hedonista y consumista que se ha filtrado por todas partes. Y ha llegado el momento de expulsarla, porque no es conciliable con el Evangelio. Ha llegado el momento de reconquistar la libertad de nuestros corazones frente a los dictados del mundo que proclaman el reinado de una materia victoriosa y de la soberbia del yo. Hemos de reivindicar los derechos de nuestro divino rey, cuyos atributos son la Cruz y la humildad del portal. De las mismas causas se derivan los mismos efectos: igual que en la Edad Media, del mundo que se ha infiltrado en la Iglesia se derivan los escándalos sexuales y financieros de los sacerdotes, los abusos de poder y una funesta sequedad espiritual.

Igual que en el siglo XII, debemos practicar una cura en profundidad, una purificación radical. El único remedio es la santidad. Como nos recuerda el papa san Juan Pablo II, «en virtud del Espíritu, Jesús pertenece total y exclusivamente a Dios, participa de la infinita santidad de Dios que lo llama, elige y envía. Así el Espíritu del Señor se manifiesta como fuente de santidad y llamada a la santificación (...). La afirmación del Concilio, “todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad”, encuentra una particular aplicación referida a los presbíteros. Estos son llamados no solo en cuanto bautizados, sino también y específicamente en cuanto presbíteros, es decir, con un nuevo título y con modalidades originales que derivan del sacramento del Orden» [\[1\]](#).

San Bernardo nos proporciona la llave que libera al sacerdote de las cadenas de la cultura mundana: la oración. No cabe duda de que el sacerdote tiene una vocación a la oración. No solo está obligado a rezar las horas del breviario: como sacerdote, Dios lo llama a rezar por todos y en nombre de todos. La oración no es misión exclusiva de los monjes: es una parte prioritaria y esencial de la vocación sacerdotal.

Como dicen las espléndidas palabras de san Bernardo, «si eres todo para todos, has de serlo también para ti mismo». El sacerdote que no reza vive engañado por la ilusión de la generosidad y la entrega personal. El tiempo que consagra a la oración no es tiempo que les quita a los demás; el tiempo

que consagra a Dios lo hace aún más disponible para una entrega mayor. Es verdad que son tantos los requerimientos que a veces cuesta encontrar tiempo. Tenemos que convencernos de que sin oración toda nuestra agitación es vana. Corre el peligro de convertirse en actividad social antes que en actividad sacerdotal. Los fieles tienen que vernos rezar mucho. Saben de manera intuitiva que un sacerdote que reza es un sacerdote que los quiere; mientras que el sacerdote que abandona la oración cae inevitablemente en el engaño, pierde el sentido de la doctrina segura y verdadera, y duda de sí mismo. Cuando un sacerdote deja el ministerio en circunstancias dramáticas, ¡cuántas veces hemos oído decir: «Hacía mucho que no rezaba»! Es urgente. La reforma del clero comienza con una reforma de la vida interior de los sacerdotes. Es el momento de volver a descubrir nuestra vocación a la oración.

¿Qué es orar? Para responder a esta cuestión esencial, cedamos la palabra a santa Teresa del Niño Jesús, que escribe lo siguiente acerca de la oración: «Para mí, la oración es un impulso del corazón, una simple mirada dirigida al cielo, un grito de agradecimiento y de amor, tanto en medio del sufrimiento como en medio de la alegría. En una palabra, es algo grande, algo sobrenatural que me dilata el alma y me une a Jesús (...). A veces, cuando mi espíritu está tan seco que me es imposible sacar un solo pensamiento para unirme a Dios, rezo muy despacio el padrenuestro y luego la salutación angélica. Estas oraciones me encantan y alimentan mi alma mucho más que si las rezase precipitadamente un centenar de veces» [2].

Orar no consiste en recitar precipitadamente y de forma maquinal oraciones o el breviario. Orar es postrarse ante Dios en un silencio de estupor y asombro para adorarle y decirle que le amamos, para darle gracias por todos sus beneficios, para cantar su gloria y ensalzar su poder de salvación en favor de los hombres. Orar es dedicar tiempo a contemplar a Dios, a mirarle cara a cara y a dejarse mirar por Él. El serio peligro que corremos en nuestro ministerio sacerdotal es el activismo, «la herejía de las obras», esa mentalidad mundana que nos impide dedicar una parte importante de nuestro día a la oración silenciosa y a ponernos en presencia de Dios. Ya no se ve utilidad a esas vidas totalmente entregadas a la oración y al sacrificio para hacer brotar dentro de la Iglesia hondos manantiales de vida y de santidad. El activismo en la vida sacerdotal es el resultado de una

tendencia sólidamente arraigada que, en la práctica, consiste en negar la acción del Espíritu Santo en el alma y en la Iglesia. El activismo debilita toda nuestra vida espiritual, hace estéril el apostolado aunque este lleve aparejados brillantes éxitos externos, y amenaza con causar funestas catástrofes morales y espirituales. Para evitar ese peligro, san Juan de la Cruz nos exhorta a la oración y a la reflexión: «Adviertan (...) los que son muy activos, que piensan ceñir al mundo con sus predicaciones y obras exteriores, que mucho más provecho harían a la Iglesia y mucho más agradarían a Dios, dejado aparte el buen ejemplo que de sí darían, si gastasen siquiera la mitad de ese tiempo en estarse con Dios en oración (...); porque de otra manera todo es martillar y hacer poco más que nada, y a veces nada, y aun a veces daño (...). Aunque más parezca que hace algo por defuera, en sustancia no será nada, cuando está cierto que las buenas obras no se pueden hacer sino en virtud de Dios» [3].

San Bernardo, *De consideratione* y otros extractos

Tratado sobre las costumbres
y oficios de los obispos
(A Enrique, arzobispo de Sens).

Mas tú, sacerdote de Dios altísimo, ¿a cuál de estos te dispones a agradar?, ¿al mundo o a Dios? Si al mundo, ¿por qué eres sacerdote? (...). Si quieres agradar al mundo, ¿qué provecho encuentras en el sacerdocio? No puedes servir a dos señores (...). Según el Apóstol, «si agradara yo a los hombres, no sería siervo de Cristo» (Ga 1, 10). Así, queriendo agradar a los hombres, no agradas a Dios. Al no agradarle, tampoco lo aplacas. Si no intentas agradar al mundo, sino a Dios, deberás considerar que el sacerdote es el pastor y el pueblo, las ovejas. El pastor no puede caminar encorvado y mirando hacia abajo, como si fuera una oveja. No puedes dedicarte solamente a mirar a la tierra y buscar pasto para el vientre. Mientras tanto, el corazón está en ayunas. ¡Ay si el lobo viene! No habrá quien lo vea antes de llegar. No habrá quien acuda al peligro ni quien esté libre del mismo. ¿Es decente que un pastor esté recostado sobre los sentidos corpóreos, pegado a las cosas

ínfimas, anhelante de las terrenas, en lugar de estar derecho como un ser humano, mirando con ánimo al cielo, buscando las cosas espirituales en lugar de las puramente terrenales? [4].

Sermón a los clérigos sobre la conversión, XIX.

El Padre celestial llama limpios de corazón a los que no buscan sus propios intereses, sino los de Jesucristo; ni sus provechos egoístas, sino que se preocupan de los demás. Dice el Señor: Pedro, ¿me amas? – Señor, tú sabes que te amo. –Apacienta mis ovejas. ¿Cómo es posible confiar unas ovejas tan queridas a un hombre que no ama? (...) ¡Ay de los servidores desleales, que, sin ajustar sus propias cuentas, pretenden enmendar a los demás aparentando administrar justicia! Son réprobos, y se presentan como servidores de la gracia. Son rebeldes, y no temen usurpar la estima y el renombre que corresponde a los pacíficos. Son falsos y mentirosos, que se presentan como fieles mediadores de paz y se tragan los pecados de la gente. (...) Hombres que, ni por asomo, han oído la voz del Señor, que siempre invita a adentrarse en el corazón. Y si por casualidad les llegó algún eco, todo azorados escapan a la espesura del bosque, y se esconden. Así, no paran de pecar, y arrastran consigo a otros muchos. Todavía no son hombres que reconocen su pobreza. Andan diciendo todo lo contrario: “Soy rico y no necesito a nadie”. Y a pesar de todo, son unos pobres, desnudos, desgraciados y miserables. No tienen un detalle de afabilidad para ayudar a los enzarzados en algún delito; piensan que no deben exponerse a la tentación [5].

De consideratione, Libro I

Escucha mi reprensión y mis consejos. Si toda tu vida y todo tu saber lo dedicas a las actividades y no reservas nada para la oración, ¿podría felicitarte? Por eso no te felicito. Y creo que no podrá hacerlo nadie que haya escuchado lo que dice Salomón: «El que regula sus placeres, se hará sabio». Porque incluso las mismas ocupaciones saldrán ganando si van acompañadas de un tiempo dedicado a la oración.

Si tienes ilusión de ser todo para todos, imitando al que se hizo todo para todos, alabo tu bondad; a condición de que sea plena. Pero ¿cómo puede ser plena esa bondad si te excluyes de ella a ti mismo? Tú también eres un ser humano. Luego para que sea total y plena tu bondad, su

seno, que abarca a todos los hombres, debe acogerte también a ti. De lo contrario, ¿de qué te sirve –de acuerdo con la palabra del Señor– ganarlos a todos si te pierdes a ti mismo?

Entonces, ya que todos te poseen, sé tú mismo uno de los que disponen de ti. ¿Por qué has de ser el único en no beneficiarte de tu propio oficio? ¿Hasta cuándo vas a ser un aliento fugaz que no torna? ¿Cuándo, por fin, vas a darte audiencia a ti mismo entre tantos a quienes acoges? Te debes a sabios y necios, ¿y te rechazas solo a ti mismo?

El temerario y el sabio, el esclavo y el libre, el rico y el pobre, el hombre y la mujer, el anciano y el joven, el clérigo y el laico, el justo y el impío, todos disponen de ti por igual, todos beben en tu corazón como de una fuente pública, ¿y te quedas tú solo con sed? Si es maldito el que dilapida su herencia, ¿qué será del que se queda sin él mismo? Riega las calles con tu manantial, beban de él hombres, jumentos y animales, sin excluir siquiera a los camellos del criado de Abrahán; pero bebe tú también con ellos del caudal de tu pozo. No lo repartas con extraños. ¿O es que tú eres un extraño? ¿Para quién no eres un extraño, si lo eres para ti mismo? En definitiva, el que es cruel consigo mismo, ¿para quién es bueno? No te digo que siempre, ni te digo que a menudo, pero alguna vez, al menos, vuélvete hacia ti mismo. Aunque sea como a los demás, o siquiera después de los demás, sírvete a ti mismo. ¿Qué mayor condescendencia? (...).

Debería recordarte otras muchísimas razones, si tratara de exponerte todos los argumentos más convincentes, con los consejos más atinados y sinceros. Mas ¿para qué? Corren días malos y ya te he insistido suficientemente en que no te des del todo, ni siempre, a la acción, sino que te reserves para la oración algo de ti mismo, de tu corazón y de tu tiempo. Y te lo digo pensando más en tu necesidad que en la equidad, aunque no es contra justicia ceder a lo necesario.

Es lícito hacer lo que creemos más conveniente. Por tanto, de suyo, siempre y en toda ocasión, se debe preferir la piedad como un valor absoluto. Porque es útil para todo; así nos lo muestra indiscutiblemente nuestra razón.

¿Me preguntas qué es la piedad? Entregarse a la oración. Tal vez me repliques que en esto disiento de quienes definen la piedad como el culto que se tributa a Dios. Pero no rechazo esta definición. Si lo piensas bien, la mía, al menos en parte, coincide totalmente con ella. Porque lo más esencial del culto a Dios es aquello que nos pide el salmo: «Cesad de trabajar y ved que yo soy Dios». ¿No consiste precisamente en esto la oración? Además, viene a ser lo más útil para todo. Porque incluso sabe anticiparse en cierto modo a la misma acción, ordenando de antemano lo que se debe hacer mediante una eficaz previsión. Esto es fundamental. De lo contrario, cosas que podían haber sido previstas y consideradas con antelación ventajosamente, se llevan a cabo con mucho riesgo por hacerlas precipitadamente. Y no dudo que te haya ocurrido esto con frecuencia a ti mismo; repasa, si no, los procesos de los pleitos, los asuntos más importantes y las decisiones más comprometidas.

Lo primero que purifica la oración es su propia fuente; es decir, el alma, de la cual nace. Además, controla los afectos, corrige los excesos, modera la conducta, ennoblece y ordena la vida y depara el conocimiento de lo humano y de los misterios divinos. Es la oración la que pone orden en lo que está confuso; concilia lo incompatible, reúne lo disperso, penetra lo secreto, encuentra la verdad, sopesa las apariencias y sondea el fingimiento taimado. La oración prevé lo que se debe hacer, recapacita sobre lo que se ha hecho; así no queda en el alma sedimento alguno de incorrección ni nada que deba ser corregido. Por la oración se presiente la adversidad en el bienestar, tal como lo dicta la prudencia, y casi no se sienten los infortunios gracias a la fortaleza de ánimo que infunde [6].

Reflexión

Como dice san Bernardo, aprendamos a orar. Orar es ante todo fijar la mirada en Jesús. La *Carta a los Hebreos* define y concreta más detalladamente qué es la oración: «Por tanto, hermanos santos, vosotros que compartís una vocación celeste, considerad al apóstol y sumo sacerdote de la fe que profesamos: a Jesús, fiel al que lo nombró, como lo fue Moisés en

toda la familia de Dios» (*Hb* 3, 1-2). Es la misma idea que recogen los *Hechos de los Apóstoles* a raíz del martirio de san Esteban: «Esteban, lleno de Espíritu Santo, fijando la mirada en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús de pie a la derecha de Dios (...). Luego, cayendo de rodillas y clamando con voz potente, dijo: “Señor, no les tengas en cuenta este pecado”. Y, con estas palabras, murió» (*Hch* 7, 55.60).

A todos, y especialmente a los sacerdotes, se nos invita a una vida de contemplación. Porque el sacerdote o «el misionero, si no es contemplativo, no puede anunciar a Cristo de modo creíble. El misionero es un testigo de la experiencia de Dios y debe poder decir como los Apóstoles: “Lo que contemplamos... acerca de la Palabra de vida..., os lo anunciamos” (*1 Jn* 1, 1-3)» [7]. Se nos exhorta, por tanto, a contemplar a Cristo glorioso, sentado a la derecha del Padre. La oración frecuente, intensa e íntima reaviva nuestra relación filial con Dios y nos hace más conscientes de nuestra necesidad vital de relacionarnos personalmente con Él. Esta oración contemplativa tiene una importancia clave en la vida sacerdotal; es de una fecundidad inagotable y de una eficacia infalible. ¿Qué va a negarle Dios a la oración que brota de un corazón que ama y vive en la verdad? La auténtica oración, esa mirada silenciosa y contemplativa que posamos en Jesús, fortalece la fe. Así lo asegura Tertuliano en su *Tratado sobre la oración*: «Nosotros somos verdaderos adoradores y verdaderos sacerdotes, que al orar con el espíritu, sacrificamos con el espíritu la oración como hostia propia y aceptable a Dios, es decir, la que exigió y proveyó para sí. Esta, ofrecida de todo corazón, apacentada por la fe, cuidada por la verdad, íntegra por la inocencia, limpia por la castidad, coronada por la caridad, debemos conducirla al altar de Dios con la pompa de las buenas obras, entre salmos e himnos, para que impetre de Dios todo lo que conviene» [8]. Cristo resucitado, Dios y Señor nuestro, es digno de nuestra fe. Hemos de adherirnos sin reserva alguna a su Palabra, a su enseñanza, a sus preceptos y sus leyes; entonces nuestra oración será escuchada y hallará respuesta conforme al santo querer de Dios.

La *Carta a los Hebreos* afirma que de la contemplación de Cristo crucificado nace otra forma de oración que podríamos llamar la oración atenta y silenciosa. Porque orar no es solamente hablar con Dios, alabar al Señor o recitar oraciones: es también conseguir guardar silencio para escuchar al Espíritu Santo. San Pablo, de hecho, dice que «nosotros no

sabemos pedir como conviene; pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables. Y el que escruta los corazones sabe cuál es el deseo del Espíritu, y que su intercesión por los santos es según Dios» (*Rm 8, 26-27*).

Por eso en la *Carta a los Hebreos* la invitación a la contemplación va inmediatamente seguida de una exhortación a la escucha. Y, citando el salmo 95, dice: «Ojalá escuchéis hoy su voz: no endurezcáis el corazón» (*Sal 95, 7; Hb 9, 4; Hb 3, 7-8; Hb 3, 15*). Son palabras que se repiten tres veces para resaltar la importancia de la oración de escucha. Esa escucha moviliza e involucra a toda nuestra inteligencia, nuestra voluntad, nuestra libertad; todo nuestro corazón y nuestro cuerpo. Está claro que la contemplación cristiana no es la actitud pasiva de un espectador, sino que se apodera e implica a todo nuestro ser. Y la contemplación de la gloria de Cristo nos lleva a estar atentos a una llamada interior que nos pone en movimiento hacia Dios, que promueve en nosotros una docilidad activa, nos hace más conscientes de nuestra vocación celestial (cfr. *Hb 3, 1*) y nos invita a esforzarnos por extinguir en nosotros la algarabía y el ruido del mundo, preparándonos para entrar en el Reino de Dios. Es precisamente esta contemplación-escucha la que experimentan Pedro, Santiago y Juan en el monte Tabor durante la transfiguración de Jesús. En ese momento, también a ellos se les invita a pasar de la visión a la escucha: «[Jesús] se transfiguró delante de ellos, y su rostro resplandecía como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la luz (...). Todavía estaba hablando cuando (...) una voz desde la nube decía: “Este es mi Hijo, el amado, en quien me complazco. Escuchadlo”. Al oírlo, los discípulos cayeron de bruces, llenos de espanto» (*Mt 17, 2.5-6*).

Para nosotros, sacerdotes, orar es también aceptar las pruebas y los sufrimientos. ¡Son tantos los que nos confían en nuestro ministerio! Por eso hacer oración exige de nosotros contemplar con frecuencia la Pasión de Cristo y su Gloria en el cielo, para estimularnos y alentarnos a asumir con fe, con serenidad y amorosamente las persecuciones, las pruebas y los sufrimientos inherentes a la vida sacerdotal. Cuando hagamos oración o cuando recemos, pensemos en Jesús que, en el huerto de Getsemaní, nos pide: «Mi alma está triste hasta la muerte; quedaos y velad conmigo» (*Mt 26, 38*). La meditación de los sufrimientos que padeció Jesús por los pecadores y la contemplación de su gloria serán con certeza una fuente de

energía que impide que el desaliento haga que desfallezcan nuestras almas. ¿No es eso lo que Jesús resucitado intenta que comprendan los discípulos de Emaús, defraudados, tristes y desanimados?; «¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria?» (Lc 24, 26).

De hecho, la fe nos lleva a no contemplar la gloria de Dios como si fuera una realidad externa a nosotros. Gracias a la fe tenemos la certeza de ser aquí y ahora «partícipes de Cristo» (Hb 3, 14), de haber recibido ya, aquí y ahora, la propiedad de «un reino incommovible» (Hb 12, 28) y de disponer de «libertad para entrar en el santuario, en virtud de la sangre de Jesús, contando con el camino nuevo y vivo que él ha inaugurado para nosotros (...), o sea, su carne» (Hb 10, 19-20).

También podemos adentrarnos en la oración contemplativa guiados por esta exhortación: «Acerquémonos a Dios». Se trata de una manera original y muy sacerdotal de explicar lo que es la oración contemplativa. Por lo general, el vocabulario de la contemplación es estático. El que contempla se encuentra en una situación de quietud, de reposo interior y serena tranquilidad. Siente cómo se sosiegan sus facultades para dejar paso a una honda y vívida mirada dirigida a la majestad divina, y permanece ante Dios con toda la energía de su inteligencia y la ternura de su amor teologal. No obstante, la expresión «dirigirse hacia Dios», o «acercarse a Dios», o estar «en pie ante el Señor» (Gn 18, 22-23; Dt 29, 9; 1 S 6, 21; 1 R 17, 1), indica movimiento: ir, entrar, dirigirse, acercarse. Para referirse a los sacerdotes no se dice: «los que contemplan a Cristo»; ni siquiera se dice «los que invocan el nombre del Señor»; de hecho, se habla de ellos como los que, por medio de Cristo, se acercan a Dios, que vive siempre para interceder por ellos (cfr. Hb 7, 25). La exhortación más vehemente de la *Carta a los Hebreos* es esta: «Acerquémonos confiados al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y encontrar gracia para un auxilio oportuno» (Hb 4, 16). Y, por ser la exhortación más importante de toda la carta, se repite una vez más: «Acerquémonos (...) con el corazón purificado de mala conciencia y con el cuerpo lavado en agua pura» (Hb 10, 22). Esta invitación dinámica a acercarnos a Dios es más que una mera exhortación a la oración. Va dirigida a toda la vida y la existencia sacerdotales. Conduce a un camino de relación con Dios cada vez más personal e íntimo en virtud del sacrificio de Cristo. La invitación a marchar confiadamente y con paz interior es la característica específica de la situación del sacerdote, de una novedad asombrosa. Apunta

a la importancia primordial de la oración y de la liturgia vividas como un movimiento interior hacia Dios en un ambiente de recogimiento, de silencio.

La vida sacerdotal, igual que la vida cristiana, es una existencia litúrgica y, por tanto, de relación constante con el Señor. Observemos cómo, en lo referente al culto, la situación de los cristianos, comparada con la de los israelitas, es claramente ventajosa. En el Antiguo Testamento son muy estrictas y numerosas las prohibiciones que rigen la organización del culto. No estaba permitido acercarse a Dios. Ni siquiera al Sumo Sacerdote se le permitía entrar en el santuario para ofrecer a Dios las oraciones del pueblo. Tan solo podía hacerlo una vez al año, en el transcurso de una solemne ceremonia de expiación. En cuanto a los demás, la prohibición era permanente bajo pena de muerte (*Lv 16, 1-2*). La gran novedad que proclama el Nuevo Testamento, y de un modo especial la *Carta a los Hebreos*, es que a partir de ahora, gracias a Cristo, el camino queda despejado: los cristianos, y en particular los sacerdotes, poseen la *parrhesia*, es decir, el derecho y la libertad de presentarse ante Dios; por supuesto, no en una liturgia vulgar, irrespetuosa o banal, sino con temor, asombro y temblor, con un agudo sentido de la sacralidad de ese momento de contacto con Dios. Primero procurarán reconciliarse con Dios y con el prójimo, y se postrarán como «los veinticuatro ancianos [del Apocalipsis] ante el que está sentado en el trono, para adorar al que vive por los siglos de los siglos, arrojando sus coronas al trono» (cfr. *Ap 4, 10*).

La nueva situación, como es lógico, da lugar a muchos cambios en la liturgia: ahora en la liturgia la primacía absoluta es de Cristo. Él es el centro de la liturgia. Es Él quien se ofrece de nuevo en la Cruz. Es Él quien celebra y nos asocia a su celebración para adentrarnos en el misterio de su Pasión, Muerte y Resurrección. Los sacerdotes solo somos instrumentos, administradores de los misterios de Cristo. Solo somos los guardianes y los protectores del depósito de la fe, con la ayuda del Espíritu Santo que habita en nosotros (cfr. *2 Tm 1, 13-14*). La liturgia ya no consiste meramente en la celebración externa de un rito, sino en el dinamismo espiritual que brota del sacrificio de Cristo. En la liturgia todo parte de Cristo y todo lleva a Él. Todo es obra de Cristo: obra a la que Él asocia a su Iglesia. Queda claro, por tanto, que lo que prevalece en la liturgia cristiana es la invitación a acceder a Dios por medio de Cristo. La liturgia bien entendida y vivida

correctamente dista mucho de ser algo folclórico, o un escaparate de nuestras particulares herencias culturales o ancestrales. Es *opus Dei*, una obra de Dios para nuestra salvación. En la liturgia eucarística, la oración cristiana por excelencia, entramos en el santuario gracias a la sangre y a la carne de Cristo, y lo hacemos guiados por nuestro Sumo Sacerdote: Cristo. Junto a Él nos dirigimos hacia Dios, animados por la fe, la esperanza y la caridad. Nuestra oración sacerdotal debe adentrarse en ese gran misterio de la ofrenda y el sacrificio de Cristo. «Pero Cristo, después de haber ofrecido por los pecados un único sacrificio, está sentado para siempre jamás a la derecha de Dios, y espera el tiempo que falta hasta que sus enemigos sean puestos como estrado de sus pies. Con una sola ofrenda ha perfeccionado definitivamente a los que van siendo santificados» (*Hb* 10, 12-14).

La *Carta a los Hebreos* emplea una fórmula dinámica: «Por medio de Él, ofrezcamos continuamente a Dios un sacrificio de alabanza, es decir, el fruto de unos labios que confiesan su nombre» (*Hb* 13, 15). Y, para poner palabras a ese «ofrecer», el texto original utiliza un verbo que indica un movimiento hacia lo alto: «elevemos un sacrificio», como señalando que nos hallamos en un contexto de celebración eucarística. La Eucaristía constituye indudablemente el momento más significativo y más importante de ese sacrificio de alabanza, pero la orientación adoptada en ese momento por el sacerdote debe extenderse a toda su vida. Todo nuestro día, todas nuestras actividades sacerdotales han de ser una celebración eucarística constante, una oración constante. También aquí nos volvemos a encontrar con una idea y unos principios muy característicos de san Pablo: «Dad gracias en toda ocasión: esta es la voluntad de Dios en Cristo Jesús respecto de vosotros» (*1 Ts* 5, 18). «Recitad entre vosotros salmos, himnos y cánticos inspirados; cantad y tocad con toda el alma para el Señor. Dad siempre gracias a Dios Padre por todo, en nombre de nuestro Señor Jesucristo» (*Ef* 5, 19-20). «Y todo lo que de palabra o de obra realicéis, sea todo en nombre de Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él» (*Col* 3, 17). La oración de alabanza debe impregnar y envolver toda nuestra existencia de sacerdotes y prolongar nuestra ofrenda permanente.

El sacrificio es la forma de oración más completa, el modo más perfecto de entrar en íntima relación con Dios. Cristo ha mostrado cómo el sacrificio ofrecido a Dios y la entrega a los hermanos y hermanas no son dos ámbitos separados de nuestra existencia. Su sacrificio en la Cruz ha unido del modo

más íntimo las dos dimensiones del amor, porque es, a la vez y ante todo, un acto de perfecta obediencia filial a Dios y la mayor expresión de amor hacia sus hermanos los hombres. A ejemplo de Jesús y con la fuerza obtenida de su sacrificio, en la vida cristiana y sacerdotal deben estar constantemente unidas estas dos dimensiones: la ofrenda de la oración y la ofrenda de la caridad.

Tan inseparables son estos dos aspectos, que la caridad hacia los demás se practica también rezando por ellos. Porque rezar los unos por los otros es una manifestación esencial de la verdadera caridad cristiana (*Hb* 13, 18).

«La oración cristiana –escribe el P. Albert Vanhoye– no solamente se halla iluminada por este misterio por medio de la contemplación de Cristo, sino que además se configura y se apoya en la intervención actual de Cristo que, reconociendo en nosotros a sus hermanos, nos ofrece la posibilidad de dirigirnos hacia Dios con confianza e imprime a nuestra vida un movimiento de generosa ofrenda» [9].

Humildemente, digámosle a Jesús como los apóstoles: «Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos» (*Lc* 11, 1).

VII

Una santidad concreta

Partiendo de una reflexión
de Benedicto XVI

Introducción

A veces tengo la impresión de que los encuentros, los retiros y los sínodos nos traen a la memoria verdades espléndidas e importantes, pero sin que nada de ello implique un cambio en la vida concreta. Las grandes asambleas de obispos o de sacerdotes suelen conformarse con dejar por escrito hermosas reflexiones y publicar documentos intelectualmente bien armados y deseosos de adaptarse al espíritu y a las mentalidades modernas de las sociedades occidentales. Muy rara vez se tiene en cuenta al resto de pueblos del mundo. Es como si se quisiera arrastrar al mundo entero hacia una visión exclusivamente occidental de las cosas, del hombre y de la historia. Desde el punto de vista pastoral, todo parece organizarse, pensarse y resolverse en respuesta a las preocupaciones y los problemas de Occidente, como si la Iglesia católica fuera únicamente europea. A veces se corre el peligro de falsificar la Palabra de Dios (cfr. *1 Co* 2, 16; 4, 2), de alejarse de Aquel que ha dicho: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida», y de traicionar la revelación y la doctrina perenne de la Iglesia. Ciertos textos o ciertas declaraciones dan la impresión de desentenderse de ayudar a los fieles cristianos a encontrarse con Jesucristo, a acoger íntegramente las exigencias radicales de su Evangelio y a fortalecer su fe para dejarse configurar realmente con Él. Tenemos tendencia a «espiritualizar» –en el sentido peyorativo de la palabra– las realidades cristianas. Las convertimos en ideas, en entelequias. Pongamos un ejemplo. Cuando empieza la

Cuaresma, se suele recordar que el ayuno que realmente importa es el del corazón y el espíritu. Se hace hincapié en que no se trata fundamentalmente de una práctica exterior, de una hazaña visible. Todo eso está bien y es legítimo. Pero tanto se insiste en ello que se acaba por descuidar el ayuno corporal, que es la base del ayuno del corazón. Nos creemos ángeles y pensamos que basta con recordar la verdad para que se convierta en práctica. Lo que necesitamos son medios concretos. El ejemplo de Cristo, que ayunó cuarenta días y cuarenta noches, nos invita a imitarlo. Moisés ayunó repetidamente cuarenta días y cuarenta noches en cada encuentro con Dios para «recibir las tablas de piedra, las tablas de la alianza que concertó el Señor con [nosotros]» (cfr. *Ex* 34, 29; *Dt* 9, 9). Durante el tiempo de Cuaresma, en el que la antigua disciplina subraya la importancia del dominio del cuerpo por medio del ayuno, la abstinencia y las vigilias nocturnas, se nos invita con insistencia a meditar lo que significa el cuerpo humano. El Evangelio llama «templo» al cuerpo de Jesús (*Jn* 2, 13-25). El templo es el lugar donde se ofrecen los sacrificios a Dios, el espacio sagrado en el que Dios se muestra y en el que podemos encontrarnos con Él cara a cara. Cuando el viernes santo fue crucificado el Cuerpo del Hijo de Dios, se ofreció un sacrificio perfecto, santo y agradable a Dios por el perdón de los pecados, y Dios nos reveló entonces su amor hasta el extremo, es decir, hasta la muerte. Porque amar de verdad es morir por aquellos a quienes se ama. ¿De qué modo concreto hacemos que participe nuestro cuerpo del tiempo de Cuaresma? ¿Cómo lo preparamos para que sea realmente templo de Dios? ¿Por qué hemos dejado de ayunar de un modo concreto, corporalmente? ¿Por qué nos negamos a privarnos de alimento como hizo Jesús durante cuarenta días y cuarenta noches? ¿Nos parecen esa penitencia y esa mortificación corporal algo excesivo, inútil, obsoleto e impropio de una época en la que las señales de progreso son la producción y el consumo? Es cierto que no debemos contentarnos con reducir el alimento que tomamos. También y sobre todo debemos abstenernos del pecado y luchar contra nuestras malas inclinaciones. Nuestra tarea concreta consiste en renovarnos a diario y rearmarnos para combatir al «hombre viejo (...) corrompido por sus apetencias seductoras», para «renovarnos en la mente y en el espíritu y revestirnos de la nueva condición humana creada a imagen de Dios: justicia y santidad verdaderas» (cfr. *Ef* 4, 22-24). Hemos de luchar contra la rutina de nuestra condición

mortal. Todos debemos esforzarnos para que nadie conserve los vicios de su antigua vida.

Apliquémoslo a la vida sacerdotal. Nos hace falta releer los *Hechos de los Apóstoles*. Después de recibir el Espíritu Santo en Pentecostés, los apóstoles, primeros sacerdotes de la Iglesia, no se conforman con alabar a Dios y anunciarlo llevados por la sobria embriaguez del Espíritu: dotan a su vida de una forma y una consistencia cristocéntricas y eclesiales. «El grupo de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma: nadie llamaba suyo propio nada de lo que tenía, pues lo poseían todo en común (...). Entre ellos no había necesitados, pues los que poseían tierras o casas las vendían, traían el dinero de lo vendido y lo ponían a los pies de los apóstoles; luego se distribuía a cada uno según lo que necesitaba» (*Hch* 4, 32.34). «Y perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones» (*Hch* 2, 42).

Me atrevo a plantear una pregunta: ¿y si imitáramos a los apóstoles? ¿No debería convertirse la forma de vida apostólica en la forma de vida sacerdotal? En la historia de la Iglesia, todos los procesos de renovación se han nutrido de un regreso a Pentecostés. Necesitamos un Pentecostés sacerdotal.

Necesitamos al Espíritu Santo para adoptar los medios concretos que llevan a la santidad sacerdotal. Y ser santo es vivir de modo perfecto las virtudes teologales y obrar como hijos de Dios, tal y como nuestro Padre celestial ha previsto que debemos obrar. Ser santos es conformarnos y tender constantemente hacia aquello a lo que Dios nos tiene destinados, es decir, a ser partícipes de la naturaleza divina (cfr. *2 P* 1, 4). Mientras no hayamos alcanzado aquello para lo que hemos sido creados, nuestra alma, que anhela a Dios y siente nostalgia de Él, experimenta ese angustioso desasosiego que recogen las célebres palabras de san Agustín al inicio de sus *Confesiones*: «Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti» [1]. Porque Él, nuestro Dios, es santo, también nosotros debemos ser santos. Así habló el Señor a Moisés: «Di a la comunidad de los hijos de Israel: “Sed santos, porque yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo”» (*Lv* 19, 2). Dios nos concede ser santos como Él porque Él es santo. Podemos pensar que se trata de un ideal inaccesible, exorbitado, imposible. Entonces, cuando os sintáis desanimados porque tocáis con

vuestros propios dedos, quizá de un modo especialmente nítido, vuestra pequeñez, la inmensidad de vuestros pecados, la nada y el polvo que sois, poneos confiadamente en las manos de Dios, porque «para Dios nada hay imposible» (Lc 1, 37). Él es capaz de realizar en nosotros aquello para lo que nos eligió antes del comienzo del mundo. Nosotros solos y con nuestras solas fuerzas somos incapaces de hacernos santos. Por eso Jesús ora así a su Padre: «Santifícalos en la verdad: tu palabra es verdad. (...) Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad» (Jn 17, 17.19).

Cuentan que un día un mendigo se acercó a Alejandro Magno para pedirle limosna. Alejandro se detuvo y ordenó que le hicieran señor de cinco ciudades. El pobre, confuso y desconcertado, exclamó: «¡Yo no pedía tanto!»; a lo que Alejandro contestó: «Tú has pedido como quien eres; yo te doy como quien soy». Dios siempre da de un modo sorprendente. A nosotros, sacerdotes, a través de Jesucristo, Dios ya nos lo ha dado todo como quien es: «Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su Señor: a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer» (Jn 15, 15).

Benedicto XVI, *Encuentro con el clero de la diócesis de Bolzano-Bressanone* (6 de agosto de 2008)

(...) También yo, como todos vosotros, me encuentro en este proceso de esfuerzo y de lucha interior (...). Trataré de decir al respecto unas pocas palabras que solo forman parte de un diálogo más amplio.

En mi respuesta quiero tratar dos aspectos fundamentales. Por una parte, el carácter insustituible del sacerdote, junto con el significado y el modo actuales del ministerio sacerdotal; por otra parte –y esto es más destacable hoy en día–, la multiplicidad de los carismas y el hecho de que todos juntos son Iglesia y edifican la Iglesia; de ahí que debemos esforzarnos por suscitar los carismas, por cuidar este conjunto vivo que más tarde sostendrá también al sacerdote. El sacerdote sostiene a los

demás y los demás lo sostienen a él. Solo en este conjunto complejo y variado puede crecer hoy la Iglesia y avanzar hacia el futuro.

Por una parte, siempre existirá la necesidad de sacerdotes totalmente entregados al Señor y, de hecho, totalmente entregados al hombre. En el Antiguo Testamento encontramos la llamada a la santificación, que más o menos equivale a lo que nosotros entendemos por consagración y, de manera análoga, por ordenación sacerdotal: hay algo que, al consagrarse a Dios, se separa de la esfera de lo común y se entrega a Dios. Eso significa, a su vez, que desde ese momento está a disposición de todos. Precisamente por haber sido separado y entregado a Dios, ya no está aislado, sino que ha sido elevado al «para», al «para todos».

Creo que esto es aplicable también al sacerdocio de la Iglesia. Significa que, por un lado, hemos sido entregados al Señor, separados de la esfera común; pero, por otro lado, hemos sido confiados a Él para que de este modo podamos pertenecerle plenamente y pertenecer plenamente a los demás. Creo que esto debemos procurar explicárselo continuamente a los jóvenes –los jóvenes son idealistas y están deseosos de hacer cosas por los demás–: explicarles que precisamente el hecho de haber sido «separados de la esfera común» significa «entregarse a todos», y que esta es una forma importante, la más importante, de servir a sus hermanos. El hecho de poner todo el ser a disposición del Señor y, por lo tanto, a disposición de los hombres también forma parte de esto. Creo que el celibato es una expresión fundamental de esta totalidad y, solo por eso, una importante llamada para este mundo, porque únicamente tiene sentido si verdaderamente creemos en la vida eterna y si creemos que Dios nos compromete y que nosotros podemos responder a su llamada.

Así pues, el sacerdote es insustituible, porque en la Eucaristía, partiendo de Dios, siempre edifica la Iglesia; porque en el sacramento de la Penitencia siempre nos confiere la purificación; porque en el sacramento el sacerdote es, precisamente, un compromiso con el «para» de Jesucristo. Aun así, sé muy bien que en los días que corren, en que los sacerdotes se ven obligados a dirigir no solamente una parroquia fácil de gestionar, sino varias parroquias o unidades pastorales; en que tienen que estar a disposición de varios consejos a la vez, es difícil llevar una

vida así. Creo que en estas condiciones es importante tener el valor de ponerse límites y lucidez para establecer las prioridades. Una prioridad fundamental de la vida sacerdotal es estar con el Señor y, por tanto, dedicar tiempo a la oración. San Carlos Borromeo decía siempre: «No podrás cuidar el alma de los demás si descuidas la tuya. Al final, tampoco harás nada por los demás. Debes dedicar también tiempo a estar con Dios».

Esto es lo que me gustaría subrayar: por muchos compromisos que se nos acumulen, lo prioritario es encontrar a diario una hora –diría yo– en la que estar en silencio para el Señor y con el Señor, como la Iglesia nos propone hacer con el Breviario, con las oraciones del día, para no dejar nunca de enriquecernos interiormente; para regresar –como dije al responder a la primera pregunta– al radio de acción del soplo del Espíritu Santo. Y, a partir de ahí, ordenar las prioridades. Debo aprender a ver qué es verdaderamente esencial, distinguir dónde es absolutamente imprescindible mi presencia como sacerdote y qué es lo que no puedo delegar en nadie. Y, al mismo tiempo, cuando hay muchas cosas que hacer en las que se requeriría mi presencia, debo aceptar humildemente que no llego y reconocer mis límites. Yo creo que la gente comprende esta humildad.

Ahora querría relacionar esto con un segundo aspecto: el de saber delegar, pedir la colaboración de los demás. Tengo la impresión de que la gente comprende e incluso valora que un sacerdote esté con Dios, que asuma su deber de ser quien ora por los demás. «Nosotros –dicen– no somos capaces de orar igual; eres tú quien tiene que hacerlo por mí. En el fondo, tu misión es –por así decir– orar por nosotros». Quieren un sacerdote que se comprometa sinceramente a vivir con el Señor para después ponerse a disposición de los hombres: de los que sufren, de los moribundos, de los niños, de los jóvenes –yo diría que estas son las prioridades–; y que al mismo tiempo sepa distinguir lo que los demás pueden hacer mejor que él, cediendo espacio a esos carismas. Estoy pensando en los movimientos y en tantas otras formas de colaboración que existen en las parroquias. En las diócesis se reflexiona conjuntamente sobre todo esto, se crean fórmulas y se promueven intercambios. Con razón ha dicho usted que es importante dirigir la mirada más allá de la parroquia, hacia la comunidad diocesana, hacia

la comunidad de la Iglesia universal que, a su vez, debe observar lo que sucede en una parroquia y cómo repercute en cada sacerdote.

Por otra parte, ha tocado usted otro punto que considero muy importante. Los sacerdotes, aunque geográficamente vivan lejos unos de otros, son una auténtica comunidad de hermanos que deben apoyarse y ayudarse mutuamente. Hoy esta comunión sacerdotal es más importante que nunca. Precisamente para no caer en el aislamiento y en la soledad, con todo su cortejo de tristezas, es importante tener reuniones periódicas. Es deber de la diócesis establecer la mejor manera de organizar los encuentros entre sacerdotes –hoy disponemos de coches que facilitan los desplazamientos– para que experimentemos siempre, pase lo que pase, nuestro ser conjunto, para que aprendamos unos de otros, para que nos animemos y nos ayudemos mutuamente, para que nos transmitamos nuestro celo y nos reconfortemos, de modo que en esta comunión presbiterial, unidos al obispo, podamos servir a la Iglesia local.

Ningún sacerdote está solo: somos una comunidad, y solo podemos servir si estamos en comunión con el obispo. Y esa espléndida comunión, que todos admitimos en el plano teológico, debe llevarse también a la práctica de acuerdo con lo que determine la Iglesia local; y debe extenderse, porque tampoco un obispo es obispo solo, sino que solo es obispo dentro del Colegio, en la gran comunión de los obispos. A esa comunión queremos comprometernos todos. Este aspecto del catolicismo me parece maravilloso: a través del primado –que no es una monarquía absoluta, sino un servicio de comunión– podemos tener la certeza de esta unidad, de manera que en una comunidad compuesta por tantas voces, todos juntos hagamos resonar en este mundo la espléndida música de la fe.

Pidamos al Señor que nos dé siempre su consuelo cuando veamos que no llegamos. Sostengámonos unos a otros. Solo así el Señor nos ayudará a encontrar juntos el camino correcto.

Reflexión

Debemos, pues, unirnos a Él por la fe, permitir que su vida se manifieste y penetre en lo más íntimo de nosotros. La santidad nos hace pertenecer a una inmensa multitud de auténticos discípulos de Cristo que forman la Iglesia, su Cuerpo: un Cuerpo místico compuesto de diversas razas de hombres y de mujeres, de jóvenes y viejos, pobres y ricos, pecadores y santos. Todos los domingos, cuando los fieles cristianos se reúnen para la adoración, se convierten en un templo en el que Jesucristo renueva su sacrificio purificador y santificador y en el que Dios está presente. En el corazón de la celebración eucarística, vivida en la fe, en el recogimiento, el silencio y un temor reverente, contemplad a los que se han reunido bajo el soplo del Espíritu: comprenderéis al instante que estáis contemplando el Cuerpo de Cristo. Mirad a Dios, y mirad sus rostros fatigados o resplandecientes de gozo interior, sus discretas sonrisas o sus lágrimas, y comprenderéis que estáis viendo el rostro de Cristo. Son el Cuerpo de Jesús que prometió que resucitaría de entre los muertos. Precisamente por esa razón los *Hechos de los Apóstoles* nos plantean el tema de la vida en común. Nos interpelan. A los que somos sacerdotes, ¿nos parece normal, nos parece humana y espiritualmente constructivo vivir solos? Un río, por majestuoso que sea, necesita de un manantial y de unos afluentes para que crezcan sus aguas: si no, languidece y se seca. ¿Es normal, es deseable rezar a diario en soledad las horas del breviario? ¿No nos debería doler cuando menos una situación así? ¿No habría que desear dar testimonio de una vida fraterna y comunitaria?

No tengo soluciones milagrosas que proponeros. Pero sí una certeza: nuestro testimonio no es creíble si somos incapaces de una vida de caridad concreta y, por lo tanto, de una vida en común. «El fruto del Espíritu es: amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, lealtad, modestia, dominio de sí» (Ga 5, 22). El fruto de cada Eucaristía es esa unidad entre nosotros, esa vida en común y esa fraternidad cristiana que nos hace consanguíneos, porque por nuestras venas corre la sangre de Cristo. El breviario está pensado para rezarlo y cantarlo en comunidad, para vivirlo en comunidad. ¿Y si nos atreviéramos a poner los medios para hacerlo así?

Creo que al pueblo de Dios le hace falta constatar y vivir la experiencia de que los sacerdotes son los primeros que viven como los apóstoles. Los fieles quieren ver a sus sacerdotes rezar juntos, vivir juntos la caridad. ¿Qué

credibilidad puede tener la comunión sacramental si no se vive en comunión fraterna?

En este sentido los obispos tienen por delante una tarea urgente. Les toca a ellos ofrecer a los sacerdotes las condiciones afectivas y concretas para una vida en común. Les toca a ellos compartir esta vida con sus sacerdotes. No se trata solamente de ayudar a la vida personal de cada uno. La vida en común forma parte de la identidad del sacerdote:

«Los presbíteros, constituidos por la Ordenación en el Orden del Presbiterado, están unidos todos entre sí por la íntima fraternidad sacramental, y forman un presbiterio especial en la diócesis a cuyo servicio se consagran bajo el obispo propio. Porque, aunque se entreguen a diversas funciones, desempeñan con todo un solo ministerio sacerdotal para los hombres (...). Es de suma trascendencia, por tanto, que todos los presbíteros, diocesanos o religiosos, se ayuden mutuamente para ser siempre cooperadores de la verdad. Cada uno está unido con los demás miembros de este presbiterio por vínculos especiales de caridad apostólica, de ministerio y de fraternidad (...). Cada uno de los presbíteros se une, pues, con sus hermanos por el vínculo de la caridad, de la oración y de la total cooperación» [2].

Una vida solitaria es incapaz de manifestar la plenitud del misterio de Cristo-sacerdote. Y, como nos recuerdan los *Hechos de los Apóstoles*, la vida en común, la oración litúrgica en común, la puesta en común de los bienes en la caridad es el primer fruto del Espíritu Santo. Si no vemos ese fruto, podemos albergar dudas de la presencia del Espíritu. Seamos valientes e interroguémonos de un modo concreto. Creo que el primer lugar en el que debe experimentarse esa vida en común de oración, caridad y apostolado es la curia romana. Hoy la vida santa de muchos sacerdotes de la curia se ve empañada por los escándalos y las ambiciones de unos cuantos. Me atrevo a soñar con una curia en la que nos tomemos en serio los *Hechos de los Apóstoles*. ¿Es imposible que los cardenales vivan cerca del papa, recen juntos, compartan una mesa frugal y común? ¡Quizá esa sería la reforma de la curia más evangélica! Así nos lo hace experimentar el papa durante los ejercicios espirituales anuales, cuando participamos juntos en la misma Eucaristía, compartimos mesa y los mismos momentos de escucha de la Palabra de Dios meditada y de oración, en un ambiente divino de

recogimiento, silencio y soledad. ¿No podríamos vivir así todo el año? ¡Qué alegría si fuéramos capaces de compartir de este modo nuestra dicha de ser sacerdotes! Es verdad que la vida en común no siempre resulta fácil. Es exigente. Pero basta frecuentar las comunidades monásticas para saber que de esa vida nace un gozo profundo que se transmite.

VIII

La radicalidad del Evangelio

Partiendo de una reflexión
de san Juan Pablo II

Introducción

El Concilio Vaticano II nos permitió ahondar en nuestra visión de la santidad específicamente sacerdotal. Durante el sínodo de 1990, la Iglesia entera hizo suya esa enseñanza para invitar mejor aún a los sacerdotes a la radicalidad de la vida evangélica. Muchas veces tendemos a pensar que los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia están reservados a los religiosos, cuando en realidad van dirigidos a todos los bautizados y, de un modo específico, a los sacerdotes. Por desgracia, la pobreza y la obediencia sacerdotales suelen quedar reducidas a realidades etéreas, a discursos académicos ideados por burgueses que se han sentado en la cátedra de Moisés (cfr. *Mt* 23, 2-5). Se habla de ellas, reciben elogios, pero ¿se ponen en práctica?

El radicalismo evangélico, que es una exigencia fundamental e irremplazable de todos los cristianos sin excepción, nace de la llamada de Cristo a seguirle e imitarle. Todos están llamados a la santidad, y los sacerdotes a título particular: tienen que ser santos específicamente como sacerdotes. Configurados con Cristo de una manera específica, deben imitarle de un modo propio en la radicalidad del Evangelio. En la vida pastoral y espiritual del sacerdote hay muchas virtudes decisivas, como pueden ser la fe, la humildad ante el misterio de Dios, la misericordia y la prudencia. Pero los «consejos evangélicos» que enseña Jesús en el sermón

de la montaña son una expresión privilegiada del radicalismo evangélico (cfr. Mt 5-7). Entre esos consejos, íntimamente vinculados entre sí, se encuentran la obediencia, la castidad y la pobreza. «El sacerdote está llamado a vivirlos según el estilo, es más, según las finalidades y el significado original que nacen de la identidad propia del presbítero y la expresan», dice san Juan Pablo II.

La santidad se presenta como una exigencia íntima del sacerdocio. «No cabe duda de que con anterioridad a Cristo –escribe el P. Albert Vanhoye– la santidad de los sacerdotes era algo importante, pero lo único que se podía garantizar era su santidad exterior: había un ritual minucioso (abluciones, unciones, vestiduras especiales) que separaba materialmente al sacerdote del mundo profano y lo consagraba simbólicamente a Dios. Era el modo de expresar el deseo de hacerse digno ante Dios. Pero ¿de qué valen las ceremonias, de qué valen los ornamentos sagrados si el corazón del hombre está manchado? El sacerdote tiene que estar unido a Cristo en lo más hondo de su ser. De otro modo no sería aceptable».

Esta exigencia radical halla en Cristo, y solo en Él, su plenitud. La santidad de Cristo no es como un vestido de ceremonia destinado a enmascarar la indignidad personal del sacerdote: se trata de una santidad interior que brota en Él como la fuente misma de su ser, lo llena enteramente y se expande con una fuerza impetuosa.

Juan Pablo II, *Pastores dabo vobis* (capítulo 3, § 27-30): La existencia sacerdotal y el radicalismo evangélico

Para todos los cristianos, sin excepciones, el radicalismo evangélico es una exigencia fundamental e irrenunciable, que brota de la llamada de Cristo a seguirle e imitarle, en virtud de la íntima comunión de vida con él, realizada por el Espíritu (cfr. Mt 8, 18ss; 10, 37ss; Mc 8, 34-38; 10, 17-21; Lc 9, 57ss). Esta misma exigencia se presenta a los sacerdotes, no solo porque están «en» la Iglesia, sino también porque están «al frente» de ella, al estar configurados con Cristo, Cabeza y Pastor, capacitados y comprometidos para el ministerio ordenado,

vivificados por la caridad pastoral. Ahora bien, dentro del radicalismo evangélico y como manifestación del mismo se encuentra un rico florecimiento de múltiples virtudes y exigencias éticas, que son decisivas para la vida pastoral y espiritual del sacerdote, como, por ejemplo, la fe, la humildad ante el misterio de Dios, la misericordia, la prudencia. Expresión privilegiada del radicalismo son los varios consejos evangélicos que Jesús propone en el Sermón de la Montaña (cfr. Mt 5-7), y entre ellos los consejos, íntimamente relacionados entre sí, de obediencia, castidad y pobreza: el sacerdote está llamado a vivirlos según el estilo, es más, según las finalidades y el significado original que nacen de la identidad propia del presbítero y la expresan.

«Entre las virtudes más necesarias en el ministerio de los presbíteros, recordemos la disposición de ánimo para estar siempre prontos para buscar no la propia voluntad, sino el cumplimiento de la voluntad de aquel que los ha enviado (cfr. Jn 4, 34; 5, 30; 6, 38)» [1]. Se trata de la obediencia, que, en el caso de la vida espiritual del sacerdote, presenta algunas características peculiares.

Es, ante todo, una obediencia «apostólica», en cuanto que reconoce, ama y sirve a la Iglesia en su estructura jerárquica. En verdad no se da ministerio sacerdotal sino en la comunión con el Sumo Pontífice y con el Colegio episcopal, particularmente con el propio Obispo diocesano, hacia los que debe observarse la «obediencia y respeto» filial, prometidos en el rito de la ordenación. Esta sumisión a cuantos están revestidos de la autoridad eclesial no tiene nada de humillante, sino que nace de la libertad responsable del presbítero, que acoge no solo las exigencias de una vida eclesial orgánica y organizada, sino también aquella gracia de discernimiento y de responsabilidad en las decisiones eclesiales, que Jesús ha garantizado a sus apóstoles y a sus sucesores, para que sea guardado fielmente el misterio de la Iglesia, y para que el conjunto de la comunidad cristiana sea servida en su camino unitario hacia la salvación.

La obediencia cristiana, auténtica, motivada y vivida rectamente sin servilismos, ayuda al presbítero a ejercer con transparencia evangélica la autoridad que le ha sido confiada en relación con el Pueblo de Dios: sin autoritarismos y sin decisiones demagógicas. Solo el que sabe

obedecer en Cristo, sabe cómo pedir, según el Evangelio, la obediencia de los demás.

La obediencia del presbítero presenta además una exigencia comunitaria; en efecto, no se trata de la obediencia de alguien que se relaciona individualmente con la autoridad, sino que el presbítero está profundamente inserto en la unidad del presbiterio, que, como tal, está llamado a vivir en estrecha colaboración con el Obispo y, a través de él, con el sucesor de Pedro [2].

Este aspecto de la obediencia del sacerdote exige una gran ascesis, tanto en el sentido de capacidad a no dejarse atar demasiado a las propias preferencias o a los propios puntos de vista, como en el sentido de permitir a los hermanos que puedan desarrollar sus talentos y sus aptitudes, más allá de todo celo, envidia o rivalidad. La obediencia del sacerdote es una obediencia solidaria, que nace de su pertenencia al único presbiterio y que siempre dentro de él y con él aporta orientaciones y toma decisiones corresponsables.

Por último, la obediencia sacerdotal tiene un especial «carácter de pastoralidad». Es decir, se vive en un clima de constante disponibilidad a dejarse absorber, y casi «devorar», por las necesidades y exigencias de la grey. Es verdad que estas exigencias han de tener una justa racionalidad, y a veces han de ser seleccionadas y controladas; pero es innegable que la vida del presbítero está ocupada, de manera total, por el hambre del evangelio, de la fe, la esperanza y el amor de Dios y de su misterio, que de modo más o menos consciente está presente en el Pueblo de Dios que le ha sido confiado.

Entre los consejos evangélicos –dice el Concilio–, «destaca el precioso don de la divina gracia, concedido a algunos por el Padre (cfr. Mt 19, 11; 1 Co 7, 7), para que se consagren solo a Dios con un corazón que en la virginidad y el celibato se mantiene más fácilmente indiviso (cfr. 1 Co 7, 32-34). Esta perfecta continencia por el reino de los cielos siempre ha sido tenida en la más alta estima por la Iglesia, como señal y estímulo de la caridad y como un manantial extraordinario de espiritual fecundidad en el mundo» [3]. En la virginidad y el celibato, la castidad mantiene su significado original, a saber, el de una sexualidad humana vivida como

auténtica manifestación y precioso servicio al amor de comunión y de donación interpersonal. Este significado subsiste plenamente en la virginidad, que realiza, en la renuncia al matrimonio, el «significado esponsalicio» del cuerpo mediante una comunión y una donación personal a Jesucristo y a su Iglesia, que prefiguran y anticipan la comunión y la donación perfectas y definitivas del más allá: «En la virginidad el hombre está a la espera, incluso corporalmente, de las bodas escatológicas de Cristo con la Iglesia, dándose totalmente a la Iglesia con la esperanza de que Cristo se dé a esta en la plena verdad de la vida eterna» [4].

A esta luz se pueden comprender y apreciar más fácilmente los motivos de la decisión multiseccular que la Iglesia de Occidente tomó y sigue manteniendo –a pesar de todas las dificultades y objeciones surgidas a través de los siglos–, de conferir el orden presbiteral solo a hombres que den pruebas de ser llamados por Dios al don de la castidad en el celibato absoluto y perpetuo.

Los Padres sinodales han expresado con claridad y fuerza su pensamiento con una Proposición importante, que merece ser transcrita íntegra y literalmente: «Quedando en pie la disciplina de las Iglesias Orientales, el Sínodo, convencido de que la castidad perfecta en el celibato sacerdotal es un carisma, recuerda a los presbíteros que ella constituye un don inestimable de Dios a la Iglesia y representa un valor profético para el mundo actual. Este Sínodo afirma nuevamente y con fuerza cuanto la Iglesia Latina y algunos ritos orientales determinan, a saber, que el sacerdocio se confiera solamente a aquellos hombres que han recibido de Dios el don de la vocación a la castidad célibe (sin menoscabo de la tradición de algunas Iglesias orientales y de los casos particulares del clero casado proveniente de las conversiones al catolicismo, para los que se hace excepción en la encíclica de Pablo VI sobre el celibato sacerdotal). El Sínodo no quiere dejar ninguna duda en la mente de nadie sobre la firme voluntad de la Iglesia de mantener la ley que exige el celibato libremente escogido y perpetuo para los candidatos a la ordenación sacerdotal en el rito latino. El Sínodo solicita que el celibato sea presentado y explicado en su plena riqueza bíblica, teológica y espiritual, como precioso don dado por Dios a su Iglesia y como signo del Reino que no es de este mundo, signo también del amor

de Dios a este mundo, y del amor indiviso del sacerdote a Dios y al Pueblo de Dios, de modo que el celibato sea visto como enriquecimiento positivo del sacerdocio» [5].

Es particularmente importante que el sacerdote comprenda la motivación teológica de la ley eclesial sobre el celibato. En cuanto ley, ella expresa la voluntad de la Iglesia, antes aún que la voluntad que el sujeto manifiesta con su disponibilidad. Pero esta voluntad de la Iglesia encuentra su motivación última en la relación que el celibato tiene con la ordenación sagrada, que configura al sacerdote con Jesucristo, Cabeza y Esposo de la Iglesia. La Iglesia, como Esposa de Jesucristo, desea ser amada por el sacerdote de modo total y exclusivo como Jesucristo, Cabeza y Esposo, la ha amado. Por eso el celibato sacerdotal es un don de sí mismo en y con Cristo a su Iglesia y expresa el servicio del sacerdote a la Iglesia en y con el Señor.

Para una adecuada vida espiritual del sacerdote es preciso que el celibato sea considerado y vivido no como un elemento aislado o puramente negativo, sino como un aspecto de una orientación positiva, específica y característica del sacerdote: él, dejando padre y madre, sigue a Jesús, buen Pastor, en una comunión apostólica, al servicio del Pueblo de Dios. Por tanto, el celibato ha de ser acogido con libre y amorosa decisión, que debe ser continuamente renovada, como don inestimable de Dios, como «estímulo de la caridad pastoral», como participación singular en la paternidad de Dios y en la fecundidad de la Iglesia, como testimonio ante el mundo del Reino escatológico. Para vivir todas las exigencias morales, pastorales y espirituales del celibato sacerdotal es absolutamente necesaria la oración humilde y confiada, como nos recuerda el Concilio: «Cuanto más imposible se considera por no pocos hombres la perfecta continencia en el mundo de hoy, tanto más humilde y perseverantemente pedirán los presbíteros, a una con la Iglesia, la gracia de la fidelidad, que nunca se niega a los que la piden, empleando, al mismo tiempo, todos los medios sobrenaturales y naturales que están al alcance de todos». Será la oración, unida a los Sacramentos de la Iglesia y al esfuerzo ascético, los que infundan esperanza en las dificultades, perdón en las faltas, confianza y ánimo en el volver a comenzar.

De la pobreza evangélica los Padres sinodales han dado una descripción muy concisa y profunda, presentándola como «sumisión de todos los bienes al Bien supremo de Dios y de su Reino». En realidad, solo el que contempla y vive el misterio de Dios como único y sumo Bien, como verdadera y definitiva Riqueza, puede comprender y vivir la pobreza, que no es ciertamente desprecio y rechazo de los bienes materiales, sino el uso agradecido y cordial de estos bienes y, a la vez, la gozosa renuncia a ellos con gran libertad interior, esto es, hecha por Dios y obedeciendo sus designios.

La pobreza del sacerdote, en virtud de su configuración sacramental con Cristo, Cabeza y Pastor, tiene características «pastorales» bien precisas, en las que se han fijado los Padres sinodales, recordando y desarrollando las enseñanzas conciliares. Afirman, entre otras cosas: «Los sacerdotes, siguiendo el ejemplo de Cristo que, siendo rico, se ha hecho pobre por nuestro amor (cfr. 2 Co 8, 9), deben considerar a los pobres y a los más débiles como confiados a ellos de un modo especial y deben ser capaces de testimoniar la pobreza con una vida sencilla y austera, habituados ya a renunciar generosamente a las cosas superfluas (Optatam totius, 9; CIC 282)» [6].

Es verdad que «el obrero merece su salario» (Lc 10, 7) y que «el Señor ha ordenado que los que predicán el Evangelio vivan del Evangelio» (1 Co 9, 14); pero también es verdad que este derecho del apóstol no puede absolutamente confundirse con una especie de pretensión de someter el servicio del evangelio y de la Iglesia a las ventajas e intereses que del mismo puedan derivarse. Solo la pobreza asegura al sacerdote su disponibilidad a ser enviado allí donde su trabajo sea más útil y urgente, aunque comporte sacrificio personal. Esta es una condición y una premisa indispensable a la docilidad que el apóstol ha de tener al Espíritu, el cual lo impulsa para «ir», sin lastres y sin ataduras, siguiendo solo la voluntad del Maestro (cfr. Lc 9, 57-62; Mc 10, 17-22).

Inserto en la vida de la comunidad y responsable de la misma, el sacerdote debe ofrecer también el testimonio de una total «transparencia» en la administración de los bienes de la misma comunidad, que no tratará jamás como un patrimonio propio, sino como algo de lo que debe rendir cuentas a Dios y a los hermanos, sobre todo a

los pobres. Además, la conciencia de pertenecer al único presbiterio lo llevará a comprometerse para favorecer una distribución más justa de los bienes entre los hermanos, así como un cierto uso en común de los bienes (cfr. Hch 2, 42-47).

La libertad interior, que la pobreza evangélica custodia y alimenta, prepara al sacerdote para estar al lado de los más débiles; para hacerse solidario con sus esfuerzos por una sociedad más justa; para ser más sensible y más capaz de comprensión y de discernimiento de los fenómenos relativos a los aspectos económicos y sociales de la vida; para promover la opción preferencial por los pobres; esta, sin excluir a nadie del anuncio y del don de la salvación, sabe inclinarse ante los pequeños, ante los pecadores, ante los marginados de cualquier clase, según el modelo ofrecido por Jesús en su ministerio profético y sacerdotal (cfr. Lc 4, 18).

No hay que olvidar el significado profético de la pobreza sacerdotal, particularmente urgente en las sociedades opulentas y de consumo, pues «el sacerdote verdaderamente pobre es ciertamente un signo concreto de la separación, de la renuncia y de la no sumisión a la tiranía del mundo contemporáneo, que pone toda su confianza en el dinero y en la seguridad material» [7].

Jesucristo, que en la cruz lleva a perfección su caridad pastoral con un total despojo exterior e interior, es el modelo y fuente de las virtudes de obediencia, castidad y pobreza que el sacerdote está llamado a vivir como expresión de su amor pastoral por los hermanos. Como escribe san Pablo a los Filipenses, el sacerdote debe tener «los mismos sentimientos» de Jesús, despojándose de su propio «yo», para encontrar, en la caridad obediente, casta y pobre, la vía maestra de la unión con Dios y de la unidad con los hermanos (cfr. Flp 2, 5) [8].

Reflexión

¿Quién puede sentir indiferencia ante el drama de los abusos sexuales y de los abusos de autoridad? Estoy convencido de que sus raíces se

encuentran en la secularización de la vida sacerdotal. El sacerdote es un hombre apartado de entre los demás para servir a Dios y a la Iglesia. Es un consagrado. Toda su vida ha sido apartada para Dios. No obstante, se ha querido desacralizar la vida sacerdotal. Se ha querido banalizarla, convertirla en profana, secularizarla.

Se ha formado a los sacerdotes sin enseñarles que el único punto de apoyo de su vida es Dios; sin hacerles experimentar que su vida solo tiene sentido por Dios y para Dios. Privados de Dios, solo les ha quedado el poder humano. Algunos han sucumbido a la lógica diabólica de los abusos de autoridad y los delitos sexuales. Si un sacerdote no vive a diario la experiencia de no ser más que un instrumento en las manos de Dios, si no está constantemente delante de Dios para servirle de todo corazón, corre el peligro de embriagarse de una sensación de poder. Si la vida de un sacerdote no es una vida consagrada, corre un grave peligro de caer en el engaño y la aberración.

El celibato es la manifestación más evidente de que el sacerdote pertenece a Cristo, de que ya no se pertenece a sí mismo. El celibato es el signo de una vida que solo tiene sentido si es por Dios y para Él.

En cuanto al clero oriental casado, me gustaría subrayar algunas cuestiones. El ser profundo del sacerdote consiste en identificarse, en configurarse con Cristo, esposo de la Iglesia. Esta realidad queda perfectamente expresada y manifestada por el estado de los sacerdotes célibes, sean de Oriente o de Occidente. De hecho, no se puede ignorar que hay muchos sacerdotes diocesanos de las Iglesias católicas orientales que optan por vivir el celibato. Así nos lo enseñaba con toda claridad san Juan Pablo II, gran amigo del Oriente cristiano, en la exhortación apostólica *Pastores dabo vobis*: «El celibato sacerdotal no se puede considerar simplemente como una norma jurídica ni como una condición totalmente extrínseca para ser admitidos a la ordenación, sino como un valor profundamente ligado con la sagrada Ordenación, que configura a Jesucristo, buen Pastor y Esposo de la Iglesia» [9].

Naturalmente, todo sacerdote vive al menos interiormente de ese misterio; lo cual, no obstante, resulta menos evidente y manifiesto para la Iglesia y para el Pueblo de Dios en el caso de los sacerdotes casados. No

cuestiono en absoluto la santidad personal de ninguno de ellos. Si me encontrara con ellos, besaría sus manos consagradas por el santo óleo: unas manos que todos los días tocan el precioso cuerpo de Jesucristo; unas manos que absuelven y bendicen. Pero tengo que decir que los sacerdotes célibes ofrecen un signo necesario para que toda la Iglesia se vea a sí misma como esposa de Cristo.

Me gustaría alargarme un poco para citar al padre Louis Bouyer, gran teólogo y buen conocedor de la tradición antigua: «La Iglesia en Occidente exige a todos sus sacerdotes no solo la castidad, sino el celibato. En Oriente no es tan estricta su exigencia, pero el ideal que propone a su clero es, a pesar de todo, todavía más explícito. Los sacerdotes de rito oriental no pueden contraer matrimonio después de las órdenes, ni más ni menos que los del rito latino. Únicamente se les permite continuar en el estado matrimonial si ya lo habían contraído antes de ordenarse. Sin embargo, también en Oriente la Iglesia es absolutamente categórica acerca de que la consagración al ministerio sacerdotal exige, por lo menos como ideal, el abandono de todo por Cristo: por lo menos al obispo, en quien el sacerdocio está presente en toda su plenitud y como en su fuente visible, le exige no solo que viva en celibato, sino que se entregue totalmente a Cristo por la profesión monástica antes de su consagración episcopal. Y es evidente que, incluso para los sacerdotes de segundo rango, el estado de vida que preconiza, aunque sin imponerlo a todos, es el monacato, es decir, el de una persona a la que la vida monástica completa, con todas sus exigencias de desprendimiento, ha preparado para la paternidad espiritual, sellada por el sacerdocio (...). En este particular arroja luz especial la práctica de la Iglesia oriental. Nos muestra, en efecto, cómo en las renunciaciones del sacerdote la castidad sencillamente corporal no es todo, ni mucho menos, y, por consiguiente, cómo no se trata únicamente de la carne, ni, con mayor razón, de una concepción exageradamente pesimista de la misma. En realidad, la Iglesia de Oriente, al poner su ideal en el sacerdote-monje, nos muestra que la castidad del sacerdote debe estar ligada a un espíritu de pobreza mucho más amplio. El sacerdote debe dominar no solo el apego a lo carnal, superándolo en la vida casta que se le exige, sino todo el apego particular, incluso a las mejores realidades humanas» [\[10\]](#).

La obediencia del sacerdote no consiste en la sumisión de un profesional a un superior jerárquico, sino que se inscribe en la obediencia del Hijo al

Padre, participa de ella y la prolonga.

Igual que Cristo, el sacerdote tiene que poder afirmar: «Mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado» (*Jn* 7, 16). «Porque yo no he hablado por cuenta mía; el Padre que me envió es quien me ha ordenado lo que he de decir y cómo he de hablar» (*Jn* 12, 49). Y yo tengo que obedecerle plenamente, hasta la muerte y una muerte de Cruz (cfr. *Flp* 2, 8).

Un sacerdote no habla de sí mismo ni de su experiencia. Ha sido enviado para anunciar una palabra cuya autoría no es suya. Su fidelidad a la palabra de Dios, transmitida por la Iglesia, es la raíz de su obediencia. De un sacerdote no se espera que sea original, sino fiel a la doctrina transmitida.

Por eso es lamentable que hoy haya quienes, deseando complacer al mundo o parecer actuales –cuando no deseando atenuar o reducir las radicales exigencias de la Palabra de Dios–, tiendan a diluir el Evangelio, a falsificarlo o a edulcorarlo adaptándolo a las mentalidades y a las ideologías occidentales. Ya san Pablo se lamentaba de lo mismo cuando escribía a los corintios: «No somos como tantos otros que negocian con la palabra de Dios, sino que hablamos con sinceridad en Cristo, de parte de Dios y delante de Dios» (*2 Co* 2, 17). Hoy existe mucha ambigüedad, mucha confusión y muchas interpretaciones ideológicas de la Palabra de Jesús. Incluso en la Iglesia se ha alcanzado un nivel de relativismo nunca visto. Esto es algo que vuelve a crucificar a Cristo y arruina el mensaje evangélico. Jesús, por su parte, nunca permitió que se cerniera duda alguna sobre la radicalidad de su mensaje y de sus exigencias. Porque Él, Jesús, es el Camino, la Verdad y la Vida; «es el mismo ayer y hoy y siempre» (*Hb* 13, 8). Lo que exigía entonces lo sigue exigiendo ahora. Su Evangelio no cambia al compás del mundo, sino al contrario: se va haciendo más radical a medida que nos conduce hacia el perfecto cumplimiento de la obra de la salvación, hacia «la nueva condición humana creada a imagen de Dios: justicia y santidad verdaderas» (*Ef* 4, 24).

Desde los orígenes del cristianismo, siempre se plantean elecciones de las que nadie puede zafarse. «Nadie puede servir a dos señores, porque despreciará a uno y amará al otro; o, al contrario, se dedicará al primero y no hará caso del segundo. No podéis servir a Dios y al dinero» (*Mt* 6, 24; *Lc* 16, 13). O bien seguimos a Jesús, o bien optamos por adaptarnos al mundo.

La historia de la Iglesia está jalonada de testimonios de multitud de cristianos que han preferido decir «no», aun a costa de su vida, antes que perder el tesoro que habían descubierto en Jesús (Mt 13, 44). También en nuestro siglo la libertad soberana que confiere la fe en Jesucristo ha llevado a los cristianos a resistir valerosamente frente a las nuevas ideologías que destrozan al hombre, a la familia y a nuestras sociedades.

Muchos hombres de nuestro tiempo se irritan en cuanto se habla de la verdad o de una verdad objetiva universal externa a nosotros, que nos supera y se impone sobre nosotros. Lo ven como un sinónimo de dogmatismo, fundamentalismo e intolerancia, y como algo contrario a la ciencia. Nos negamos a reconocer la realidad soberana de Dios, cuando en realidad la Palabra de Dios es la única luz que revela la verdad del mundo. También se insiste mucho en nuestros días en la mutación cultural. Se habla de una nueva ética mundial, de cambios de paradigmas. ¿Deberían cambiar también la enseñanza doctrinal y moral de la Iglesia y su disciplina? Si existen cosas que cambian, también hay otras que permanecen firmes. Lo que progresa son las herramientas tecnológicas. Pero el hombre sigue siendo el mismo. Nuestros contemporáneos viven en un contexto nuevo. Algunos disfrutan de nuevas ventajas, otros encuentran nuevas dificultades en su vida. Pero en el interior del hombre de hoy se halla el mismo fondo de bondad, de solidaridad fraterna, de generosidad y de aspiración a la libertad y a la felicidad; y el mismo fondo de malicia, perversión, codicia, maldad, brutalidad, concupiscencia y tendencia a la idolatría que en el hombre de hace mil años; hasta ese punto nos ha marcado, profunda y ontológicamente, el pecado original. Yo soy exactamente igual que Adán y Eva. La única diferencia entre Adán y yo es que yo dispongo de un móvil y de un coche. Pero esa diferencia es superficial. En lo más hondo de nosotros están los mismos vicios, las mismas ambiciones, las mismas concupiscencias, las mismas codicias. Y cada hombre que nace se ve obligado a recomenzar los esfuerzos de carácter moral y espiritual que han llevado a cabo sus padres o sus abuelos. Todo es un incesante volver a empezar. Esa es la verdad y la realidad a las que debemos obediencia.

¡Qué tentador resulta a veces decir lo que al mundo le gustaría escuchar!
¡Qué tentador es edulcorar la Palabra de Dios, demasiado fuerte para nuestras almas insípidas! No obstante, nuestra obediencia a su exigencia es

la garantía de nuestro amor a las almas. ¿En qué nos convertiríamos si les enseñáramos una doctrina adaptada, atenuada? En falsificadores. Guiaríamos a las almas por caminos que no conducen a ninguna parte. Nuestra obediencia es la garantía de nuestro amor hasta el extremo.

¿Y qué decir de la pobreza? ¡Cuánto se habla de ella y qué poco se practica! Es doloroso constatar cómo en muchas regiones del mundo los sacerdotes se comportan como personas importantes, como pequeños burgueses. Exhiben signos externos de riquezas: mucho dinero, viajes, vacaciones anuales, coche, casa, ordenador... Es verdad que los bienes materiales pueden y deben servir para el anuncio del reino de Dios. ¡Pero, si un sacerdote es otro Cristo, entonces es pobre! No hay nada que discutir.

«Las zorras tienen madrigueras y los pájaros, nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza» (*Mt 8, 20; Lc 9, 58*). Un sacerdote al que no le falta de nada, que disfruta de todas las comodidades, de toda la seguridad terrenal que facilita una vida tranquila, difícilmente podrá pretender imitar a Jesús, representarlo y ser su prolongación en este mundo. ¿Cómo podría configurarse, conformarse e identificarse con Jesucristo? La pobreza es inherente al cristianismo. Es un valor evangélico. Aun así, el programa de algunos organismos católicos pretende erradicar la pobreza con un eslogan tan ridículo como «pobreza cero», cuando erradicar la pobreza es erradicar el Evangelio y los consejos evangélicos. Por supuesto que hay que trabajar con ardor para erradicar la miseria, la indigencia extrema provocadas por la avidez y el egoísmo de los hombres. Pero no olvidemos la primera bienaventuranza: «Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos» (*Mt 5, 3*).

¡Cuánta vigilancia, cuánta sabiduría y cuánta prudencia tienen que cultivar constantemente los obispos y los sacerdotes para dejarse enseñar e instruir por Jesucristo! «Lo que nos interpela por encima de todo no son nuestros problemas económicos y sociales. Es el Dios de los Patriarcas, de los Profetas y de Jesucristo quien nos hace cuestionarnos, quien nos enfrenta a preguntas radicales acerca del valor y el sentido de nuestra vida. Si solamente nos dejamos cuestionar por los hombres, nos bloqueamos, damos vueltas en círculo y parece que carecemos de certezas. Dios viene a elevarnos a otro plano: el de la Trascendencia. No puede hacernos propuestas engañosas. Si situamos las bienaventuranzas del Evangelio en el

mismo plano que las reivindicaciones obreras o sociales tal y como salen de los laboratorios marxistas o del humanismo laicista, no pueden sino defraudar a quienes huyen de la pobreza, cuando Cristo nos presenta la pobreza como fuente de felicidad (...).

»Admitir una cosa así es fácil cuando se vive al margen del peligro y de la indigencia social. Pero cuando se sufre a diario la tensión de la inseguridad y se es víctima de graves situaciones de injusticia, puede resultar extraño que alguien venga a apelar a la Trascendencia. Entre los deberes que incumben al cristianismo y a la Iglesia, el primero y el más sagrado no es decir cosas agradables, sino mantener la pureza del mensaje, que no es el de la salvación del hombre por el hombre, sino el de la salvación del hombre por Dios» [\[11\]](#).

Es el momento de vivir la auténtica pobreza sacerdotal. No debe darnos miedo fijarnos en la experiencia de las comunidades religiosas para vivir de un modo concreto la sobriedad y la puesta en común de los bienes. Si para vivir no dependemos de otro o de la comunidad, no podemos abrazar plenamente el misterio de Cristo-sacerdote. La autonomía económica, la seguridad material nos alejan de Aquel que ni siquiera tuvo un lugar donde reclinar la cabeza.

Queridos hermanos sacerdotes, apartémonos del mundo, de su suciedad, de su lujuria, de sus soberbias pretensiones, y fijemos siempre nuestros ojos en Cristo. Contemplémosle e intentemos imitarle. Cristo viene a nosotros sin ostentación, sin grandeza ni majestuosidad, vestido con la humildad de un pobre. Que Él sea nuestro único paradigma, el único camino a seguir.

Así nos lo ha querido recordar Benedicto XVI en *Desde lo más hondo de nuestros corazones*. Son muy pocos los que han reparado en la exigencia de las palabras con que sentaba los fundamentos de una auténtica reforma del clero. ¿Nos atreveremos a escucharle? Sé lo sensible que se mostró el Papa Francisco a estas palabras al leerlas en el ejemplar dedicado que el papa emérito le hizo llegar: «Pertencen a la esencia misma del sacerdocio aspectos tales como el estar expuesto del levita, la carencia de una tierra, el vivir proyectado hacia Dios. El relato de la vocación de Lucas (5, 1-11), que consideramos un principio, concluye lógicamente con estas palabras: “Ellos lo dejaron todo y le siguieron” (v. 11). Sin ese despojarse de todas nuestras

posiciones no hay sacerdocio. La llamada al seguimiento de Cristo no es posible sin ese gesto de libertad y de renuncia ante cualquier compromiso. Creo que, bajo esta luz, adquiere todo su profundo significado el celibato como renuncia a un futuro afincamiento terreno y a un ámbito propio de vida familiar; más aún, se hace indispensable para asegurar el carácter fundamental y la realización concreta de la entrega a Dios. Esto significa, claro está, que el celibato impone sus exigencias respecto a toda forma de plantearse la existencia. Sobre todo, no puede consolidarse si no hacemos de ese nuestro habitar en la presencia de Dios el centro de nuestra existencia. El salmo 16, como el salmo 119, acentúa vigorosamente la necesidad de una continua familiaridad meditativa con la palabra de Dios; únicamente así puede esta palabra convertirse en morada nuestra. El aspecto comunitario de la piedad litúrgica, que esta plegaria sálmica necesariamente implica, queda de manifiesto cuando el salmo habla del Señor como “mi cáliz” (v. 5). Según el lenguaje habitual del Antiguo Testamento, esta alusión se refiere al cáliz festivo que se hacía pasar de mano en mano durante la cena cultural, o al cáliz fatídico, al cáliz de la ira o al de la salvación. El orante sacerdotal del Nuevo Testamento puede encontrar aquí indicado, de un modo particular, aquel cáliz por medio del cual el Señor, en el más profundo de los sentidos, se ha hecho nuestra tierra, el Cáliz eucarístico, en el que Él se entrega como vida nuestra. La vida sacerdotal en la presencia de Dios viene de este modo a realizarse de una manera concreta como vida que vive en virtud del misterio eucarístico. La Eucaristía, en su más profunda significación, es la tierra que se ha hecho nuestra heredad y de la que podemos decir: “Me ha tocado un lote delicioso; sí, mi heredad es la más bella” (v. 6)» [\[12\]](#).

IX

Volver a nuestro sitio

Partiendo de una reflexión
de Georges Bernanos

Introducción

He querido que entre las reflexiones escogidas figurara el texto de un laico y novelista francés del siglo XX: el *Diario de un cura rural*, de Georges Bernanos, donde se recogen algunas verdades esenciales acerca del sacerdocio. El autor nos ofrece la conversación entre un joven sacerdote, un tanto desorientado e inseguro, y un cura mayor y experimentado, el cura de Torcy, quien pone a su joven colega frente a unas cuantas y crudas verdades: «No rezas lo suficiente. Sufres más de lo que rezas. (...) Tenemos que alimentarnos en la medida de lo que gastamos, y la oración tiene que ser proporcional a lo que sufrimos». Estas palabras son experienciales. Cuanto más sufrimos, mayor es nuestra necesidad vital de la oración. ¿Por qué? Porque la oración nos devuelve a «nuestro sitio en el Evangelio». Esa es nuestra vocación: estamos llamados a reunirnos con Jesús en algún lugar del Evangelio. Allí hay un sitio donde nos hemos encontrado con Jesús, donde su mirada se ha posado sobre nosotros. Un sitio al que el sacerdote debe regresar con frecuencia en su oración. Debe volver a situarse allí a menudo, bajo la mirada de Cristo. ¿Lo que estoy diciendo es una imagen? Quizá. Pero es también una realidad espiritual. A cada uno de nosotros la vocación nos abre un hueco junto a Jesús. Allí hemos de recuperar la mirada inocente de María. «La mirada de María es la única mirada verdaderamente inocente, la única auténtica mirada de niño que se ha posado nunca sobre nuestra vergüenza y nuestra desgracia». Bernanos ha

sabido detectar lo que hay de más íntimo en la relación entre un sacerdote y la Virgen. ¿Por qué es tan especial esa cercanía de María con los sacerdotes? Porque es la madre del primero de ellos; y es más que su madre: es cooperadora suya en la obra sacerdotal de la salvación. En ella se encuentra resumida toda la dimensión interior y espiritual de la ofrenda sacerdotal de Cristo por el mundo. En la Virgen se halla como resumido y sublimado lo que llamamos el sacerdocio bautismal. De ese sacerdocio real, que consiste en ofrecer en la oración su amor en unión con Cristo, participa el sacerdote. También necesita sentirlo. En realidad, solo está ahí para servirle y suscitarlo entre los fieles. Y lo hace sobre todo en la oración.

«¡No rezas lo suficiente!», le reprocha el cura de Torcy. Indudablemente, los sacerdotes mayores y con más experiencia tienen un deber sagrado de iniciar y acompañar fraternalmente a los sacerdotes jóvenes en su ministerio sacerdotal mediante su enseñanza, su consejo y, ante todo, su ejemplo. No obstante, tanto si se tiene una larga experiencia sacerdotal como si se es un sacerdote joven, nunca se insistirá de más en el lugar central que la oración debe ocupar en nuestra vida. La oración del sacerdote, de hecho, quiere prolongar para la Iglesia la oración de Jesús en Getsemaní. Toda su vida, todas sus actividades van dirigidas a cumplir esa función sacerdotal esencial de Jesús. Ojalá comprendamos cada día mejor que la oración del sacerdote es la principal forma de apostolado y el fin primero de toda vocación sacerdotal.

Basta contemplar la vida de Jesús, quien a lo largo de los treinta años que pasó en Nazaret, envuelto en el silencio de su humilde y oscuro trabajo de carpintero, se mantuvo a la escucha de Dios Padre, rezando en lo secreto de su corazón o acompañado de José y de su Madre, la Virgen María. Antes de comenzar su ministerio público de evangelización, Jesús se retiró a la soledad y el silencio del desierto para encontrarse cara a cara con Dios Padre, para orar y hacer penitencia durante cuarenta días y cuarenta noches. Y en su vida pública solía reservar tiempo para retirarse –a solas o con sus discípulos– a algún lugar apartado, o bien «al monte a orar y pasar la noche orando a Dios» (cfr. *Lc* 6, 12).

En su última noche, antes de morir en la Cruz, acudió como otras veces al huerto de Getsemaní. Él, que es la pureza misma, el «Santo de Dios», se entrega a los tormentos del pecado para cumplir la voluntad del Padre, «que

quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (cfr. *1 Tm* 2, 4). De rodillas, postrado en tierra, cargando con el peso del pecado del mundo, nos libró de él rezando con tanta aflicción y con tanta vehemencia que «le entró un sudor que caía hasta el suelo como si fueran gotas espesas de sangre» (*Lc* 22, 44).

Georges Bernanos, *Diario de un cura rural*.

Consejos del anciano cura de Torcy a su joven colega

(...) –En cuanto a la vida interior, amigo mío, me temo que ocurre lo mismo. No rezas lo suficiente. Sufres más de lo que rezas: eso es lo que creo. Tenemos que alimentarnos en la medida de lo que gastamos, y la oración tiene que ser proporcional a lo que sufrimos.

–Es que... yo no... ¡No puedo! –exclamé.

Y al instante me arrepentí de mi confesión, porque su mirada se endureció.

–¡Si no puedes rezar, insiste! Escúchame: a mí también me ha costado. El diablo me inspiraba tal horror a la oración que rezaba el rosario sudando la gota gorda, ¿sabes? ¡Intenta entenderlo!

–¡Lo entiendo! –contesté, con tanta vehemencia que él se me quedó mirando un rato de arriba abajo, aunque sin hostilidad; más bien al contrario...

–Escúchame –me dijo–, creo que no me he equivocado contigo. Intenta responder a la pregunta que te voy a hacer. Solo te voy a contar mi humilde experiencia por si te sirve de algo. No es más que una idea mía, una manera de reconocermé a mí mismo; y, sencillamente, me ha devuelto a mi sitio más de una vez. Bueno, he reflexionado mucho sobre la vocación. Todos somos llamados, sí, pero no de la misma manera. Y, para simplificar las cosas, empiezo por intentar devolvernos a cada uno de nosotros al lugar que nos corresponde en el evangelio. Claro que eso nos rejuvenece dos mil años. ¿Y qué? Para Dios el tiempo no es nada, su

mirada lo traspasa. Me digo que, mucho antes de que nacióramos –por emplear el lenguaje humano–, el Señor se encontró con nosotros en algún sitio, en Belén, en Nazaret, en los caminos de Galilea, o donde sea... Un buen día clavó su mirada en nosotros y, dependiendo del lugar, la hora y las circunstancias, nuestra vocación adquirió un carácter concreto. ¡En fin, no pretendo hacer teología! Me limito a pensar, a imaginar, a soñar –o lo que sea– que, si nuestra alma, que no lo ha olvidado, que sigue recordándolo, pudiera arrastrar nuestro pobre cuerpo de siglo en siglo, pudiera hacerle remontar la inmensa pendiente de esos dos mil años, lo llevaría directamente al mismo sitio en el que... Pero ¿qué te pasa? ¿Qué mosca te ha picado?

No me había dado cuenta de que estaba llorando; ni me lo podía imaginar.

–¿Por qué lloras?

La verdad es que, desde siempre, el sitio al que vuelvo es el huerto de los olivos, y justo a ese momento... sí, es extraño... a ese momento en el que, posando la mano sobre el hombro de Pedro, Él le hace esta pregunta... una pregunta inútil, por cierto, casi ingenua, pero tan amable y tan tierna: «¿Duermes?». Era un movimiento muy habitual en mi alma, muy natural, y hasta ese momento no me había dado cuenta; y de pronto...

–¿Qué mosca te ha picado? –repitió con impaciencia el cura de Torcy– ¡Pero si ni siquiera me escuchas! ¡Si estás soñando! Quien quiere rezar, amigo mío, no debe soñar. Tu oración se diluye en el sueño. ¡Y no hay nada peor para el alma que esa hemorragia!

Abrí la boca. Iba a contestar, pero no pude. ¡Qué más daba! ¿No basta con que Dios me haya concedido la gracia de revelarme hoy, por boca de mi anciano maestro, que nadie me arrebatará el sitio elegido para mí desde la eternidad; que era prisionero de la Santa Agonía? ¿Quién se va a atrever a presumir de una gracia como esa? Me sequé los ojos y me soné la nariz con tanta torpeza que el señor cura sonrió (...).

–Trabaja –dijo–, haz pequeñas cosas viviendo el día a día. Esmérate. Acuérdate del alumno que se inclina sobre su hoja de caligrafía, con la

lengua asomando. Así quiere vernos Dios cuando nos abandona a nuestras propias fuerzas. Las cosas pequeñas parecen poca cosa, pero dan paz. Son como las flores del campo, ¿sabes? Nos parece que no huelen, pero todas juntas perfuman. La oración de las cosas pequeñas es inocente. En cada cosa pequeña hay un ángel. ¿Tú rezas a los ángeles?

–¡Por Dios! Por supuesto que sí.

–No rezamos lo suficiente a los ángeles. Los teólogos les tienen un poco de miedo, por esas viejas herejías de las Iglesias de Oriente. ¡Un miedo cerval! El mundo está lleno de ángeles. ¿Y a la Virgen? ¿Rezas a la Virgen?

–¡Por favor...!

–Sí, pero ¿le rezas como hay que rezarle, le rezas bien? Ella es nuestra madre, lo sabemos. Es la madre del género humano, la nueva Eva. Pero también es su hija. El viejo mundo, el mundo desolado, el mundo anterior a la Gracia la estuvo acunando mucho tiempo –siglo tras siglo– contra su corazón afligido, en una espera incierta e incomprensible de una virgo genitrix... Con sus viejas manos cargadas de crímenes, con sus torpes manos, protegió durante siglos a esa niña maravillosa de la que no sabía ni el nombre. ¡Una niña que es reina de los ángeles! Y siguió siéndolo, no lo olvides. La Edad Media lo entendió muy bien, la Edad Media lo entendía todo. Pero ¡a ver quién puede impedir que los imbéciles rehagan a su manera el «drama de la Encarnación», como ellos dicen! Ahora que se creen en el deber, en nombre del prestigio, de disfrazar de bufones a simples jueces de paz, o de coser galones en las mangas de los cobradores de tren, les daría mucha vergüenza admitir ante los que no creen que el único drama, el drama de los dramas –porque no hay otro–, se representó sin adornos y sin aderezos. ¡Piénsalo! El Verbo se hizo carne y los periodistas de la época no se enteraron. Mientras que la experiencia diaria les enseña que las verdaderas grandezas, incluso las humanas, el genio, el heroísmo, hasta el amor –su pobre amor–, cuesta mucho reconocerlas. Hasta el punto de que, de cien veces, noventa y nueve llevan las flores de su retórica al cementerio, solo se rinden a los muertos. ¡La santidad de Dios! La sencillez de Dios, ¡la aterradora sencillez de Dios que ha herido el

orgullo de los ángeles! Sí, el demonio debió de intentar mirarla a la cara y la inmensa y resplandeciente antorcha de la cima de la creación se derrumbó de golpe en plena noche. El pueblo judío era duro de cerviz; si no, habría comprendido que un Dios hecho hombre, que encarna la perfección del hombre, corría el riesgo de pasar desapercibido; que había que estar atento. Fíjate, precisamente la escena de la entrada triunfal en Jerusalén ¡qué hermosa es! El Señor se dignó experimentar la victoria igual que lo demás, igual que la muerte. No renunció a ninguna de nuestras alegrías. Solo renunció al pecado. Pero con su muerte se esmeró, no se ahorró nada. Mientras que su triunfo es un triunfo infantil, ¿no te parece? Una estampa bucólica, con el borriquillo, los ramos verdes y los campesinos aplaudiendo. Una amable parodia, algo irónica, de los fastos imperiales. Es como si el Señor sonriera –el Señor sonrío mucho–; nos está diciendo: «No os toméis estas cosas demasiado en serio, aunque hay triunfos legítimos. No está prohibido triunfar; no quiero que Juana de Arco piense que hará mal en entrar en Orleans entre flores y estandartes, con su hermoso manto dorado. Tanta importancia le dais al triunfo, ¡pobrecitos!, que yo lo he santificado, lo he bendecido, igual que he bendecido el vino de vuestras viñas». Y date cuenta: lo mismo ocurre con los milagros. No hizo más de los necesarios. Los milagros son las ilustraciones del libro, espléndidas ilustraciones. Pero fíjate, hijo mío: para la Virgen no hubo ni triunfos ni milagros. Su hijo no permitió que la gloria humana la rozara ni con el extremo más delicado de su ala cruel. Nadie ha vivido, ha sufrido, ha muerto con tanta sencillez y con una ignorancia tan profunda de su propia dignidad, una dignidad que, sin embargo, la sitúa por encima de los ángeles. Después de todo, ¡nació sin pecado! ¡Qué soledad tan asombrosa! Un manantial tan puro, tan límpido, tan límpido y tan puro, que ni siquiera pudo ver reflejada en él su propia imagen, creada únicamente para deleite del Padre. ¡Qué soledad tan sagrada! A los antiguos demonios familiares del hombre, sean señores o criados, a los temibles patriarcas que guiaron los primeros pasos de Adán hasta el umbral del mundo maldito, a la Astucia y al Orgullo, los ves mirar de lejos a esa criatura milagrosa situada fuera de su alcance, invulnerable e inerme. Es verdad que nuestra especie no vale mucho, pero la infancia conmueve siempre sus entrañas, la ignorancia de los niños le hace bajar los ojos: esos ojos suyos que conocen el bien y el mal, ¡esos ojos suyos

que han visto tantas cosas! Al fin y al cabo, no es más que ignorancia. La Virgen era la Inocencia. ¿Te das cuenta de lo que nosotros, la raza humana, somos para ella? ¡Por supuesto que ella aborrece el pecado, pero no ha tenido ninguna experiencia de él!; esa experiencia que no les ha faltado a los grandes santos, hasta al santo de Asís, por seráfico que fuera. La mirada de María es la única mirada verdaderamente inocente, la única auténtica mirada de niño que se ha posado nunca sobre nuestra vergüenza y nuestra desgracia. Sí, hijo mío, para rezar bien a la Virgen hay que sentir sobre uno esa mirada que no es exactamente la de la indulgencia –porque la indulgencia siempre va acompañada de alguna experiencia amarga–, sino la de una tierna compasión, la de un asombro afligido, la de no se sabe bien qué sentimiento inaudito, inefable, que la hace más joven que el pecado, más joven que la raza de la que procede; y, aun así, Madre por la gracia, Madre de las gracias, la benjamina del género humano [1].

Reflexión

El sacerdocio es una gracia inconmensurable que recibimos de Dios. No se trata de algo que emana de la comunidad de fieles, como muchos parecen creer. Pienso en particular en la crisis de la doctrina sobre el sacerdocio que siguió a la reforma protestante. Entonces se quiso que el sacerdote quedara reducido a un mero representante de la comunidad. Se quiso eliminar la diferencia esencial entre el sacerdocio ordenado y el sacerdocio común de los fieles. Pienso también en la crisis espiritual y existencial que se produjo en la segunda mitad del siglo XX, que cronológicamente llegó a su clímax después del Concilio Vaticano II –aunque sin tener su causa en él– y que aún seguimos sufriendo hoy. Para estar en condiciones de afrontar esta situación de crisis, es preciso recordar los fundamentos teológicos y dogmáticos del sacerdocio católico, de los que se derivan consecuencias inmediatas e implicaciones espirituales y pastorales. No saldremos de la crisis del sacerdocio y, en general, de la crisis de fe que inunda nuestra época si no se recuerdan ni se sitúan en el centro de la vida y de la acción de la Iglesia los fundamentos y las bases dogmáticas y espirituales de la fe y el sacerdocio católicos.

Desde esta perspectiva, un primer paso esencial consiste en reconocer que, después de la Encarnación y de la Redención, la relación entre Dios y el hombre ya no es solo la que se da entre las criaturas y el Creador: es también la que se da entre unos hijos adoptivos y Dios Padre, lo que nos traslada del orden natural de la creación al orden sobrenatural. Consecuencia directa de esta extraordinaria elevación es la elevación del sacerdocio católico, que solo se puede entender en clara referencia al orden sobrenatural de la gracia. Ahora el sacerdocio es una participación en el sacerdocio eterno de Cristo. Es Él, el único y verdadero sacerdote perfecto, quien ofrece el culto perfecto al Padre a través del único sacrificio expiatorio ofrecido en el Altar de la Cruz. Quienes reciben el orden sacerdotal solo son sacerdotes por participación en el sacerdocio de Cristo, Cabeza y Esposo de la Iglesia. Siguen siendo enviados a quienes Jesucristo ha transmitido y confiado su propia misión. De hecho, Jesús ha establecido una igualdad asombrosa entre ellos y Él: «En verdad, en verdad os digo: el que recibe a quien yo envíe me recibe a mí; y el que me recibe a mí recibe al que me ha enviado» (Jn 13, 20). No obstante, ese parecido con Cristo no es obra del propio sacerdote ni se debe a sus propios méritos. Los sacerdotes tienen el poder sagrado (*sacra potestas*) de comunicar la gracia que nace solamente de Jesús y es transmitida por Él: el poder de perdonar los pecados que únicamente Él puede perdonar, de ofrecer a Dios el culto que únicamente Él puede ofrecer. Si es cierto que cualquier cristiano, con ayuda de la gracia, lleva a cabo cuanto es capaz de hacer y le compete en virtud del bautismo y de la confirmación, al sacerdote, y solo al sacerdote, en virtud del orden sacerdotal, se le capacita para hacer algo que es incapaz de hacer por sí solo.

El sacerdocio, por lo tanto, es una gracia y un poder sagrado recibido de Cristo. Solo Jesucristo puede hacer en el sacerdote lo que el sacerdote hace cada día en la Iglesia. El sacerdote que consagra y ofrece el sacrificio no es un mero representante o un mero portavoz de quienes asisten y participan de algún modo en la celebración del Misterio. Así ocurre también en algunos actos, «incluso en actos litúrgicos, porque la liturgia comporta toda una parte de culto que sube de los hombres hacia Dios; pero en las acciones propiamente sacramentales de la liturgia, y particularmente en la consagración de los dones eucarísticos, lo que el sacerdote celebra es en primer lugar el culto del Señor, él es en primer lugar y principalmente el

ministro y el representante sacramental de Jesucristo; celebra, dice la teología, *in persona Christi*» [2].

Así pues, cuando celebramos el santo sacrificio de la misa, la oración cristiana por excelencia, consagramos el pan y el vino *in persona Christi* después de haberle entregado nuestro cuerpo, nuestra voz y nuestro corazón, tantas veces manchado por nuestros muchos pecados, que le pedimos a Él que purifique. La víspera de cada una de nuestras celebraciones eucarísticas, filialmente enroscados en los brazos de la Virgen María, es ella quien nos prepara y nos lleva a entregarnos en cuerpo y alma a Jesucristo para que se produzca el milagro de la Eucaristía. La Cruz, la Hostia y la Virgen María configuran, estructuran, alimentan y fortalecen nuestra vida cristiana y sacerdotal. Se comprende que todo cristiano, y más aún el sacerdote, deba construir su vida interior sobre esos tres pilares: *Cruz, Hostia y Virgo*. La Cruz, la Eucaristía y la Virgen.

La Cruz se ha convertido en fuente de bienes infinitos: nos ha liberado del error, ha disipado nuestras tinieblas, nos ha reconciliado con Dios. Esta Cruz es la destrucción de la enemistad, la guardiana de la paz, tesoro de bienes infinitos, dice san Juan Crisóstomo. Y Benedicto XVI se hace eco de él cuando afirma que «la Cruz no es el signo de la victoria de la muerte, del pecado y del mal, sino el signo luminoso del amor, más aún, de la inmensidad del amor de Dios, de aquello que jamás habríamos podido pedir, imaginar o esperar: Dios se ha inclinado sobre nosotros, se ha abajado hasta llegar al rincón más oscuro de nuestra vida para tendernos la mano y alzarnos hacia él, para llevarnos hasta él. La Cruz nos habla de la fe en el poder de este amor, nos invita a creer que en cada situación de nuestra vida, de la historia, del mundo, Dios es capaz de vencer la muerte, el pecado, el mal, y darnos una vida nueva, resucitada. En la muerte en cruz del Hijo de Dios está el germen de una nueva esperanza de vida, como el grano que muere dentro de la tierra» [3].

La Cruz nos hace nacer a la vida divina. Contemplándola aprendemos a orar y a perdonar. Porque desde lo alto de la Cruz escuchamos orar a Jesús y ofrecerse enteramente a Dios Padre: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen»; «“Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu”. Y, dicho esto, expiró» (Lc 23, 34.46).

La Eucaristía es la vida de nuestra vida. «Sin la Eucaristía no podemos vivir». El centro de la Iglesia y el centro de la vida de todo cristiano es la Eucaristía. Para celebrar dignamente la Eucaristía hemos de caer de rodillas, postrarnos, adorar y dejarnos purificar, transformar, transfigurar por el misterio del abajamiento de Dios que viene hasta nosotros humillándose y poniéndose a nuestro nivel para alzarnos a su altura y a su santidad. Cuando comemos su carne y bebemos su sangre, Jesús nos convierte en Él mismo. Permanece en nosotros y nosotros en Él. Nos diviniza y nos hace vivir de su vida.

En cuanto a la Virgen, ella vela solícita por nuestro crecimiento espiritual, nos educa para que crezcamos en la fe y el amor, y hace más fácil nuestra unión con Dios. María nos conduce a Jesús con más suavidad y nos enseña a servirle humildemente y con todo el corazón. María es nuestro refugio seguro. Interviene con más rapidez y con más ternura que ninguna madre de esta tierra para ayudarnos en las pruebas y prestarnos el auxilio necesario.

Por eso afirma Grignion de Montfort en su *Tratado de la verdadera devoción*: «Ciertamente que se puede llegar a Jesucristo por otros caminos. Pero en ellos se encuentran cruces más numerosas, muertes extrañas y muchas más dificultades apenas superables; será necesario pasar por noches oscuras, extraños combates y agonías, escarpadas montañas, punzantes espinas y espantosos desiertos. Pero por el camino de María se avanza más suave y tranquilamente. Claro que también aquí encontramos rudos combates y grandes dificultades a superar. Pero esta bondadosa Madre y Señora se hace tan cercana y presente a sus fieles servidores para iluminarlos en sus tinieblas, esclarecerlos en sus dudas, fortalecerlos en sus temores, sostenerlos en sus combates y dificultades que –en verdad– este camino virginal para encontrar a Jesucristo resulta de rosas y mieles comparado con los demás» [4].

Tiene razón Georges Bernanos cuando escribe que «la mirada de María es la única mirada verdaderamente inocente, la única auténtica mirada de niño que se ha posado nunca sobre nuestra vergüenza y nuestra desgracia. Sí, hijo mío, para rezar bien a la Virgen hay que sentir sobre uno esa mirada que no es exactamente la de la indulgencia –porque la indulgencia siempre va acompañada de alguna experiencia amarga–, sino la de una tierna

compasión, la de un asombro afligido, la de no se sabe bien qué sentimiento inaudito, inefable, que la hace más joven que el pecado, más joven que la raza de la que procede; y, aun así, Madre por la gracia, Madre de las gracias, la benjamina del género humano».

Los textos de Georges Bernanos y de Grignion de Montfort expresan de un modo espléndido y con absoluta certeza la importancia de acudir a la Santísima Virgen, nuestra Madre buena, en la angustia y en la dificultad, así como su misión maternal y luminosa en la Iglesia. Igual que los apóstoles en el Cenáculo, situémonos bajo su manto virginal, bajo el pararrayos de su intercesión diaria. Que María nos obtenga las gracias que más necesitamos para nuestra santificación y para esplendor de la Iglesia. Que nos obtenga sobre todo el amor, su inmenso amor, el amor que le ha valido la gracia de acoger en su seno al Hijo de Dios, de modo que seamos capaces de cumplir la misión de llevar a Jesucristo a las almas. Que nos enseñe a ser puros y castos, como lo fue ella. Que nos haga fieles a nuestra vocación sacerdotal, que nos haga gustar toda la belleza, la alegría y la fuerza de un ministerio y de una misión vividos sin reservas, en la entrega y en la inmólación diaria al servicio de Dios y de las almas. Que María nos ayude a pronunciar en todo momento y a ejemplo suyo esa gran palabra que es el *Fiat*, el sí a la voluntad de Dios, incluso si esa voluntad es exigente e inflexible, incluso si es incomprensible y dolorosa. Sabemos que la Virgen está al pie de nuestra Cruz y nos sostiene amorosamente con su oración.

Al referirse a la mirada que María dirige al sacerdote, Bernanos emplea la palabra «compasión». Una palabra que creo que hay que entender en todo su sentido. María no solo no permanece indiferente a las alegrías y a las penas del hombre hecho sacerdote, sino que, de un modo más hondo, padece con él, lo acompaña en la pasión, igual que acompañó a Cristo en el Calvario. Ahí es donde se muestra plenamente su maternidad. Juan, el apóstol sacerdote, recibe a María por madre al pie de la cruz. Ella nos anima en cada instante a vivir plenamente nuestro sacerdocio. Nos levanta cuando caemos y nunca deja de decirnos: «Sube más arriba, atrévete a llegar al Gólgota. Allí es donde se salvan las almas. Allí es donde mi Hijo, Jesús, el sacerdote eterno, redime al mundo».

En un matrimonio suele ser la mujer la que está atenta a los detalles, a las cosas más insignificantes y escondidas. Las mujeres poseen el talento de la

sencillez. Ven con nitidez las cosas sutiles, ocultas y secretas. Los hombres suelen creer que solo es importante lo que salta a la vista. La Virgen hace que el sacerdote no descuide ningún detalle de su vida. Le enseña que no debe haber nada que escape a su delicadeza sacerdotal. Es sacerdote en todo momento y en cada detalle. Creo que la oración a María, la oración con María en el rezo diario del rosario, aporta a la vida del sacerdote célibe una presencia maternal necesaria. No se trata de una compensación afectiva o psicológica. Pero sabemos que la virilidad necesita pulirse en contacto con la sensibilidad femenina. Ese contacto espiritual con María equilibra el alma del sacerdote, la hace más honda y la pule. María es madre y educadora de las almas sacerdotales. Vela a diario por el gozo interior de sus sacerdotes.

X

Sacerdote y hostia

Partiendo de una reflexión
de san John Henry Newman

Introducción

«Deseo vivamente separarme de todo lo de este mundo; lavarme de todo pecado; rechazar hasta lo inocente si, usándolo por lo que vale, no lo refiero a Vos. Renuncio a la reputación, a los honores, influencias y poderío; porque mi alabanza y mi fuerza estarán en Vos» [\[1\]](#).

Esta oración de san John Henry Newman revela su corazón de sacerdote. Reputación, honores, influencias y poderío son otras tantas trampas para el alma sacerdotal. Son fuegos engañosos que, como los de los naufragos de la Antigüedad, arrastran a la nave hasta los arrecifes y provocan su naufragio. ¿Cómo puede un sacerdote apartarse definitivamente de estas tentaciones? Su vocación lo sitúa ante el pueblo de Dios. A menudo tiene que hablar. A veces le toca resolver situaciones inextricables. ¿Cómo puede no ganar reputación ni influencia? ¿Cómo puede no atribuirse poder, so capa de sus buenas intenciones? Newman nos responde con absoluta claridad: basta con poner en práctica lo que profesamos. Y lo que ante todo y prioritariamente profesamos es la misa. En el altar, Cristo se sirve de nuestras palabras para hacer presente y actualizar su único sacrificio. La Cruz es el sacrificio que nos reconcilia con Dios, porque en él la hostia y el sacerdote son un solo cuerpo. Quien ofrece es quien es ofrecido. Cuando un sacerdote ofrece el sacrificio de la misa, lo hace en primera persona: «Esto es Mi cuerpo». Se

identifica sacramentalmente con Cristo que ofrece, con Cristo que se ofrece. En el altar, pues, el sacerdote tiene que ofrecerse él también en la Cruz.

Es ahí, en la Cruz, ante el altar, donde el sacerdote es verdaderamente él mismo. Es ahí donde extiende sus brazos para dejarse clavar en el madero. Es ahí donde serán traspasadas sus manos para no retener nada en ellas, para verse liberadas de la tentación de la codicia. Nuestras manos de sacerdotes no deben tomar, sino ofrecer. El bien que hacemos no nos pertenece. Las almas a las que ayudamos no son nuestras. Pasan por nosotros para ir a Dios, como pasa Dios por nosotros para ir a las almas. Solo somos instrumentos. En la misa, ante el altar, volvemos a hacernos conscientes de ello. Experimentamos nuestra nada ante la grandeza de Dios. Nos perdemos en Él, en su sacrificio, como la gota de agua en la preciosa sangre del cáliz.

Si no subimos cada día a la Cruz, nos arriesgamos a hacer del altar el trono vano y engañoso de nuestro ego, de nuestra gloria. Durante la liturgia, cuando un sacerdote se pone a parlotear, a comentar y a añadir constantemente palabras humanas a las de la Iglesia, lo que demuestra es que no quiere desaparecer detrás del Verbo. Quiere que lo miren a él, a esa insignificante persona humana, que lo escuchen a él, que se fijen en él. Ante el altar, el sacerdote tiene que querer desaparecer, hacerse olvidar, ocultarse en las palabras de la Iglesia y de Cristo. Ante la majestad divina debería temblar de temor y de asombro; debería ocultarse dentro del manto de la Iglesia.

Ahí, olvidado de todos, transparentará a Cristo. Entonces ocupará el lugar que le corresponde. Acuérdate, sacerdote, de que solo serás tú mismo cuando realmente seas hostia.

Queridos hermanos en el sacerdocio, desaparecemos a ojos del mundo si durante nuestra celebración eucarística es Jesús quien ocupa el primer lugar, si nos sumergimos en la oración y si nuestra vida «está escondida con Cristo en Dios» (cfr. *Col 3, 3*). La misa es la oración por excelencia, la cima de nuestro encuentro con el Señor. Por eso, no nos arriesguemos a que se convierta para nosotros en un mero y frío rito, mil veces repetido. ¡No! Queridos amigos sacerdotes, durante la misa hemos de orar, es decir, hemos de comunicarnos con Dios, conversar íntimamente con Él, y no solo con las

personas que tenemos delante. Tenemos que poder verle a Él con nuestros propios ojos, tocarle, contemplar Su Presencia. Que cada uno de nosotros se pregunte: ¿rezo mientras celebro misa? ¿Me dirijo a Dios? ¿Hablo de verdad con Él? ¿Le miro cara a cara? ¿Me dejo mirar por Él?

John Henry Newman,
Meditaciones sobre la doctrina cristiana

El santo sacrificio de la misa

Os adoro, Señor Dios mío, con la más profunda reverencia por vuestra Pasión y Muerte en la Cruz, sufridas en expiación por nuestros pecados. Vuestra alma, que no podía pecar, se vio asaltada por padecimientos indecibles. Vuestro cuerpo inocente fue víctima de tormentos ignominiosos, de pena y vergüenza unidas. Despojado de vuestras vestiduras, fuisteis flagelado sin piedad, estremeciéndose vuestro sagrado Cuerpo bajo los duros azotes, como el árbol doblado por el huracán. Así destrozado, fuisteis clavado desnudo en la Cruz, expuesto a la vista del pueblo, temblando y agonizando. ¿Qué significa todo esto, oh Dios omnipotente? ¿Qué profundidades oculta que no podemos imaginar? Dios mío, sé ciertamente que hubierais podido salvarnos con una sola palabra vuestra, sin someteros a tales padecimientos; no obstante, quisisteis comprarnos con el precio de vuestra Sangre. Os contemplo, ¡oh Víctima inmolada en el Calvario!, y reconozco y confieso que con vuestra muerte expiasteis los pecados del mundo entero. Creo y sé que solo Vos podíais sumar los suficientes méritos; porque fue vuestra Naturaleza divina la que dio valor a vuestros sufrimientos. Antes, pues, que dejarnos padecer como merecíamos, quisisteis ser clavado en el árbol de la cruz y allí morir.

Semejante sacrificio no debía ser olvidado. No era –no podía ser– uno de tantos acontecimientos en la historia del mundo, el cual, una vez consumado, había de desaparecer, quedando solamente consignados sus efectos oscuros y dudosos. Si aquella gran hazaña fue tal como creemos –tal como sabemos que acaeció–, debe ser considerada como presente,

aunque pasada; debe ser de actualidad en todo tiempo y lugar. Así nos lo demuestra nuestra reflexión; por consiguiente, cuando se nos dice que Vos, Señor, aun cuando hayáis ascendido a la gloria, habéis renovado y perpetuado vuestro sacrificio hasta el fin de los siglos, esta noticia no solo nos conmueve y llena de gozo, porque nos atestigua cuánta es la ternura de nuestro Señor y Salvador, mas también lleva un pleno asentimiento y conformidad de nuestra razón. Aunque jamás nos hubiéramos atrevido a anticipar la declaración de tan maravillosa doctrina, no obstante, al hablársenos de ella, la acatamos por ser tan adecuada a vuestras perfecciones y, al propio tiempo, por ser para nosotros infinitamente consoladora. Sí, divino Señor, aunque hayáis salido de este mundo, y aunque ya no podáis padecer y morir, sois cada día la víctima ofrecida en el santo sacrificio de la misa, y os sujetáis a la estrechez y rebajamiento, a fin de podernos colmar de vuestras misericordias. Os humilláis diariamente; porque, siendo infinito, no podíais terminar vuestras humillaciones mientras existiesen aquellos por quienes os sujetasteis a ellas. Y de este modo fuisteis Sacerdote sempiterno.

Señor, yo me ofrezco a mi vez en sacrificio de acción de gracias. Habéis muerto por mí, y ahora yo me ofrezco a Vos. Ya no me pertenezco. Me habéis comprado; con mi voluntad y con mis actos quiero ratificar la venta. Deseo vivamente separarme de todo lo de este mundo; lavarme de todo pecado; rechazar hasta lo inocente, si, usándolo por lo que vale, no lo refiero a Vos. Renuncio a la reputación, a los honores, influencia y poderío; porque mi alabanza y mi fuerza estarán en Vos. Haced, ¡oh Señor!, que pueda realizar mis propósitos.

Libro de oraciones: oración de confianza en Dios

Dios me ha creado para hacerle un servicio determinado; me ha asignado una tarea para realizar que no ha confiado a otro. Yo tengo mi misión –tal vez no la conozca en esta vida, pero me será contada en la próxima–. (...) Soy un eslabón en la cadena, un enlace de conexión entre personas. Él no me ha creado en vano. Haré el bien, seré Su obra; seré un ángel de paz, un predicador de la verdad en mi propio lugar, si solo guardo sus mandamientos y le sirvo en mi llamada.

Oh mi Dios, me pongo sin reservas en tus manos. (...) ¿Qué tengo en el cielo, y aparte de ti qué quiero en la tierra? Mi carne y mi corazón desfallecen, pero Dios es el Dios de mi corazón, y mi herencia para siempre [2].

Reflexión

Antes de cualquier actividad, desde primera hora de la mañana, debemos volvernos hacia el Señor, Creador nuestro, y elevar nuestra súplica en Presencia del Altísimo. Antes de cualquier compromiso apostólico, cada mañana y a lo largo del día, yo, pobre sacerdote, tengo que entrar y desaparecer en el Misterio de la Sagrada Eucaristía celebrada con fervor y largamente contemplada y adorada. Esta pequeña hostia que lleva en sí al mundo entero, al universo entero y toda la historia de la humanidad, tiene que convertirse en el centro de nuestra existencia, en vida de nuestra vida. Tenemos que ofrecernos a Dios en sacrificio y transformarnos en esa hostia, dejarnos como transustanciar y convertirnos en el mismo Cristo. Eso es lo que dice san Pedro Crisólogo en su sermón sobre el sacrificio espiritual: «Pero escuchemos ya lo que nos dice el Apóstol: “Os exhorto –dice– a presentar vuestros cuerpos”. Al rogar así el Apóstol eleva a todos los hombres a la dignidad del sacerdocio: a presentar vuestros cuerpos como hostia viva. ¡Oh inaudita riqueza del sacerdocio cristiano: el hombre es, a la vez, sacerdote y víctima! El cristiano ya no tiene que buscar fuera de sí la ofrenda que debe inmolar a Dios: lleva consigo y en sí mismo lo que va a sacrificar a Dios. Tanto la víctima como el sacerdote permanecen intactos: la víctima sacrificada sigue viviendo, y el sacerdote que presenta el sacrificio no podría matar esta víctima. Misterioso sacrificio en que el cuerpo es ofrecido sin inmolar el cuerpo, y la sangre se ofrece sin derramamiento de sangre. “Os exhorto, por la misericordia de Dios –dice–, a presentar vuestros cuerpos como hostia viva”. Este sacrificio, hermanos, es como una imagen del de Cristo que, permaneciendo vivo, inmoló su cuerpo por la vida del mundo: él hizo efectivamente de su cuerpo una hostia viva, porque, a pesar de haber sido muerto, continúa viviendo. (...) Es lo mismo que ya había dicho el profeta: “Tú no quieres sacrificios ni ofrendas,

pero me has preparado un cuerpo”. Hombre, procura, pues, ser tú mismo el sacrificio y el sacerdote de Dios. No desprecies lo que el poder de Dios te ha dado y concedido. Revístete con la túnica de la santidad, que la castidad sea tu ceñidor, que Cristo sea el casco de tu cabeza, que la cruz defienda tu frente, que en tu pecho more el conocimiento de los misterios de Dios, que tu oración arda continuamente, como perfume de incienso: toma en tus manos la espada del Espíritu: haz de tu corazón un altar, y así, afianzado en Dios, presenta tu cuerpo al Señor como sacrificio. Dios te pide la fe, no desea tu muerte; tiene sed de tu entrega, no de tu sangre; se aplaca, no con tu muerte, sino con tu buena voluntad» [3].

Tenemos que pasar toda nuestra vida de sacerdotes descubriendo ese inmenso tesoro del sacrificio eucarístico que nos ha dado Jesús para que nosotros mismos nos convirtamos en Eucaristía y, de este modo, nos escondamos en Él. Solo entonces podremos darnos también nosotros como Cristo, cumpliendo plenamente la voluntad del Padre. Procuremos imitar a santo Tomás de Aquino, un hombre de oración y de contemplación que conservó siempre un vivo sentido de la primacía del Absoluto de Dios sobre todas las cosas, sin renunciar por ello a un inmenso esfuerzo intelectual para enseñar los misterios divinos: «Siempre que iba a empezar una discusión, a enseñar, escribir o dictar –dice uno de sus biógrafos–, se retiraba en el silencio y en lo oculto de la oración, y oraba con lágrimas para obtener la sabiduría de los misterios divinos» [4]. En la Última Cena, en el momento de la institución del sacerdocio y de la Eucaristía, san Juan Evangelista, un gran místico contemplativo, apoyo su cabeza en el pecho de Jesús (*Jn* 13, 23-25). También lo que san Juan transmitió a los demás fue exclusivamente lo que había oído, lo que había visto con sus propios ojos, lo que del Verbo de Vida había contemplado y tocado (*1 Jn* 1, 1-4).

En la Sagrada Eucaristía, ese sacramento que se podría llamar el sacramento de la generosidad divina, Dios nos concede su gracia. El mismo Dios se entrega a nosotros en Jesucristo, siempre realmente presente en él. Y no solo durante la misa: también en el sagrario, con su Cuerpo, su Sangre, su Alma y su Divinidad. En virtud del orden presbiterial, tenemos por vocación el deber de perpetuar a diario, a solas o en presencia del pueblo de Dios, el sacrificio eucarístico, el sacrificio del don que Jesús hace de sí mismo al Padre. Y, después de adorarla y contemplarla, hemos de entregar esa Presencia de amor a los fieles para que se alimenten de ella.

Mediante la imposición de manos hemos recibido en nuestras almas un carácter indeleble que nos configura con Cristo-sacerdote, Cabeza del Cuerpo místico. Por eso debemos esforzarnos –mejor aún, debemos dejarnos moldear cada día– para, por medio del Espíritu Santo, parecernos perfectamente a Cristo: «Él es la fuente pura e incorrupta, de manera que el que bebe y recibe de él sus impulsos y afectos internos ofrece una semejanza con su principio y origen, como la que tiene el agua nítida del ánfora con la fuente de la que procede. En efecto, es la misma y única nitidez la que hay en Cristo y en nuestras almas. Pero con la diferencia de que Cristo es la fuente de donde nace esta nitidez, y nosotros la tenemos derivada de esta fuente» [5]. ¡Qué misterio tan admirable y, al mismo tiempo, qué temible y aterrador! El Misterio de nuestro sacerdocio tiene que llenarnos de asombro, de temblor y, a la vez, de un inmenso gozo.

Por el sacramento del orden, al pronunciar las palabras de la consagración, que son las palabras del propio Cristo, consagramos el pan y el vino para que se conviertan en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Así ofrecemos a Dios el Santo Sacrificio. Podemos perdonar los pecados en la confesión sacramental y ejercemos el noble ministerio de enseñar la doctrina al pueblo. Como veis, queridos hermanos, en el sacerdocio nada de lo que somos, nada de lo que hacemos, nada de lo que decimos o enseñamos nos pertenece a nosotros. Todo, absolutamente todo, es don y manifestación del Amor de Dios a los hombres a través de nuestra pobre y humilde persona y sin mérito alguno de nuestra parte. Somos sacerdotes para revelar al Dios de Amor que se ha manifestado en la Cruz; y para –con la oración– suscitar mediante la fe la conversión de los corazones, el verdadero amor y el regreso del hombre pecador a Dios.

Como sacerdotes, pastores y guías del pueblo de Dios, debemos vivir con la preocupación constante de ser siempre fieles a la doctrina de Cristo. Como afirma Tertuliano, tenemos que enseñar solamente lo que enseñaron los apóstoles de Cristo, que «fueron por el mundo para proclamar a las naciones la misma doctrina y la misma fe. De modo semejante, continuaron fundando Iglesias en cada población, de manera que las demás Iglesias fundadas posteriormente, para ser verdaderas Iglesias, tomaron y siguen tomando de aquellas primeras Iglesias el retoño de su fe y la semilla de su doctrina. Por esto también aquellas Iglesias son consideradas apostólicas, en cuanto que son descendientes de las Iglesias apostólicas» [6].

Así pues, luchemos constantemente por adquirir la delicadeza de conciencia, un respeto fiel y reverente al dogma y la moral que constituyen el depósito de la fe y el patrimonio común de la Iglesia de Cristo. Esos son precisamente los consejos y la exhortación que san Pablo nos dirige a cada uno de nosotros cuando escribe a Timoteo: «Sé un modelo para los fieles en la palabra, la conducta, el amor, la fe, la pureza. Hasta que yo llegue, centra tu atención en la lectura, la exhortación, la enseñanza. No descuides el don que hay en ti, que te fue dado por intervención profética con la imposición de manos del presbiterio. Medita estas cosas y permanece en ellas. (...) Cuida de ti mismo y de la enseñanza. Sé constante en estas cosas» (1 Tm 4, 12-16).

Si nos da miedo proclamar la verdad del Evangelio, si nos sentimos intimidados y tememos las críticas y los ataques del mundo laicista, si nos da vergüenza denunciar los graves extravíos en materia de doctrina y moral y si nos acomodamos a este mundo, entonces caerán sobre nosotros, como un severo reproche divino, las proféticas palabras de Ezequiel: «¡Ay de los pastores de Israel que se apacientan a sí mismos! ¿No deben los pastores apacentar las ovejas? Os coméis las partes mejores, os vestís con su lana; matáis las más gordas, pero no apacentáis el rebaño. No habéis robustecido a las débiles, ni curado a la enferma, ni vendado a la herida; no habéis recogido a la descarriada, ni buscado a la que se había perdido, sino que con fuerza y violencia las habéis dominado» (Ez 34, 2-4). Son graves reproches, pero más grave aún es la ofensa que haríamos a Dios si, habiendo recibido libremente el encargo de velar por el bien espiritual de todos, maltratáramos a las almas con opiniones personales confusas, ambiguas y relativistas, y las privásemos de la doctrina revelada por Dios y transmitida por la Iglesia.

Quien no lucha por predicar el Evangelio, por convertir, alimentar y guiar al pueblo de Dios por el camino de la verdad y de la vida que es el mismo Jesús; quien se calla por miedo, por vergüenza o por respetos humanos ante los mortales extravíos de este mundo, se expone a alguna de las esclavitudes que saben cómo encadenar nuestros pobres corazones: la esclavitud de una visión de las cosas exclusivamente humana y horizontal; la esclavitud del ardiente anhelo de poder, de reputación o de prestigio temporal, la esclavitud de la vanidad, la esclavitud del dinero y la servidumbre de la sensualidad y de una sexualidad desviada. Como nos

recomienda John Henry Newman, hemos de renunciar a «la reputación, a los honores, las influencias y el poderío». Y solo existe un camino capaz de liberarnos de esas esclavitudes y de conducirnos a asumir plenamente nuestro ministerio de pastores: el camino del Amor. El Amor es la clave para comprender a Cristo, para parecerse a Él, vivir en comunión con sus sufrimientos y configurarse con Él en la muerte. Quien ejerce el ministerio pastoral dentro de la Iglesia solo puede extraer sus energías del mayor Amor a Cristo. Apacentar al rebaño es un acto de Amor y la misa, su principal expresión.

XI

El sacerdote: hombre consagrado, hombre de lo sagrado

Partiendo de una reflexión
de Benedicto XVI

Introducción

«Nuestro ser de sacerdotes no es más que un nuevo y radical modo de unión con Cristo. Esta se nos ha dado sustancialmente para siempre en el Sacramento. Pero este nuevo sello del ser puede convertirse para nosotros en un juicio de condena, si nuestra vida no se desarrolla entrando en la verdad del Sacramento». La mañana del jueves santo de 2009, en la misa crismal, la voz frágil y ligeramente temblorosa de Benedicto XVI resonó, no obstante, con una energía sin igual en la basílica de San Pedro. En unas cuantas palabras, el papa acababa de resumir la entraña del misterio del que vivían todos los hombres reunidos en torno al altar del sacrificio eucarístico: algunos de ellos aún no habían cumplido los treinta años, otros se acercaban ya a su muerte. Fue un momento de gracia. Benedicto XVI abrió su corazón. Más allá del inmenso pudor de un hombre tan delicado se vislumbró el misterio de su alma.

¿Qué nos estaba diciendo? El sacerdote está radicalmente consagrado, enteramente inmerso en la intimidad de Dios. ¿Estamos realmente consagrados a Dios? Por lo general, esa palabra se reserva a religiosos y religiosas. Y, sin embargo, Benedicto XVI lo explicaba con toda claridad: el sacerdote es sustraído del ámbito profano, del ámbito común, para ser

entregado a Dios, para ser ofrecido en sacrificio a Dios. Por eso estar consagrado significa estar fuera del mundo, salir del contexto de la vida del mundo para ser entregado completamente a Dios. Es ser apartado de los demás para representarlos ante Él: no en razón de sus méritos o de unas cualidades excepcionales, sino por vocación, por una llamada personal de Dios. Todo sacerdote escuchó en su día resonar esa llamada en lo más íntimo de su alma. Y la voz de Dios nos invitaba a renunciar al mundo y a renunciar a nosotros mismos para, a partir de ese momento, dejar de pertenecernos y ser totalmente suyos. Dios nos ha dirigido con absoluta claridad estas preguntas: ¿quieres pertenecerme a mí por entero?, ¿quieres ser mi sacerdote?, ¿quieres ser ofrecido como yo he sido ofrecido? Conviene que todos los sacerdotes rememoren esos instantes en los que nuestra mirada se cruzó con la que Cristo posó en nosotros. ¿Y tú quieres ser solo mío? Respondimos que sí, y nuestro sí es como un eco del sí de Jesús al Padre. «Conságralos en la verdad», dijo Jesús. Cristo pide a sus discípulos y a cada uno de nosotros la verdadera santificación que transforme nuestro ser, que nos transforme en lo más hondo de nosotros mismos; nos pide que eso no se quede en algo meramente ritual, sino que sea una auténtica apropiación de la totalidad de nuestra persona por parte de Dios mismo. Él quiere que esa transformación se lleve a cabo en nosotros en el día a día, que se haga vida de un modo concreto y que su Presencia sea visible y resplandezca en nosotros. Que cuando nos vean, vean a Cristo; que cuando nos escuchen, escuchen a Cristo; y que cuando nos toquen, perciban esa fuerza sagrada, ese efluvio físico que emanaba de Jesús y obraba curaciones (cfr. *Mc* 5, 30).

Lo que es sagrado en nosotros no es nuestra pobre persona humana: es nuestra identificación con Cristo, es ese «sí» pronunciado en Él. Estamos consagrados, es decir, ofrecidos a Dios. Me gusta meditar las cartas de Juan Pablo II a los sacerdotes y, en particular, la carta *Dominicae Cena* del jueves santo de 1980:

«El “Sacrum” de la Misa no es por tanto una “sacralización”, es decir, una añadidura del hombre a la acción de Cristo en el cenáculo, ya que la Cena del Jueves Santo fue un rito sagrado, liturgia primaria y constitutiva, con la que Cristo, comprometiéndose a dar la vida por nosotros, celebró sacramentalmente, Él mismo, el misterio de su Pasión y Resurrección, corazón de toda Misa. Derivando de esta liturgia, nuestras Misas revisten de

por sí una forma litúrgica completa, que, no obstante esté diversificada según las familias rituales, permanece sustancialmente idéntica. El “Sacrum” de la Misa es una sacralidad instituida por Cristo. Las palabras y la acción de todo sacerdote, a las que corresponde la participación consciente y activa de toda la asamblea eucarística, hacen eco a las del Jueves Santo.

»El sacerdote ofrece el Santo Sacrificio “in persona Christi”, lo cual quiere decir más que “en nombre”, o también “en vez” de Cristo. “In persona”: es decir, en la identificación específica, sacramental con el “Sumo y Eterno Sacerdote” [1], que es el Autor y el Sujeto principal de este su propio Sacrificio, en el que, en verdad, no puede ser sustituido por nadie. Solamente Él, solamente Cristo, podía y puede ser siempre verdadera y efectiva “propitiatio pro peccatis nostris (...) sed etiam totius mundi”. Solamente su sacrificio, y ningún otro, podía y puede tener “fuerza propiciatoria” ante Dios, ante la Trinidad, ante su trascendental santidad. La toma de conciencia de esta realidad arroja una cierta luz sobre el carácter y sobre el significado del sacerdote-celebrante que, llevando a efecto el Santo Sacrificio y obrando “in persona Christi”, es introducido e insertado, de modo sacramental (y al mismo tiempo inefable), en este estrictísimo “Sacrum”, en el que a su vez asocia espiritualmente a todos los participantes en la asamblea eucarística.

»Ese “Sacrum”, actuado en formas litúrgicas diversas, puede prescindir de algún elemento secundario, pero no puede ser privado de ningún modo de su sacralidad y sacramentalidad esenciales, porque fueron queridas por Cristo y transmitidas y controladas por la Iglesia. Ese “Sacrum” no puede tampoco ser instrumentalizado para otros fines. El misterio eucarístico, desgajado de su propia naturaleza sacrificial y sacramental, deja simplemente de ser tal. No admite ninguna imitación “profana”, que se convertiría muy fácilmente (si no incluso como norma) en una profanación. Esto hay que recordarlo siempre, y quizá sobre todo en nuestro tiempo en el que observamos una tendencia a borrar la distinción entre “sacrum” y “profanum”, dada la difundida tendencia general (al menos en algunos lugares) a la desacralización de todo (...).

»La sacralidad de la Eucaristía ha encontrado y encuentra siempre expresión en la terminología teológica y litúrgica [2]. Este sentido de la

sacralidad objetiva del Misterio eucarístico es tan constitutivo de la fe del Pueblo de Dios que con ella se ha enriquecido y robustecido. Los ministros de la Eucaristía deben por tanto, sobre todo en nuestros días, ser iluminados por la plenitud de esta fe viva, y a la luz de ella deben comprender y cumplir todo lo que forma parte de su ministerio sacerdotal, por voluntad de Cristo y de su Iglesia».

El sacerdote está consagrado; es el hombre de lo sagrado porque pertenece a Dios. Algunos han malinterpretado esta realidad al concluir que todo acto realizado por un sacerdote ha de ser también automáticamente bueno. Sin embargo –lo sabemos bien–, somos capaces de pecar. El carácter sagrado del sacerdote no lo hace inaccesible a la tentación y al mal. No está preservado de ellos; al contrario: cada vez que peca, su falta es como un «sacrilegio»; profana su pertenencia a Cristo. Su pecado tiene un carácter más grave, más escandaloso, más injustificable.

Sabemos que, por el sacramento, pertenecemos sustancialmente a Cristo, pero esa pertenencia tenemos que incorporarla a diario a nuestra existencia con nuestra lucha espiritual.

Los cristianos esperan, con todo derecho, que la vida de los sacerdotes sea coherente con el carácter sagrado de su identidad profunda. Saben intuitivamente que un sacerdote que no sea santo es algo así como una anomalía. Porque sin santidad lo sagrado carece de sentido.

Benedicto XVI, *Homilía de la misa crismal del Jueves Santo*, 9 de abril de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

En el Cenáculo, la tarde antes de su pasión, el Señor oró por sus discípulos reunidos en torno a Él, pero con la vista puesta al mismo tiempo en la comunidad de los discípulos de todos los siglos, «los que crean en mí por la palabra de ellos» (Jn 17, 20). En la plegaria por los discípulos de todos los tiempos, Él nos ha visto también a nosotros y ha rezado por nosotros. Escuchemos lo que pide para los Doce y para los

que estamos aquí reunidos: «Santifícalos en la verdad: tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así los envío yo también al mundo. Y por ellos me consagro yo, para que también se consagren ellos en la verdad» (17, 17ss). El Señor pide nuestra santificación, nuestra consagración en la verdad. Y nos envía para continuar su misma misión. Pero hay en esta súplica una palabra que nos llama la atención, que nos parece poco comprensible. Dice Jesús: «Por ellos me consagro yo». ¿Qué quiere decir? ¿Acaso Jesús no es de por sí «el Santo de Dios», como confesó Pedro en la hora decisiva en Cafarnaúm (cfr. Jn 6, 69)? ¿Cómo puede ahora consagrarse, es decir, santificarse a sí mismo?

Para entender esto, hemos de aclarar antes de nada lo que quieren decir en la Biblia las palabras «santo» y «santificar/consagrar». Con el término «santo» se describe en primer lugar la naturaleza de Dios mismo, su modo de ser del todo singular, divino, que corresponde solo a Él. Solo Él es el auténtico y verdadero Santo en el sentido originario. Cualquier otra santidad deriva de Él, es participación en su modo de ser. Él es la Luz purísima, la Verdad y el Bien sin mancha. Por tanto, consagrar algo o alguno significa dar en propiedad a Dios algo o alguien, sacarlo del ámbito de lo que es nuestro e introducirlo en su ambiente, de modo que ya no pertenezca a lo nuestro, sino enteramente a Dios. Consagración es, pues, un sacar del mundo y un entregar al Dios vivo. La cosa o la persona ya no nos pertenece, ni pertenece a sí misma, sino que está inmersa en Dios. Un privarse así de algo para entregarlo a Dios lo llamamos también sacrificio: ya no será propiedad mía, sino suya. En el Antiguo Testamento, la entrega de una persona a Dios, es decir, su «santificación», se identifica con la Ordenación sacerdotal y, de este modo, se define también en qué consiste el sacerdocio: es un paso de propiedad, un ser sacado del mundo y entregado a Dios. Con ello se subrayan ahora las dos direcciones que forman parte del proceso de la santificación/consagración. Es un salir del contexto de la vida mundana, un «ser puestos aparte» para Dios. Pero precisamente por eso no es una segregación. Ser entregados a Dios significa más bien ser puestos para representar a los otros. El sacerdote es sustraído a los lazos mundanos y entregado a Dios, y precisamente así, a partir de Dios, debe quedar disponible para los otros, para todos. Cuando Jesús dice «Yo me consagro», Él se hace a la vez sacerdote y víctima. Por tanto, Bultmann

tiene razón traduciendo la afirmación «Yo me consagro» por «Yo me sacrifico». ¿Comprendemos ahora lo que sucede cuando Jesús dice: «Por ellos me consagro yo»? Este es el acto sacerdotal en el que Jesús – el hombre Jesús, que es una cosa sola con el Hijo de Dios– se entrega al Padre por nosotros. Es la expresión de que Él es al mismo tiempo sacerdote y víctima. Me consagro, me sacrifico: esta palabra abismal, que nos permite asomarnos a lo íntimo del corazón de Jesucristo, debería ser una y otra vez objeto de nuestra reflexión. En ella se encierra todo el misterio de nuestra redención. Y ella contiene también el origen del sacerdocio de la Iglesia, de nuestro sacerdocio.

Solo ahora podemos comprender a fondo la súplica que el Señor ha presentado al Padre por los discípulos, por nosotros. «Conságralos en la verdad»: esta es la inserción de los apóstoles en el sacerdocio de Jesucristo, la institución de su sacerdocio nuevo para la comunidad de los fieles de todos los tiempos. «Conságralos en la verdad»: esta es la verdadera oración de consagración para los apóstoles. El Señor pide que Dios mismo los atraiga hacia sí, al seno de su santidad. Pide que los sustraiga de sí mismos y los tome como propiedad suya, para que, desde Él, puedan desarrollar el servicio sacerdotal para el mundo. Esta oración de Jesús aparece dos veces en forma ligeramente modificada. En ambos casos debemos escuchar con mucha atención para empezar a entender, al menos vagamente, la sublime realidad que se está operando aquí. «Conságralos en la verdad». Y Jesús añade: «Tu palabra es verdad». Por tanto, los discípulos son sumidos en lo íntimo de Dios mediante su inmersión en la palabra de Dios. La palabra de Dios es, por decirlo así, el baño que los purifica, el poder creador que los transforma en el ser de Dios. Y entonces, ¿cómo están las cosas en nuestra vida? ¿Estamos realmente impregnados por la palabra de Dios? ¿Es ella en verdad el alimento del que vivimos, más que lo que pueda ser el pan y las cosas de este mundo? ¿La conocemos verdaderamente? ¿La amamos? ¿Nos ocupamos interiormente de esta palabra hasta el punto de que realmente deja una impronta en nuestra vida y forma nuestro pensamiento? ¿O no es más bien nuestro pensamiento el que se amolda una y otra vez a todo lo que se dice y se hace? ¿Acaso no son con frecuencia las opiniones predominantes los criterios que marcan nuestros pasos? ¿Acaso no nos quedamos, a fin de cuentas, en la

superficialidad de todo lo que frecuentemente se impone al hombre de hoy? ¿Nos dejamos realmente purificar en nuestro interior por la palabra de Dios? Nietzsche se ha burlado de la humildad y la obediencia como virtudes serviles, por las cuales se habría reprimido a los hombres. En su lugar, ha puesto el orgullo y la libertad absoluta del hombre. Ahora bien, hay caricaturas de una humildad equivocada y una falsa sumisión que no queremos imitar. Pero existe también la soberbia destructiva y la presunción, que disgregan toda comunidad y acaban en la violencia. ¿Sabemos aprender de Cristo la recta humildad, que corresponde a la verdad de nuestro ser, y esa obediencia que se somete a la verdad, a la voluntad de Dios? «Santifícalos en la verdad: tu palabra es verdad»: esta palabra de la incorporación en el sacerdocio ilumina nuestra vida y nos llama a ser siempre nuevamente discípulos de esa verdad que se desvela en la palabra de Dios.

En la interpretación de esta frase podemos dar un paso más todavía. ¿Acaso no ha dicho Cristo de sí mismo: «Yo soy la verdad» (cfr. Jn 14, 6)? ¿Y acaso no es Él mismo la Palabra viva de Dios, a la que se refieren todas las otras palabras? Conságralos en la verdad quiere decir, pues, en lo más hondo: hazlos una sola cosa conmigo, Cristo. Sujétalos a mí. Ponlos dentro de mí. Y, en efecto, en último término hay un único sacerdote de la Nueva Alianza, Jesucristo mismo. Por tanto, el sacerdocio de los discípulos solo puede ser participación en el sacerdocio de Jesús. Así pues, nuestro ser sacerdotes no es más que un nuevo y radical modo de unión con Cristo. Esta se nos ha dado sustancialmente para siempre en el Sacramento. Pero este nuevo sello del ser puede convertirse para nosotros en un juicio de condena, si nuestra vida no se desarrolla entrando en la verdad del Sacramento. A este propósito, las promesas que hoy renovamos dicen que nuestra voluntad ha de ser orientada así: «Domino Iesu arctius coniungi et conformari, vobismetipsis abrenuntiantes». Unirse a Cristo supone la renuncia. Comporta que no queremos imponer nuestro rumbo y nuestra voluntad; que no deseamos llegar a ser esto o lo otro, sino que nos abandonamos a Él, donde sea y del modo que Él quiera servirse de nosotros. San Pablo decía a este respecto: «Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí» (Ga 2, 20). En el «sí» de la Ordenación sacerdotal hemos hecho esta renuncia fundamental al deseo de ser

autónomos, a la «automatización». Pero hace falta cumplir día tras día este gran «sí» en los muchos pequeños «sí» y en las pequeñas renunciaciones. Este «sí» de los pequeños pasos, que en su conjunto constituyen el gran «sí», solo se podrá realizar sin amargura y autocompasión si Cristo es verdaderamente el centro de nuestra vida. Si entramos en una verdadera familiaridad con Él. En efecto, entonces experimentamos en medio de las renunciaciones, que en un primer momento pueden causar dolor, la alegría creciente de la amistad con Él; todos los pequeños, y a veces también grandes signos de su amor, que continuamente nos da. «Quien se pierde a sí mismo, se guarda». Si nos arriesgamos a perdernos a nosotros mismos por el Señor, experimentamos lo verdadera que es su palabra.

Estar inmersos en la Verdad, en Cristo, es un proceso que forma parte de la oración en la que nos ejercitamos en la amistad con Él y también aprendemos a conocerlo: en su modo de ser, pensar, actuar. Orar es un caminar en comunión personal con Cristo, exponiendo ante Él nuestra vida cotidiana, nuestros logros y fracasos, nuestras dificultades y alegrías: es un sencillo presentarnos a nosotros mismos delante de Él. Pero para que eso no se convierta en una autocontemplación, es importante aprender continuamente a orar rezando con la Iglesia. Celebrar la Eucaristía quiere decir orar. Celebramos correctamente la Eucaristía cuando entramos con nuestro pensamiento y nuestro ser en las palabras que la Iglesia nos propone. En ellas está presente la oración de todas las generaciones, que nos llevan consigo por el camino hacia el Señor. Y, como sacerdotes, en la celebración eucarística somos aquellos que, con su oración, abren paso a la plegaria de los fieles de hoy. Si estamos unidos interiormente a las palabras de la oración, si nos dejamos guiar y transformar por ellas, también los fieles tienen al alcance esas palabras. Y, entonces, todos nos hacemos realmente «un cuerpo solo y una sola alma» con Cristo.

Estar inmersos en la verdad y, así, en la santidad de Dios también significa para nosotros aceptar el carácter exigente de la verdad; contraponerse tanto en las cosas grandes como en las pequeñas a la mentira que hay en el mundo en tantas formas diferentes; aceptar la fatiga de la verdad, para que su alegría más profunda esté presente en nosotros. Cuando hablamos de ser consagrados en la verdad, tampoco hemos de olvidar que, en Jesucristo, verdad y amor son una misma cosa.

Estar inmersos en Él significa ahondar en su bondad, en el amor verdadero. El amor verdadero no cuesta poco, puede ser también muy exigente. Opone resistencia al mal, para llevar el verdadero bien al hombre. Si nos hacemos uno con Cristo, aprendemos a reconocerlo precisamente en los que sufren, en los pobres, en los pequeños de este mundo; entonces nos convertimos en personas que sirven, que reconocen a sus hermanos y hermanas, y en ellos encuentran a Él mismo.

«Conságralos en la verdad». Esta es la primera parte de aquel dicho de Jesús. Pero luego añade: «Y por ellos me consagro yo, para que también se consagren ellos en la verdad» (Jn 17, 19), es decir, verdaderamente. Pienso que esta segunda parte tiene un propio significado específico. En las religiones del mundo hay múltiples modos rituales de «santificación», de consagración de una persona humana. Pero todos estos ritos pueden quedarse en simples formalidades. Cristo pide para los discípulos la verdadera santificación, que transforma su ser, a ellos mismos; que no se quede en una forma ritual, sino que sea un verdadero convertirse en propiedad del mismo Dios. También podríamos decir: Cristo ha pedido para nosotros el Sacramento que nos toca en la profundidad de nuestro ser. Pero también ha rogado para que esta transformación en nosotros, día tras día, se haga vida; para que en lo ordinario, en lo concreto de cada día, estemos verdaderamente inundados de la luz de Dios.

La víspera de mi Ordenación sacerdotal, hace 58 años, abrí la Sagrada Escritura porque todavía quería recibir una palabra del Señor para aquel día y mi camino futuro de sacerdote. Mis ojos se detuvieron en este pasaje: «Santifícalos en la verdad: tu palabra es verdad». Entonces me di cuenta: el Señor está hablando de mí, y está hablándome a mí. Y lo mismo me ocurrirá mañana. No somos consagrados en último término por ritos, aunque haya necesidad de ellos. El baño en el que nos sumerge el Señor es Él mismo, la Verdad en persona. La Ordenación sacerdotal significa ser injertados en Él, en la Verdad. Pertenezco de un modo nuevo a Él y, por tanto, a los otros, «para que venga su Reino». Queridos amigos, en esta hora de la renovación de las promesas queremos pedir al Señor que nos haga hombres de verdad, hombres de amor, hombres de Dios. Roguémosle que nos atraiga cada vez más

dentro de sí, para que nos convirtamos verdaderamente en sacerdotes de la Nueva Alianza. Amén.

Reflexión

El sacerdote es un consagrado. En virtud del acto sagrado de la santa ordenación, el sacerdote queda introducido en un nuevo género de vida que lo sustrae de los lazos del mundo para ser entregado a Dios y unido a Cristo con un vínculo genuino, inefable, irreversible. Es, en efecto, en su propia alma donde, por la ordenación sacerdotal, el sacerdote queda marcado con un carácter especial que lo configura, lo identifica y lo hace conforme con Cristo-Sacerdote para ser capaz de obrar personalmente en nombre de Cristo-Cabeza. Eso es lo que afirma el Concilio Vaticano II: «Por el Sacramento del Orden los presbíteros se configuran con Cristo Sacerdote, como miembros con la Cabeza, para la estructuración y edificación de todo su Cuerpo, que es la Iglesia, como cooperadores del orden episcopal. Ya en la consagración del bautismo, como todos los fieles cristianos, recibieron ciertamente la señal y el don de tan gran vocación y gracia para sentirse capaces y obligados, en la misma debilidad humana, a seguir la perfección, según la palabra del Señor: “Sed, pues, perfectos, como perfecto es vuestro Padre celestial” (Mt 5, 48). Los sacerdotes están obligados especialmente a adquirir aquella perfección, puesto que, consagrados de una forma nueva a Dios en la recepción del Orden, se constituyen en instrumentos vivos del Sacerdote Eterno para poder proseguir, a través del tiempo, su obra admirable, que reintegró, con divina eficacia, todo el género humano. Puesto que todo sacerdote representa a su modo la persona del mismo Cristo, tiene también, al mismo tiempo que sirve a la plebe encomendada y a todo el pueblo de Dios, la gracia singular de poder conseguir más aptamente la perfección de Aquel cuya función representa» [3].

«Sin duda, [los sacerdotes] somos tomados de entre los hombres y seguimos cerca de ellos. “Cristianos con ellos”, como decía san Agustín. Pero hemos sido “apartados”, totalmente consagrados a la obra de la salvación a la que nuestro Señor Jesucristo nos llama» [4].

Entenderéis ahora cómo el sacerdote pasa a ser un «*Segregatus in Evangelium Dei*: apartado para el Evangelio de Dios» (*Rm* 1, 1). Ya no pertenece al mundo ni a sí mismo: en adelante su condición es de propiedad exclusiva de Dios. El carácter sagrado lo marca tan profundamente que orienta íntegramente y en exclusiva todo su ser. Hasta el punto de que no queda nada en él de lo que pueda disponer como si no fuera sacerdote del Señor. Incluso cuando lleva a cabo acciones que, por su propia naturaleza, pertenecen al orden temporal, el sacerdote sigue siendo ministro de Dios. En él, todo, absolutamente todo, hasta lo profano, tiene que convertirse en «sacerdotal»; igual que en Jesús, que siempre fue sacerdote y que actuó como sacerdote en cada una de las manifestaciones de su vida. En el ejercicio de los poderes que nos ha conferido Jesús nos identifica de tal manera consigo mismo que nuestra personalidad desaparece detrás de la suya, porque es Él quien obra por mediación nuestra. De hecho, «por el Sacramento del Orden –dice san Josemaría Escrivá de Balaguer–, el sacerdote se capacita efectivamente para prestar a Nuestro Señor la voz, las manos, todo su ser; es Jesucristo quien, en la Santa Misa, con las palabras de la consagración, cambia la sustancia del pan y del vino en su Cuerpo, su Alma, su Sangre y su Divinidad» [5].

Es el propio Jesús quien en el sacramento de la Penitencia pronuncia la Palabra misericordiosa y paternal: «Tus pecados te son perdonados» (*Mt* 9, 3; *Lc* 5, 20; 7, 48; cfr. *Jn* 20, 25). Es Él quien habla cuando el sacerdote, en el ejercicio de su ministerio, en nombre y en el espíritu de la Iglesia, anuncia la Palabra de Dios. Es el propio Cristo quien cuida de los enfermos, los niños y los pecadores, cuando los envuelven el Amor y la solicitud pastoral de los ministros sagrados, que velan por ellos y los protegen como el pastor protege a sus ovejas de los lobos. Como veréis, así nos situamos en la cima, en la cúspide del sacerdocio de Cristo del que somos partícipes y que llevaba a exclamar al autor de la *Carta a los Hebreos*: «Sobre este particular tenemos mucho que decir, aunque es difícil de explicar» (*Hb* 5, 11). Al estar consagrado a Dios, entera y exclusivamente entregado a Él, el sacerdote no posee otro bien, ni otra riqueza, ni otro patrimonio, ni otro tesoro que Dios. Por eso su corazón puede cantar día y noche: «El Señor es el lote de mi heredad y mi copa, mi suerte está en tu mano: me ha tocado un lote hermoso, me encanta mi heredad. Bendeciré al Señor que me aconseja,

hasta de noche me instruye internamente. Tengo siempre presente al Señor, con él a mi derecha no vacilaré» (*Sal* 16, 5-8).

No hemos sido consagrados para nosotros mismos, sino para Dios, para la Iglesia y para el mundo. El don del sacerdocio –recordémoslo siempre, queridos sacerdotes– es un prodigio que se ha llevado a cabo en nosotros, pero no para nosotros. Se ha llevado a cabo para la Iglesia o, dicho de otro modo, para que el mundo se salve. La dimensión sagrada del sacerdocio está ordenada a la dimensión apostólica, es decir, a la misión, al ministerio pastoral. «Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo» (*Jn* 20, 21). La Iglesia es enviada por Dios. No es ella la que toma la iniciativa de salir y recorrer el mundo dando a conocer sus opiniones y su juicio sobre cuestiones humanas. Ha sido enviada para enseñar la Palabra y las leyes de Dios. No es iniciativa suya ir por el mundo ofreciendo sus ideas o su visión del hombre y de la sociedad, o sus opiniones morales. Y el sacerdote también es un enviado. He aquí un matiz esencial de la identidad sacerdotal. Nuestro sacerdocio hunde sus raíces en las misiones de las personas divinas, en su mutua donación en el seno de la Trinidad Santa. De tal manera que nuestra misión es una misión de salvación. «Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él» (*Jn* 3, 17). Jesús predicó la Buena Nueva del Reino; eligió e instruyó a los apóstoles; por su cruz y su resurrección llevó a cabo la obra de la redención; nosotros, igual que los apóstoles, estamos asociados de un modo particular a su obra de salvación para hacerla presente, actual y eficaz en todo el mundo. San Juan-María Vianney llegaba a decir: «Sin el sacerdote, la muerte y la pasión de Nuestro Señor no servirían de nada. El sacerdote continúa la obra de la redención sobre la tierra. (...) El sacerdocio es el amor del corazón de Jesús» [6].

Lo que hemos de llevar a cabo, por lo tanto, no es nuestra obra: es el designio del Padre, la obra de la salvación del Hijo. El Espíritu Santo se sirve de nuestro espíritu, de nuestra inteligencia, de nuestra boca, de nuestra voluntad, de nuestras manos y de todas nuestras facultades para llevar a plenitud la obra de la salvación querida por la Santísima Trinidad. Nuestro deber es ante todo proclamar incesantemente la Palabra para evangelizar; trasladarla de modo que toque los corazones y los vuelva decididamente hacia Cristo. Hemos de proclamar claramente, con valentía y con fidelidad, la Palabra de Dios, sin alterarla ni atenuarla, sin diluirla ni corromperla.

Se trata de repetir el gesto de la ofrenda de Jesús en la Cena, de reproducir sus gestos de perdón a los pecadores. Se trata de ayudar a los pecadores a reconocer su pecado, de animarlos a llamarlo por su nombre. En el evangelio de san Juan, los escribas tienden una trampa a Jesús cuando le presentan a una mujer adúltera diciéndole: «Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. La ley de Moisés nos manda apedrear a las adúlteras; tú, ¿qué dices?» (*Jn 8, 4-5*). Jesús, bajando los ojos, se pone a escribir con el dedo en el suelo. Ellos insisten y le piden una respuesta a su pregunta. Y él les dice: «“El que esté sin pecado, que le tire la primera piedra”. E inclinándose otra vez, siguió escribiendo» (*Jn 8, 7-8*). Luego se incorpora y ratifica claramente todo el valor y la inmutabilidad de las leyes y exigencias divinas; muestra cómo nos debemos comportar con el pecador, cuya dignidad humana Cristo respeta: «Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más» (*Jn 8, 11*). Esto es lo que dice el Evangelio: el mal es el mal, el pecado es el pecado, el adulterio es el adulterio. Pero el hombre sigue llamado a la santidad. Tiene que llevar a cabo constantemente en sí mismo el paso del hombre viejo, es decir, del pecador, al Hombre Nuevo regenerado por el agua y el Espíritu (cfr. *Jn 3, 5*). Hemos de denunciar el mal e invitar a la conversión, al radical abandono del pecado.

Al revestirnos de la persona de Cristo, en cierto modo ejercemos su misión y su función de mediador. Somos los intérpretes de la Palabra de Dios, los administradores de los misterios divinos (cfr. *1 Co 4, 1; 2 Co 6, 4*) entre el pueblo. Hemos sido enviados a todos sus miembros: niños, jóvenes, ancianos, familias, trabajadores, pobres y ricos, personas modestas e ilustres, enfermos y sanos, y sobre todo a los que están alejados de Dios y a los enemigos de la Iglesia. Nadie queda excluido de la caridad pastoral. Dios no excluye a nadie ni tiene preferencias por nadie. Es el Padre de todos. Porque «hace salir su sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia a justos e injustos» (*Mt 5, 45*). Pero exige una conversión radical y el regreso a Él con una vida conforme a sus leyes. Los sacerdotes somos la voz de Dios que invita a la conversión y conduce a los hombres hasta el Señor. Y, en nombre de Dios, somos también padres de todos. Somos los portadores de sus ofrendas. Somos sus voces orantes y suplicantes, exultantes y gimientes. Somos su expiación (cfr. *2 Co 5, 21*).

Vivimos en medio del mundo, compartiendo con los hombres de nuestro tiempo sus angustias, sus esperanzas, sus alegrías, y luchando con ellos por el advenimiento de la verdadera libertad, la justicia, la paz, el bienestar de todos. Porque, como dice el Concilio Vaticano II, «los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón» [7]. Los sacerdotes, no obstante, no deben dejarse poseer por el mundo ni por el Príncipe de este mundo, el Maligno (cfr. *Jn* 17, 14-15). «No os amoldéis a este mundo», nos exhorta san Pablo; no os amoldéis a las opiniones y a las modas de este mundo (cfr. *Rm* 12, 2). En cambio, esforzaos por insertar vuestra personalidad, con sus aspiraciones, en la línea de la voluntad de Dios. Sed signos de Dios. Y sabed que la fuerza del signo no reside en el conformismo, sino en la distinción. La luz se distingue de las tinieblas para poder iluminar la senda de quien camina en medio de la noche y las tinieblas de este mundo. La sal contrasta con el alimento para darle sabor. El fuego se enfrenta al hielo para poder caldear los miembros entumecidos por el frío. Cristo nos llama «sal y luz del mundo». En un mundo caótico, extraviado, confuso y desorientado por las graves crisis que atravesamos en este momento –la crisis de la fe, la crisis sacerdotal, la crisis antropológica y cultural, la desacralización de la liturgia–, la fuerza del signo consiste precisamente en atreverse a ser diferente. El signo debe destacar aún más porque la acción apostólica exige una gran inserción en la masa humana. Hemos de atrevernos a presentarnos distintivamente como sacerdotes. Hemos de atrevernos a vestir de modo que se nos distinga. Hemos de atrevernos a contrastar con el espíritu del mundo. Si no, no seremos signo de nada.

Cuando perdemos de vista estos horizontes tan claros, la figura del sacerdote se oscurece, su identidad entra en crisis, sus deberes concretos pierden justificación, su razón de ser se debilita. El sacerdote es, sin duda, un «hombre para los demás», pero en su modo particular de ser un «hombre para Dios». El servicio a Dios es el fundamento sobre el que debe construir el verdadero servicio a los hombres, ese que consiste en liberar a las almas de la esclavitud del pecado y en reconducir al hombre hacia el imprescindible servicio a Dios. Dios, en efecto, quiere hacer de la

humanidad un pueblo que lo honre, lo glorifique, lo ame y lo adore «en espíritu y en verdad» (*Jn* 4, 23).

El sacerdote no es un asistente social ni el director de una ONG que gestiona la ayuda humanitaria. Su servicio no es el que presta el médico, el político o el sindicalista.

Donde el sacerdote tiene que ejercer su función esencial es en el ámbito de las almas y de su relación con Dios. Y es ahí donde debe prestar su ayuda a los hombres de nuestro tiempo. Sin lugar a dudas, siempre que las circunstancias así lo exijan, no se eximirá de aportar también una ayuda material mediante las obras de caridad y la defensa de la justicia. Pero, como ya he dicho, ese es un servicio secundario que nunca debe hacernos perder de vista el servicio fundamental: ayudar a las almas a descubrir al Padre, a abrirse a Él y a amarlo sobre todas las cosas. En el corazón de cada sacerdote tienen que quedar profundamente grabadas estas palabras de los apóstoles: «No nos parece bien descuidar la palabra de Dios para ocuparnos del servicio de las mesas. Por tanto, hermanos, escoged a siete de vosotros, hombres de buena fama, llenos de espíritu y de sabiduría, y los encargaremos de esta tarea: nosotros nos dedicaremos a la oración y al servicio de la palabra» (*Hch* 6, 2-4). Solamente así tendrá asegurada el sacerdote su identidad. Nunca se sentirá inútil ni degradado, ni siquiera si se ve obligado a renunciar a cualquier actividad externa. Porque, si se persevera en el santo sacrificio de la misa, en la oración y en la penitencia, que son lo esencial en el sacerdocio, seguirá rindiendo a Dios una inmensa gloria, como Cristo durante treinta años, escondido en la contemplación, en la escucha atenta, interior y gozosa de la voluntad del Padre.

XII

Cristo, Sumo Sacerdote perfecto

Partiendo de una reflexión
del papa Francisco

Introducción

La *Carta a los Hebreos* es categórica cuando –en una suerte de espléndida homilía sobre el sacerdocio de Cristo– afirma que Él es el único Sacerdote. En realidad, no tenemos más que un Sumo Sacerdote: Jesucristo. El sacerdocio de los obispos y de los sacerdotes solo es una participación sacramental en ese único sacerdocio que ha llegado a su cumplimiento en un único sacrificio eficaz: el de la Cruz.

«Así tampoco Cristo se glorificó a sí mismo haciéndose sumo sacerdote, sino el que le dijo: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy. (...) Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente. Y aunque era Hijo, por lo que padeció, aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen» (*Hb* 5, 5.7-10).

Intentemos ahondar en estas palabras deteniéndonos en el término perfección que constituye la consumación de la ofrenda de Cristo. Así comprenderemos la naturaleza del nuevo sacrificio y el sentido del nuevo sacerdocio tal y como Cristo los concibe.

En el Antiguo Testamento la consagración sacerdotal se considera una separación del sacerdote que lo traslada a un ámbito aparte y, en adelante, le prohíbe todo contacto con el mundo profano. Profundamente cautivado por la relación privilegiada del sacerdote con Dios, el Antiguo Testamento lo considera el hombre totalmente entregado a Dios, «el hombre para Dios», el hombre creado para ofrecer a Dios las ofrendas santas y hacer que se eleve hasta Él el agradable perfume del incienso. Debe enseñar fielmente y transmitir íntegramente su Palabra. Esta pertenencia a Dios exige la ruptura de los vínculos familiares, como queda recogido en el libro del Deuteronomio: «Dijo de su padre y de su madre: “No los he visto”, y a sus hermanos no reconoció, y de sus hijos no quiso saber. Porque observaron tu palabra y vigilaron sobre tu alianza. Enseñarán tus decretos a Jacob y tu ley a Israel; ofrecerán incienso en tu presencia y un sacrificio íntegro en tu altar» (*Dt 33, 9-10*).

El sacerdote tiene también autoridad para hablar en nombre de Dios. Es su mensajero, pero un mensajero no siempre fiel y que a menudo falsea la Palabra de Dios. También hoy escuchamos a algunos sacerdotes presentar a Dios de un modo vulgar y mundano, y manipular su Palabra a su antojo para adaptarla a la mentalidad y a las ideologías modernas anticristianas. «Pues la boca del sacerdote –dice el profeta Malaquías– atesora conocimiento, y a él se va en busca de instrucción, pues es mensajero del Señor del universo. Pero vosotros os habéis separado del camino recto y habéis hecho que muchos tropiecen en la ley, invalidando la alianza de Leví, dice el Señor del universo» (*Ml 2, 7-8*). El sacerdote del Antiguo Testamento, además, trata a los pecadores con una severidad inmisericorde.

Sin lugar a dudas, el sacerdote sigue y seguirá siendo mensajero de Dios; transmitirá al pueblo las enseñanzas de Dios, sus costumbres y sus leyes, y no sus propias opiniones personales. Hará que se eleve constantemente la oración como el incienso y colocará siempre el holocausto en el Altar de Dios. No obstante, Cristo modifica radicalmente la perspectiva y la noción de la consagración sacerdotal. De hecho, el autor de la *Carta a los Hebreos*, al reflexionar sobre la Pasión y la situación actual de Cristo junto al Padre, ha comprendido que la santificación en virtud de una separación ritual, tal y como la concebía el Antiguo Testamento, presentaba graves deficiencias. En realidad, no se trataba de una auténtica consagración, ya que no

transformaba sustancialmente y en lo más hondo al hombre que la recibía ni lo acercaba a Dios. Su consagración se llevaba a cabo mediante sacrificios de animales (*Lv 8 y 9*). Y ¿cómo podrían los sacrificios animales aportar la perfección a una conciencia humana manchada o a un hombre gravemente corrompido en lo más hondo por el dinero, el poder y los placeres humanos? En efecto, la sangre de los toros y de los machos cabríos es incapaz de borrar los pecados y de transformar interiormente al hombre. Por eso al entrar en el mundo dice Cristo: «Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas, pero me formaste un cuerpo; no aceptaste holocaustos ni víctimas expiatorias. Entonces yo dije: He aquí que vengo –pues así está escrito en el comienzo del libro acerca de mí– para hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad» (*Hb 10, 4-7*). La pasión de Cristo fue un acto de mediación sacerdotal que nos abrió un camino nuevo y vivo, inaugurado para nosotros a través de un velo, es decir, de la carne de Cristo. Jesucristo es el verdadero sumo sacerdote al frente de la casa de Dios (*Hb 10, 21*). De ese modo nos permite el acceso a Dios, con el corazón purificado de lo que mancha nuestra conciencia y el cuerpo lavado por un agua pura. El secreto de ese acto de mediación fue la unión perfecta en el corazón de Cristo de dos fidelidades: la fidelidad a Dios en la obediencia filial a la voluntad divina y la fidelidad a los hombres en la solidaridad fraterna.

Naturalmente, antes de Cristo también era importante la santidad de los sacerdotes, si bien solo se podía garantizar una santidad exterior (*Hb 9, 13*); un minucioso ritual (oblaciones, unciones, vestiduras especiales) separaba materialmente al sacerdote del mundo profano y lo consagraba simbólicamente a Dios. Así se ponía de manifiesto el deseo de ser agradable y digno de Él. Pero ¿de qué valen las ceremonias, de qué valen los actos puramente rituales y esencialmente exteriores, de qué valen los ornamentos sagrados si el corazón del hombre sigue manchado y profundamente deteriorado por el pecado? Es en lo más hondo de sí mismo donde el sacerdote debe estar en auténtica armonía con Dios.

Esta exigencia radical llega a su plenitud en Cristo, y solo en Él. La santidad de Cristo no tiene nada que ver con una vestidura ceremonial destinada a enmascarar las miserias morales y la indignidad personal del sacerdote. La santidad de Cristo es una santidad interior que brota en Él como la fuente misma de su ser, lo colma enteramente y se derrama a su alrededor con una fuerza impetuosa. Es capaz de santificar al pueblo con su

propia sangre (*Hb* 13, 12; 9, 14). Es la santidad del Unigénito que se adhiere totalmente a la voluntad de Dios, su Padre (*Hb* 10, 7), y a quien el Padre puede llamar el «Hijo amado» en quien se complace (*Mc* 1, 11). Y, para que nadie se llame a engaño, el autor de la *Carta a los Hebreos* añade dos epítetos que excluyen el mal y la suciedad. El Sumo Sacerdote perfecto es inocente e inmaculado. Su inocencia evoca lo que ya se ha dicho de Jesús: «No tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino que ha sido probado en todo, menos en el pecado» (*Hb* 4, 15). El sacrificio, en el sentido estricto de la palabra, es siempre una acción divina, y no una obra humana. Es una intervención transformadora de Dios. El hombre puede presentar cualquier cosa ante Dios, pero le es imposible santificar aquello que ofrece. Solo Dios, fuente de toda santidad, está en condiciones de santificar la ofrenda y de hacer de ella un sacrificio. El Antiguo Testamento comprendía perfectamente este aspecto del estado de las cosas. Por eso ponía de relieve el papel del fuego del cielo en el acto del sacrificio (cfr. *1 R* 18, 36-39). Recordemos a Elías y el sacrificio de Gedeón (cfr. *Jc* 6, 19-23).

De ahí que el culto sacerdotal se ofreciera por medio de una llama brotada de la presencia del Señor que consumía sobre el altar a las víctimas ofrecidas (cfr. *Lv* 9, 24). Luego, sobre ese mismo altar, se mantenía el fuego encendido (cfr. *Lv* 6, 5-6).

El autor de la *Carta a los Hebreos* profundiza en esta idea y muestra cómo llega a su cumplimiento en la Pasión de Cristo. Cristo ya no se ofrece en sacrificio por medio de una llama material, sino por el Espíritu eterno (cfr. *Hb* 9, 14). El verdadero fuego divino, en efecto, no es otro que el Espíritu Santo, el único capaz de llevar a cabo la verdadera transformación sacrificial. Eso es precisamente lo que pedimos en la epiclesis durante el sacrificio de la misa. El sacerdote implora el envío del Espíritu Santo para la consagración diciendo: «Por eso, Padre, te suplicamos que santifiques por el mismo Espíritu estos dones que hemos separado para ti, de manera que se conviertan en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, Hijo tuyo y Señor nuestro, que nos mandó celebrar estos misterios» [1]. Pedimos la efusión del poder del Espíritu Santo sobre las ofrendas. Es Él quien obra la encarnación en el seno de la Virgen; es Él quien desciende sobre Jesús durante su bautismo en el Jordán en forma de paloma (cfr. *Mt* 3, 16). Es también el Espíritu Santo quien lo conduce al desierto para ser tentado por

Satanás (cfr. *Mt* 4, 1). De ahí que sea tan importante, tan imprescindible, pedirle que haga real la Presencia de Jesús bajo las especies del pan y el vino eucarísticos. Le invocamos para que venga a santificarlos y consagrarlos, y para que se conviertan en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo nuestro Señor. Y, después de la consagración, volvemos a invocarle para que haga de nosotros una ofrenda permanente para alabanza de la gloria de Dios. ¿Qué somos capaces de hacer sin el Espíritu eterno? Absolutamente nada. Es Él quien nos inspira la más completa adhesión al designio del Amor de Dios Padre, y la total solidaridad entre nosotros para formar un solo cuerpo y un solo espíritu en Cristo. El fuego del cielo del que hablaban las tradiciones bíblicas anteriores no hacía sino simbolizarlo.

La alusión al sacrificio de Cristo en la *Carta a los Hebreos* nos trae a la memoria la hora más triste de Jesús en el huerto de los olivos y nos recuerda los momentos de angustia de su Pasión y de su muerte inminentes. En instantes de tanto sufrimiento y tanta soledad, Cristo ora y eleva su súplica a Aquel que podía salvarle de la muerte: «Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz. Pero no se haga como yo quiero, sino como quieres tú» (*Mt* 26, 39). Su oración, no obstante, está impregnada de un «temor reverente». Ese temor reverente merece que su súplica sea escuchada, pero la respuesta pasa por el doloroso aprendizaje de la obediencia: «Aprendió, sufriendo, a obedecer» (*Hb* 5, 8). Su oración y su súplica son insistentes: «De nuevo se apartó por segunda vez y oraba diciendo: “Padre mío, si este cáliz no puede pasar sin que yo lo beba, hágase tu voluntad”» (*Mt* 26, 42).

San Pablo, por su parte, subraya que Jesús, en un acto de libertad y de amor, se despoja de lo que es. Renuncia al ejercicio del privilegio de la gloria recibido del Padre antes del comienzo del mundo, pero sin renunciar a su divinidad. Cristo pasa de la condición de Dios a la condición de esclavo para hacerse semejante a los hombres.

«Lo más asombroso del misterio de la encarnación –comenta el P. Albert Vanhoye– es precisamente esto: Cristo ha asumido una naturaleza semejante a la nuestra, una carne semejante a la del pecado (cfr. *Rm* 8, 3); una naturaleza humana que necesitaba una transformación radical para poder entrar en la intimidad celestial con Dios. La deformación causada por la desobediencia debía ser corregida mediante una sobreabundancia de

obediencia. El predicador no duda en afirmar que Cristo “aprendió, sufriendo, a obedecer” (*Hb* 5, 8). ¿Cómo se pueden comprender unas palabras tan desconcertantes? ¿Podría haber sido Cristo indócil siquiera por un instante? ¡Por supuesto que no! Cristo no pecó nunca (cfr. *Hb* 4, 15; *Jn* 8, 46; *1 P* 1, 19). Desde el comienzo orientó su existencia terrenal hacia una docilidad perfecta a la voluntad de Dios (cfr. *Hb* 10, 5-9). Pero cabe hacer una distinción entre una disposición de base a la docilidad y, por otro lado, el resultado que obra en el ser humano una docilidad efectiva a través del dolor y la muerte.

»Pensémoslo: solo a través de las pruebas de la existencia puede penetrar la docilidad a Dios en todas las fibras de nuestra naturaleza humana. Por eso el sufrimiento aceptado y ofrecido con alegría y serenidad es una gran escuela, un educador y, al mismo tiempo, una prueba de nuestro Amor a Dios. Cristo aceptó esa dolorosa exigencia. Añadamos además que su obediencia fue sobreabundante, ya que con su adhesión al designio del amor del Padre aceptó una suerte que no merecía en absoluto, una suerte trágicamente injusta: la del inocente equiparado a los más culpables y condenado a un suplicio infame (cfr. *Lc* 22, 37; *1 P* 2, 22-24). De este modo Cristo fue consagrado Sumo Sacerdote. No se puede imaginar una solidaridad más estrecha con la miseria humana. Cristo crucificado estuvo colmado de debilidad (cfr. *Hb* 5, 2; cfr. *2 Co* 13, 14). Así su mediación sacerdotal puede alcanzar a todos los seres humanos, incluso a los más miserables y culpables. La perfección obtenida por su modo de afrontar el dolor y la muerte la obtuvo para nuestra naturaleza humana. Y puede comunicarla a todos los que se adhieren a Él» [2].

Jesús no reivindica que se le trate de un modo divino. Así revela la hondura de su anonadamiento y su despojo. De su condición de Dios solo conserva el vínculo que le une a Dios en el amor, su ser de Hijo. No es en la encarnación y ni siquiera en la muerte en la Cruz cuando adquiere el derecho de ser igual a Dios. Lo es desde siempre. Si se reviste de nuestra humanidad y es plenamente hombre, es por amor al Padre y por amor a los hombres.

En su Encarnación la condición divina no aparece tal y como nosotros la imaginamos; más bien se presenta tal cual es, en la humildad de Aquel que es capaz de amar hasta el punto de despojarse de sí mismo. Cristo muestra

su preferencia por los demás, es decir, por los hombres –aunque esa preferencia resulte dolorosa y costosa– en razón de su preferencia por el Padre, quien también, por Él y en Él, quiere darse a nosotros.

La culminación de ese anonadamiento se alcanza en la Cruz. «Se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de Cruz» (*Flp 2, 8*). La humildad se convierte en humillación: lleva a Cristo a aceptar esa clase de muerte, suplicio de esclavos en el mundo grecorromano y símbolo de maldición en el mundo judío. La Cruz constituye, por tanto, el abismo del anonadamiento y, al mismo tiempo, la máxima expresión y la cima del amor. Lo que ahí se hace explícito no es la muerte «por nosotros», sino la forma suprema que adquiere la kénosis del Hijo de Dios. Cristo está tan entregado al Padre que debe ir a la Cruz para expresar el abismo del amor que tiene al Padre y nos tiene a nosotros. El anonadamiento de Cristo no es, pues, una mera conducta de obediencia y humildad. Es un acto de desprendimiento de sí mismo por medio del cual manifiesta y demuestra que se entrega enteramente al Padre y a la humanidad, y que en Él y por Él el Padre revela hasta qué extremo se ofrece y se entrega a nosotros.

Así ha sido aceptada la ofrenda suplicante de Cristo. La oración, las súplicas y las lágrimas han obtenido la transformación sacrificial obrada por el Espíritu de Dios. Esta transformación se ha cumplido a través del sufrimiento y de la muerte. El acontecimiento de la Pasión de Jesús se muestra como una ofrenda sacerdotal. Una oración intensa presentada ante el Padre con temor reverente constituye a la vez una petición y una ofrenda. El que ora se ofrece a sí mismo para ser escuchado. Permite que Dios intervenga en su existencia concreta y real, y que transforme profunda y radicalmente su ser. Es más, el que ora pide de todo corazón su intervención divina, aspira a esa transformación desde lo más hondo de su ser. Cristo, que se ofreció en la oración a la acción de Dios y la acogió en la obediencia, ha sido perfeccionado y, al mismo tiempo, consagrado Sumo Sacerdote.

Nosotros solo nos convertimos en sacerdotes si llevamos cada día la cruz de nuestra fidelidad a nuestros compromisos sacerdotales. Solo nos convertimos en sacerdotes si morimos cada día con Cristo. No hay verdadero sacerdocio sin cruz.

Durante su Pasión, Cristo selló con su propia sangre su solidaridad con los hombres. Los amó hasta el extremo y se entregó por ellos, ofreciéndose a Dios en un sacrificio de suave olor (cfr. *Jn* 13, 1; *Ef* 5, 2). Al término de su Pasión, Jesús es más que nunca hermano suyo. Se ha hecho en todo semejante a ellos. «El santificador y el santificado proceden todos del mismo. Por eso no se avergüenza de llamarlos hermanos» (*Hb* 2, 11). Está en condiciones de comprenderlos y ayudarlos (cfr. *Hb* 4, 15-16). Pero no olvidemos añadir que se ha hecho semejante a nosotros en todo menos en el pecado. Por eso hay que rechazar el engaño de quienes creen que se necesita la complicidad con el mal –so pretexto de una actitud misericordiosa, comprensiva y de acompañamiento espiritual– para ser enteramente solidarios con los pecadores. Es justo lo contrario. La complicidad con el mal o el hecho de banalizar y minimizar los pecados graves, lejos de formar parte de la verdadera solidaridad o de la acogida, solamente mina la solidaridad y aumenta los estragos del pecado en el mundo.

Lo que dota a la Pasión de Cristo de toda su fecundidad es la perfección del Amor con que la afrontó, sin ceder nunca a ningún impulso del mal (cfr. *Hb* 9, 14; *1 P* 2, 21-25). La Pasión de Cristo llevó a su perfección la relación de Cristo con los hombres y su relación con Dios. Con todo el ímpetu de su ser, Jesús se orientó hacia Dios implorando su intervención y llevó al extremo su adhesión a la voluntad de Dios (cfr. *Hb* 5, 8; 10, 9). Al término de su Pasión es más que nunca Hijo de Dios. Su relación filial con el Padre se extiende ahora a su humanidad transformada. Lo que antes era «condición de esclavo» (*Flp* 2, 7) y semejanza con «carne de pecado y en orden al pecado» (*Rm* 8, 3) se ha convertido en el cuerpo glorificado de Cristo, «constituido Hijo de Dios en poder según el Espíritu de santidad por la resurrección de entre los muertos» (*Rm* 1, 4).

Lo que cabe destacar en este doble aspecto de la consagración de Cristo es que ambas relaciones –con los hombres y con Dios– están recíprocamente condicionadas; o, mejor dicho, se fundamentan la una en la otra y se hacen inseparables. Se suele pensar que solo podemos estar al lado de Dios si nos desligamos totalmente de los hombres, mercedores de tan poca atención, o que quien quiere llevar a cabo una obra importante en beneficio de los hombres se sitúa automáticamente enfrente de Dios, como

si estuviera obligado a ponerlo entre paréntesis. La existencia de Cristo rebate estas dos falsedades. Es su perfecta docilidad al Padre lo que lleva a Jesús a convertirse en el libertador de los hombres (cfr. *Hb* 2, 10-18; 5, 7-10). El Amor misericordioso que lo impulsa hacia una entrega total para borrar los pecados del mundo solo tiene su origen en el corazón de Dios. El aspecto sacerdotal de la perfección de Cristo se debe precisamente a la estrecha unión de las dos relaciones en su humanidad resucitada. Cristo es sacerdote perfecto porque es capaz de situarnos en comunión con Dios y en comunión entre nosotros.

No hace una cosa sin la otra. Nos muestra la imposibilidad de separar las dos dimensiones del amor, igual que es imposible separar la divinidad de Jesús de su humanidad. Eso es lo que intenta expresar san Juan en su primera carta: «Si alguno dice: “Amo a Dios”, y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve» (*1 Jn* 4, 20-21). Buscar la dimensión vertical sin la dimensión horizontal es abocarse al fracaso. Y buscar la dimensión horizontal de la comunión humana sin la dimensión vertical de la relación con Dios es querer separar el torrente de su manantial o el árbol de sus raíces. Solo tiene valor la unión de las dos dimensiones. Y esa unión la encontramos en la Cruz de Jesús. A través de la Cruz, Cristo ha alcanzado su perfección sacerdotal, que es la perfección de la relación. El sacerdote es un puente que une dos orillas: Dios y la humanidad.

Papa Francisco, *La carne sacerdotal de Cristo*

«Teniendo, pues, hermanos, plena seguridad para entrar en el santuario en virtud de la sangre de Jesús, por este camino nuevo y vivo, inaugurado por él para nosotros, a través del velo, es decir, de su propia carne, y con un Sumo Sacerdote al frente de la casa de Dios, acerquémonos con sincero corazón, en plenitud de fe, purificados los corazones de conciencia mala y lavados los cuerpos con agua pura. Mantengamos firme la confesión de la esperanza, pues fiel es el autor de la Promesa. Fijémonos los unos en los otros para estímulo de la caridad y las buenas obras, sin abandonar vuestra propia asamblea, como

algunos acostumbran hacerlo, antes bien animándoos; tanto más cuanto veis que se acerca ya el Día (...). Nosotros no somos cobardes para perdición, sino creyentes para salvación del alma» (Hb 10, 19-25.39).

Este texto puede servirnos de introducción a las reflexiones que ayudarán nuestra oración en el día de hoy. Aquí se nos habla de seguridad, de sincero corazón, plenitud de fe, firmeza de esperanza, estímulo de caridad. Se nos proclama que esta valentía es debida a la Sangre de Jesús, a su carne. Esta semana, en la que celebramos la Pascua del Señor, es un marco apto para contemplar estos Misterios: los de su Pasión y los de su Resurrección, que son los misterios de su carne ultrajada y glorificada. Nos defendemos del caos del pecado, de la atomización caótica de nuestra conciencia pecadora, reuniéndonos juntos, en familia, como lo hacían las tribus nómadas del desierto antecesoras de Israel: el caos queda fuera. La Pascua nos rescata del caos. Dentro está la carne del Cordero que «fue degollado» (Ap 5, 9), que nos alimenta (cfr. Jn 6) y nos asegura la valentía (coraje y constancia) defendiéndonos de la cobardía, fruto del caos del pecado.

San Ignacio, en sus Ejercicios –al meditar los misterios de la Pasión–, nos hace pedir «dolor, sentimiento y confusión, porque por mis pecados va el Señor a la pasión» (EE 193), y también «dolor con Cristo doloroso, quebranto con Cristo quebrantado, lágrimas, pena interna de tanta pena que Cristo pasó por mí» (203). Nos lleva a la consideración de «lo que Cristo nuestro Señor padece en la humanidad o quiere padecer... y aquí comenzar con mucha fuerza y esforzarme a doler, tristar y llorar...» (195). Y también nos hace reflexionar en el hecho de que «la divinidad se esconde, es a saber, cómo podría destruir a sus enemigos, y no lo hace, y cómo deja padecer la sacratísima humanidad tan crudelísimamente» (196). San Ignacio, al igual que santa Teresa, comprende que el único camino de acceso seguro a la divinidad es la Santísima Humanidad de nuestro Señor. Y, tratándose de la Pasión, hemos de adentrarnos en esta Humanidad, en este hombre Jesús, que es Dios, pero que sufre como hombre, en su cuerpo, en su psiquis. Y esto no como algo folclórico que pasó, sino como algo real, como el único camino viable, tangible, por el que todos hemos de pasar para contemplar al Padre que se revela en el Hijo. Contemplaremos la pasión en la carne de Jesús, en nuestra carne. No hay otro camino si es que

también queremos profesar que Jesús está vivo, resucitado, con su misma carne, con sus llagas abiertas a la trascendencia del rostro del Padre. Al contemplar la «pasión» contemplamos cómo el Señor entró en paciencia. Sus seguidores, nosotros, hemos de aprender qué significa entrar en paciencia, qué implica esto, a fin de conocerlo y amarlo mejor, para mejor imitarlo.

Dios prepara a su Hijo «perfeccionándolo mediante el sufrimiento» (Hb 2, 10); tuvo que participar de la carne y de la sangre para aniquilar, mediante la muerte, al señor de la muerte, es decir, al diablo, y libertar a cuantos, por temor a la muerte, estaban de por vida sometidos a esclavitud (cfr. Hb 2, 14ss). «Por la gracia de Dios gustó la muerte para bien de todos» (Hb 2, 9) y por eso está ahora «coronado de gloria y honor, por haber transitado el desfiladero de la muerte». «Eres digno de tomar el libro y abrir sus sellos porque fuiste degollado y compraste para Dios con tu sangre hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación; y has hecho de ellos para nuestro Dios un reino de Sacerdotes y reinan sobre la tierra» (Ap 5, 9ss). «Digno es el Cordero degollado de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza» (Ap 5, 12).

Para salvarnos Jesús entra en paciencia. Hay algunos rasgos de este «entrar en paciencia» que quisiera hacer notar, (...) [en particular] la dimensión sacerdotal (...).

Así Jesús «entra en paciencia», con su carne, en su carne. Y por ello es constituido sacerdote. «Tuvo que asemejarse en todo a sus hermanos, para ser misericordioso y Sumo Sacerdote fiel en lo que toca a Dios, en orden a expiar los pecados del pueblo. Pues, habiendo sido probado en el sufrimiento, puede ayudar a los que se ven probados» (Hb 2, 17ss). En su anonadamiento total, en la aceptación de su fracaso, ofreció por los pecados un solo sacrificio (Hb 10, 12), y este no lo celebró con palabras, sino con su carne y su sangre: «Presentóse Cristo como Sumo Sacerdote de los bienes futuros, a través de una tienda mayor y más perfecta, no fabricada por mano de hombre, es decir, no de este mundo. Y penetró en el santuario una vez para siempre, no con sangre de machos cabríos ni de novillos, sino con su propia sangre consiguiendo una redención eterna. Pues si la sangre de machos cabríos y de toros y la ceniza de

vaca santifica con su aspersion a los contaminados en orden a la purificación de la carne, cuánto más la sangre de Cristo, que por el Espíritu Eterno se ofreció a sí mismo sin tacha a Dios, purificará de las obras muertas nuestra conciencia para rendir culto a Dios vivo» (Hb 9, 11-14). «Así es el Sumo Sacerdote que nos convenía: santo, inocente, incontaminado, apartado de los pecadores, encumbrado por encima de los cielos, que no tiene necesidad de ofrecer sacrificios cada día, primero por los pecados propios, luego por los del pueblo; y esto lo realizó de una vez para siempre (...) [es] el Hijo perfecto para siempre» (Hb 7, 26-28). A este sacerdote nos hemos acercado, mediador de una nueva alianza, y a la aspersion purificadora de una sangre que habla mejor que la de Abel.

El Sacerdocio de Cristo se ejerce en tres momentos: en el momento del sacrificio de la Cruz (y en este sentido fue «de una vez para siempre»); actualmente (como intercesor ante el Padre –Hb 7, 25–); y al fin de los tiempos («sin relación con el pecado» –Hb 9, 28–) cuando Cristo entregue toda la creación al Padre. En su segundo momento, el actual, Jesús el Cristo ejerce la intercesión sacerdotal por nosotros: «Posee un sacerdocio perpetuo porque permanece para siempre. De ahí que pueda también salvar a los que por él se llegan a Dios, ya que está siempre vivo para interceder en su favor» (Hb 7, 24ss). Jesucristo está vivo –intercediendo– con toda su plenitud de hombre y de Dios: «Teniendo, pues, tal Sumo Sacerdote que penetró los cielos –Jesús el Hijo de Dios–, mantengamos firme la fe que profesamos. Pues no tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, sino probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado» (Hb 4, 14ss). En los Misterios de la Resurrección, Jesús –ya constituido Señor– muestra su cuerpo, se hace tocar las llagas, su carne (cfr. Jn 20, 20- 27; Lc 24, 39-42). Ese cuerpo, esas llagas, esa carne son intercesión. Más aún, no hay otro camino de acceso al Padre que este. El Padre ve la carne del Hijo y accede a la salvación. Nos encontramos con el Padre en las llagas de Cristo. Él está vivo, así, en su carne gloriosa, y está viviente entre nosotros. Participar de su carne, entrar en paciencia con él en su pasión para participar también de su glorificación, es lo que entraña la afirmación definitiva de la Carta a los Hebreos: «Tenemos

nosotros un altar del cual no tienen derecho los que dan culto a la Tienda» (13, 10). Ese altar es Cristo, su cuerpo pendiente de la Cruz [3].

Reflexión

Queridos hermanos obispos y sacerdotes: ya que poseemos el privilegio y la gracia de participar del sacerdocio de Cristo, ya que aspiramos a configurarnos con Cristo, dejémonos transformar por la llama del Espíritu de Dios. Que Él haga que nos parezcamos cada vez más a su Hijo. Que, en comunión con sus sufrimientos, como dice san Pablo, nos hagamos conformes a Él en su muerte.

Como nos exhorta san Gregorio Nacianceno, «inmolemos no ya terneros y machos cabríos, que es cosa ya caducada y sin sentido, sino el sacrificio de alabanza, ofrecido a Dios en el altar del cielo, junto con los coros celestiales. Atravesemos el primer velo, no nos detengamos ante el segundo, contemplemos de lleno el santuario. Y diré más todavía: inmolémonos nosotros mismos a Dios, inmolemos cada día nuestra persona y toda nuestra actividad, imitemos la pasión de Cristo con nuestros propios padecimientos, honremos su sangre con nuestra propia sangre, subamos con desnudo a la cruz. Si quieres imitar a Simón de Cirene, toma la cruz y sigue al Señor. Si quieres imitar al buen ladrón crucificado con él, reconoce honradamente su divinidad; y así como entonces Cristo fue contado entre los malhechores, por ti y por tus pecados, así tú ahora, por él, serás contado entre los justos. Adora al que por amor a ti pende de la cruz y, crucificándote tú también, procura recibir algún provecho de tu misma culpa; compra la salvación con la muerte; entra con Jesús en el paraíso, para que comprendas de qué bienes te habías privado. Contempla todas aquellas bellezas; deja fuera, muerto, lo que hay en ti de murmurador y blasfemo. Si quieres imitar a José de Arimatea, pide el cuerpo a aquel que lo mandó crucificar; haz tuya la víctima expiatoria del mundo. Si quieres imitar a Nicodemo, el que fue a Jesús de noche, unge a Jesús con aromas, como lo ungió él para honrarlo en su sepultura. Si quieres imitar a María, a la otra María, a Salomé y a Juana, ve de madrugada a llorar junto al sepulcro, y

haz de manera que, quitada la piedra del monumento, puedas ver a los ángeles y aun al mismo Jesús» [4].

Llegados a este punto de nuestra reflexión, hay algo en lo que conviene volver a insistir: la identidad del sacerdote consiste en prolongar sacramentalmente la presencia del Buen Pastor en medio del rebaño. Entonces se comprende claramente que cada sacerdote debe identificarse con el Buen Pastor no solamente en el carácter sacramental de su existencia, sino en toda su vida. La tentación podría estar en imitar materialmente la vida de Jesús y creer que un sacerdote tiene que ser ante todo un predicador itinerante, un taumaturgo, un maestro espiritual. En el texto tan conmovedor del Papa Francisco se nos invita, por el contrario, a una identificación mucho más profunda. Se nos invita no a «hacer», sino a «entrar en paciencia», a padecer. Jesús es sacerdote por su Pasión, por su capacidad de aceptar heroicamente el sufrimiento y los fracasos humanos y de morir por amor a la verdad. Y a nosotros se nos ha concedido la gracia no solamente de creer en Cristo, sino de sufrir por Él (cfr. *Flp* 1, 29).

Se suele esperar del sacerdote que actúe, que tenga iniciativa, que organice, que sea un líder social y un excelente *manager*. Se quiere de él que sea un jefe de empresa. El Papa Francisco nos invita a cambiar nuestra mirada. Nos recuerda que ser sacerdote consiste ante todo en sufrir, en padecer con Cristo. Ser sacerdote significa identificarse con la Pasión de Cristo, prolongarla cada día. Ser sacerdote es decir como san Pablo: «Llevo en mi cuerpo las marcas de Jesús» (*Ga* 6, 17).

En un mundo exclusivamente centrado en los aspectos materiales y en los logros técnicos, económicos y políticos, ¿qué puede hacer Dios si no es sufrir, más aún cuando lo que el hombre cede a un egoísmo consciente y obstinado es lo más hondo que hay en él? En un mundo de ingratitud, de indiferencia e incluso de hostilidad manifiesta hacia Dios, en una sociedad que insulta constantemente a Dios con la violación conscientemente consentida de sus leyes, ¿qué sacerdote puede huir del sufrimiento? El sacerdote está llamado a clavarse en la Cruz con Cristo para dejar de vivir en él y que sea Cristo quien en él viva. Cada vez que celebra la misa conmemora el sacrificio de Jesús en el Gólgota, lo renueva por el poder del Espíritu Santo. Y, en ese momento, está como poseído por la fuerza del Espíritu Santo, y las palabras que pronuncia revisten la misma eficacia que

las que salieron de la boca del Señor en la Última Cena. Con un profundo deseo de identificarse totalmente con Cristo, tiene que poder decir como san Bernardo: «Estoy clavado en la Cruz con Cristo, costado contra costado, mis manos contra sus manos, mis pies contra sus pies, los mismos clavos que le atravesaron atravesándome a mí, nuestras sangres mezcladas en una sola». Cristo crucificado se halla realmente presente en cada sacerdote. Pienso en particular en los sacerdotes enfermos o impedidos cosidos a su lecho en el hospital o en su casa, completando en su carne lo que falta a los padecimientos de Cristo en favor de su cuerpo, que es la Iglesia (cfr. *Col 1, 24*). Y, si la enfermedad le impide celebrar la santa misa, es precisamente entonces cuando celebra plenamente el santo sacrificio ofreciendo gozoso sus sufrimientos y uniendo sus pruebas y su agonía a las de Cristo. Su lecho de enfermo se convierte en altar del sacrificio.

Aun así, como acabamos de señalar con relación a los sacerdotes enfermos, no hay que reducir la presencia de la pasión al cumplimiento ritual de su renovación. Toda la vida del sacerdote es presencia de la pasión, presencia de la carne sacerdotal y ofrecida de Cristo-sacerdote, por retomar las palabras del Papa Francisco. Toda la vida sacerdotal tiene que adoptar forma sacrificial, decía san Juan Pablo II. Desde esta perspectiva hemos de renovar plenamente nuestra mirada sobre la vida de los sacerdotes. Un sacerdote enfermo y postrado en cama no es inútil ni ineficaz si vive en su carne la pasión, si es plena y enteramente sacerdote. Y al contrario: un sacerdote atareado que solo busca el éxito humano y la admiración del público mundano corre un grave peligro de ser inútil. Naturalmente, eso no significa que los sacerdotes tengan que renunciar al celo y a la creatividad misionera. Lo que nos indica es que cada acto del sacerdote, cada una de sus iniciativas, debe llevarse a cabo en profunda unión interna con la Pasión de Jesús.

El sacerdote tiene que ofrecerse de continuo con Cristo. Cada vez que pone en marcha un proyecto, su corazón ha de cantar interiormente las palabras de Jesús: «No se haga como yo quiero, sino como quieres tú». Entonces el éxito y el fracaso humano no serán sus principales criterios de juicio. No actuará como propietario de sus actos, sino ofreciéndolos, siempre dispuesto a ser desposeído de lo que hace, de lo que tiene, de lo que es.

Mientras el pueblo de Dios busque sacerdotes revestidos de gloria humana y de éxito social, serán de esperar los abusos de autoridad, las caídas clamorosas y, sobre todo, el alejamiento y una funesta deformación del sacerdocio de Cristo. De los sacerdotes tenemos que esperar que se identifiquen con Cristo en la cruz. De camino al Gólgota, Cristo no recibió ovaciones ni aplausos, sino salivazos e insultos. Un sacerdote ovacionado debe inquietarse, un sacerdote popular debe hacerse preguntas. Si la predicación de la Palabra de Dios no nos conduce a la pasión, quizá sea porque predicamos con demasiada timidez, temerosos de anunciar a Jesucristo con fidelidad plena a la Palabra de Dios y a la Tradición; o porque nos posee el deseo de agradar y nos hemos comprometido con el espíritu del mundo. Como afirma san Juan Pablo II, «según san Pablo, [ser sacerdote] significa ante todo ser administrador de los misterios de Dios: “servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios. Ahora bien, lo que en fin de cuentas se exige de los administradores es que sean fieles” (1 Co 4, 1-2). La palabra “administrador” no puede ser sustituida por ninguna otra. Está basada profundamente en el Evangelio: recuérdese la parábola del administrador fiel y del infiel (cfr. Lc 12, 41-48). El administrador no es el propietario, sino aquel a quien el propietario confía sus bienes para que los gestione con justicia y responsabilidad. Precisamente por eso el sacerdote recibe de Cristo los bienes de la salvación para distribuirlos debidamente entre las personas a las cuales es enviado. (...) Nadie puede considerarse “propietario” de estos bienes. Todos somos sus destinatarios. El sacerdote, sin embargo, tiene la tarea de administrarlos en virtud de lo que Cristo ha establecido» [5].

Entonces, ¿hay que buscar el fracaso? Por supuesto que no. El sacerdote tiene obligación de formarse, de estudiar incesantemente, de ser un *theodidactos*, un «alumno de Dios», de ahondar en su relación personal con el Señor, de interrogarse, de mejorar para ser más eficaz. Pero en su interior ha de saber que la gracia nunca será fruto de una técnica, sino que mana siempre del corazón de Jesús abierto en la Cruz.

Por mucho que el sacerdote domine todas las técnicas de predicación y de *management*, si no tiene el corazón roto y abierto, su obra será estéril. Los sacerdotes deben ser competentes en teología, en la predicación, en

técnicas pastorales; pero su competencia ha de estar irrigada y animada por la vida de la gracia, so pena de quedar infecunda.

XIII

Formar almas de sacerdote

Partiendo de una reflexión de Pío XII

Introducción

La formación de los sacerdotes constituye un reto decisivo cuyo primer responsable es el obispo diocesano. Cada obispo debería ser libre de abrir un buen seminario en su diócesis. Sé que hoy en día se suele cuestionar el modelo clásico de seminario. A veces se prefiere la formación dentro de estructuras universitarias. Pero ¿le conviene algo así a un futuro sacerdote? Un seminarista no es solamente un estudiante. Su deber no consiste únicamente en acumular conocimientos filosóficos y teológicos. Un sacerdote no es ante todo un profesor, sino un ministro de Cristo. No se espera de él solamente que sea sabio. Es importante que su alma, sus pensamientos, todo su ser estén configurados y modelados por Cristo-sacerdote; y eso exige pasar por la experiencia de una forma de vida sacerdotal. Esta conlleva determinados elementos esenciales: la vida de oración personal y comunitaria, cierta separación y distancia del mundo y de la agitación mediática, una vida fraterna de caridad en obediencia al obispo o a su representante.

Estos elementos componen la imagen de lo que Hans Urs von Balthasar denominaba un seminario «tridentino». Se ven demasiados seminarios que no son más que casas para estudiantes inmaduros y solitarios. Un seminario, por el contrario, debe ser lugar de aprendizaje de la plenitud de la vida sacerdotal. Y la principal característica de esta vida no es un activismo acelerado y frenético. La vida sacerdotal es sobre todo una vida de

intercesión con Cristo-sacerdote. Por eso en los seminarios el principal elemento de la formación es la vida interior. Allí deberían estar presentes unas liturgias cuidadas. La misa diaria y el rezo conjunto del Oficio son los elementos que estructuran la formación del alma sacerdotal. Al pie del altar, con la repetición diaria de los salmos, se forja la identidad del ministro de Cristo. Uniéndose cada día a la renovación sacramental del sacrificio de la Cruz en el altar, el alma va abrazando poco a poco los sentimientos del corazón sacerdotal de Cristo.

Para entrar plenamente en este camino espiritual, para abrir a Cristo su temperamento y toda su naturaleza, el seminarista tiene que adquirir el equilibrio humano de las virtudes. Recuerdo perfectamente la insistencia de Mons. Raymond-Marie Tchidimbo, por entonces arzobispo de Guinea-Conakri, en las cualidades humanas y espirituales y, sobre todo, en la integridad moral y la nobleza de sentimientos de los candidatos al sacerdocio. Solía venir a visitarnos con frecuencia al seminario menor de Kindia. Todavía le oigo tronar en la sala: «La primera causa de expulsión de un seminarista es la doblez; la segunda, la doblez; y la tercera, la doblez». Aunque su lenguaje áspero, enérgico y exigente nos imponía, lo que pretendía era hacernos comprender que un hombre llamado al sacerdocio debe ser viril, recto, sincero e íntegro. Para Mons. Tchidimbo la sinceridad, la fidelidad, la rectitud y la honestidad eran virtudes indispensables con las que un obispo no podía transigir. Como es costumbre oír entre los formadores de los seminarios, antes de ser sacerdote hay que ser un hombre.

Existen dos elementos fundamentales que contribuyen a la adquisición de ese equilibrio de las virtudes morales. En primer lugar, la vida comunitaria y fraterna. En ella, cada uno aprende a realizar su parte de trabajo por el bien común. En ella se aprenden la justicia y la misericordia entre hermanos. En ella se practica el perdón de las ofensas y la honestidad en las relaciones humanas. Esta virilidad moral, esta sencillez en la virtud debe permitir acabar con la imagen de un clero susceptible, perezoso y afectivamente inmaduro. El sacerdote tiene que ser un hombre equilibrado. Para ser sacerdote con toda el alma, antes hay que ser capaz de ser un hombre justo, generoso, equilibrado y viril. Muchos de los problemas de desmanes afectivos y de abusos se habrían evitado si los seminarios formasen para una verdadera madurez emocional vivida en la amistad y en

la sinceridad fraternas. A ello contribuye enormemente el trabajo realizado en común, incluido el trabajo manual.

Muchas veces es señal de esa madurez la capacidad de obedecer con decisión y sin rodeos. De ahí que en el seminario tenga que poder experimentarse la obediencia al obispo; lo que implica que el obispo se comporte realmente como padre de sus seminaristas y sacerdotes. Debería poder vivir con ellos, rezar con ellos, escucharlos y aconsejarlos. ¡Qué alegría ver a un obispo rodeado de sus seminaristas, como un padre rodeado de sus hijos! De ahí nace la confianza entre el obispo y sus sacerdotes, que deberá conservarse a lo largo de toda la vida. ¡Cuántos sacerdotes están demasiado solos! ¡Cuántos sacerdotes viven profundas crisis espirituales sin la presencia paternal de su obispo! La paternidad episcopal no puede ser una palabra vana reservada a los textos litúrgicos. Tiene que convertirse en una realidad.

Discurso de Pío XII a los seminaristas de Apulia

Prepararse para el sacerdocio significa formarse un alma sacerdotal.

El carácter sacramental del Orden sella, por parte de Dios, un pacto eterno de su amor de predilección, que exige de la criatura preescogida la correspondencia en la santificación. Pero, también como dignidad y misión, el Sacerdocio exige la adecuación personal de la criatura, so pena de ser juzgada como los invitados desprovistos de la vestidura nupcial y los siervos pródigos de los divinos talentos. A la dignidad concedida ha de corresponder, por lo tanto, una dignidad adquirida, para lo cual no basta ya un único acto de voluntad y de deseo, por muy intenso que fuera. En concreto, se es sacerdote cuando se forma un alma sacerdotal, empeñando incesantemente todas las facultades y energías espirituales para conformar la propia alma sobre el modelo del Eterno y Sumo Sacerdote, Cristo. A esta metamorfosis espiritual, cuyas dificultades no se ocultan, pero tampoco se silencian sus íntimas delicias, debe enderezarse la obra educadora de los seminarios.

El sacerdote es ante todo ministro de Cristo.

También en lo tocante a su futura actividad, deberá el seminarista adquirir conceptos superiores, derivados del estado de «ministro de Cristo» y de «administrador de los misterios de Dios» (1 Co 4, 1), de «colaborador de Dios» (1 Co 3, 9). El sagrado ministerio deberá condicionar cada acto y obra suyos. Será el hombre de las rectas y santas intenciones, semejantes a las que mueven a Dios a obrar. Toda mezcla de intenciones personales, sugeridas por la sola naturaleza, habrán de considerarse como indignas del carácter sagrado y como evasiones de su órbita. Si determinadas actividades le prodigaren satisfacciones humanas, dará gracias a Dios por ellas, aceptándolas como subsidio, mas no como sustitución, de las santas intenciones. Pero su principal actuación será estrictamente sacerdotal, esto es, la de mediador de los hombres al ofrecer a Dios el Sacrificio del Nuevo Testamento, con el dispensar los sacramentos y la Palabra divina, al rezar el divino Oficio en provecho y en representación del linaje humano.

Prepararse para el sacerdocio significa hacerse instrumentos aptos en manos de Dios.

¡Cuán inmensa es la dignación de Dios para los que Él escoge como instrumentos de su voluntad salvífica! Depositario y dispensador de los medios de salvación, el sacerdote, así como no puede disponer de ellos a su arbitrio, porque es «ministro», así debe mantener inalterada la autonomía de su persona, la libertad y la responsabilidad de sus actos. Él es, por lo tanto, consciente instrumento de Cristo, el cual, a manera de genial escultor, se sirve de él como del cincel para modelar en las almas la imagen divina. ¡Ay, si el instrumento rehusara seguir la mano del artista; ay, si, según el propio capricho, deformase su diseño! ¡Cuán mediocre resultaría la obra, si el instrumento, por propia culpa, fuese inepto! El fin de los seminarios es precisamente este: guiar a los jóvenes seminaristas para que se formen como instrumentos de Cristo, perfectos, eficaces y dóciles.

La necesidad de una sólida formación teológica.

Cierto es que Dios puede suplir la perfección y eficacia del instrumento; pero la docilidad depende de la humana voluntad. Un

instrumento indócil, resistente a las manos del artista, es inútil y dañoso: es más bien un instrumento de perdición. Dios puede hacerlo todo con un instrumento bien dispuesto, aunque fuere imperfecto; pero nada, por lo contrario, con un rebelde. Docilidad quiere decir obediencia; pero más aún «disponibilidad en las manos de Dios» para cualquier obra, necesidad, mudanza. La completa «disponibilidad» se logra mediante el desapego afectivo de las miras personales, de los propios intereses, y también aun de las más santas empresas. El desapego, a su vez, se funda en la humilde verdad, enseñada por Cristo: cuando hayáis realizado todas las cosas que se os han mandado, decid: Somos siervos inútiles. Mas ello no supone, por lo demás, según ya hemos indicado, ni disminución de empeño en los oficios que os hubieran confiado, ni renunciar a la legítima satisfacción por los buenos resultados obtenidos. La disciplina que os impone el seminario, con espíritu siempre paternal, no tiene otro fin que educaros en la docilidad hacia Cristo y la Iglesia.

Prepararse para la perseverancia.

Todo en torno a vosotros, amados seminaristas, os parece de color de rosa, en estos años de preparación, a los cuales os volveréis con el recuerdo, saturado de dulce nostalgia. Vuestro presente entusiasmo juvenil, las rectas intenciones que os animan, el empeño con que atendéis a la santificación, os hacen tal vez soñar un ministerio sacerdotal fecundo y tranquilo, cuya serenidad no será turbada ni siquiera por las luchas contra los enemigos de Dios. Os lo deseamos de corazón; mas no silenciemos la realidad. Necesario es que ya desde ahora os preparéis, en todo caso, para tolerar su flagelo, ejercitándoos en la vigilancia y en la perseverancia. Con el correr de los años, con el multiplicarse de trabajos y de luchas, con la natural disminución de las fuerzas físicas y psíquicas, no es ciertamente anormal que se produzcan en vuestro espíritu aquellas crisis profundas, que parecen ofuscar todo ideal, desarticular aun el más hermoso programa, apagar aun el más encendido fervor. A semejantes crisis, acompañadas tal vez por el imprevisto desencadenarse de las pasiones, con frecuencia se ha dado paso por haber descuidado las más elementales cautelas, cuando no precisamente con el involuntario cumplimiento de concretos deberes; pero, a veces, ellas sobrevienen igualmente, aun sin haberles dado ocasión, casi como huracanes imprevistos en un mar tranquilo. El ritmo

febril del dinamismo moderno, que impide al alma el interrogarse y el escucharse, las mil insidias puestas en asechanza en el común camino, la difusa desorientación de los espíritus concurren a crear estos dramas interiores. (...) Os conjuramos, por lo tanto, amados seminaristas, a que ya desde este momento os adiestréis para tales situaciones, previniendo y proveyendo. Medid, ante todo, vuestras fuerzas, mas calculando, en una única suma, las que Dios os dará; pero haced todo lo necesario para conservarlas intactas, para acrecerlas adoptando aquellas cautelas y recursos, que con tanta amplitud os ofrece la Iglesia. En el ejercicio de la perseverancia, mucho debéis esperar de la prudente guía de vuestros directores espirituales y, además, de la ininterrumpida morigeración en vuestras costumbres, del orden en vuestros horarios, de la moderación en emprender y desarrollar las actividades exteriores. Sublime es la dignidad a la que Dios os llama, numerosos y prontos los subsidios para vuestro uso saludable; mas todo podría resolverse en una dolorosa desilusión, si no fuereis solícitos, como vírgenes prudentes, en velar y en perseverar. Al clero anciano quisiéramos recomendar: no desalentéis al clero joven. Cierto que las desilusiones son inevitables, ya se deban a las condiciones generales humanas, ya a peculiares motivos locales; mas nunca deberán provenir de que sacerdotes provecos, desanimados tal vez por los desengaños de la realidad de la vida, entorpezcan las vivas energías del clero joven. Donde la madura experiencia no exige un no resuelto, dejadle hacer proyectos, dejadle ensayar y, si no todo saliere bien, confortadle y animadle para nuevas empresas.

Reflexión

Basta leer el evangelio para constatar que Jesús siempre confía los encargos a una persona, nunca a una institución. La Iglesia está fundada sobre la persona del obispo, y no sobre la conferencia episcopal o las oficinas diocesanas. ¡No hay nada más ridículo que pensar en Cristo queriendo crear comisiones! Conviene enseñar a los seminaristas a asumir plenamente su responsabilidad. Tienen que redescubrir una verdad católica: en la Iglesia todo es personal; nada debe ser anónimo. No obstante, hoy son muchos los obispos y los sacerdotes que se esconden detrás de las

conferencias episcopales, las comisiones e incluso los caminos sinodales. Todas esas comisiones, subcomisiones, equipos y oficinas de toda clase a veces resultan útiles, pero no deben ahogar ni eliminar la responsabilidad personal del obispo, ni hacerlo desaparecer detrás de las estructuras que orientan y deciden en su nombre. Nos quejamos de que nos faltan sacerdotes –y es cierto–, y al mismo tiempo a miles de eclesiásticos se les encarga una burocracia clerical que amenaza con acabar con el impulso misionero de la Iglesia. ¿De qué sirve tanto documento erudito, tantos papeles que no llega a leer nadie y que carecen de importancia para el pueblo cristiano y para la Iglesia viva? La fe es mucho más sencilla que todo eso. Jesús quiere personas veraces, libres, plenamente responsables de sus actos y autónomas; instrumentos dóciles en sus manos, y no estructuras ni máquinas. Como recuerda Pío XII, «depositario y dispensador de los medios de salvación, el sacerdote, así como no puede disponer de ellos a su arbitrio, porque es “ministro”, así debe mantener inalterada la autonomía de su persona, la libertad y la responsabilidad de sus actos. Él es, por lo tanto, consciente instrumento de Cristo, el cual, a manera de genial escultor, se sirve de él como del cincel para modelar en las almas la imagen divina». Por eso insiste Pío XII en el papel de los seminarios: «El fin de los seminarios es precisamente este: guiar a los jóvenes seminaristas para que se formen como instrumentos de Cristo, perfectos, eficaces y dóciles»; hombres que se alimenten y vivan de la oración, constantemente postrados ante el sagrario, personas perfectamente conscientes del increíble don que supone participar del sacerdocio de Cristo.

El poder sagrado de actuar *in persona Christi* dentro de la Iglesia, es decir, como Cristo Cabeza de la Iglesia en persona, siempre ha tenido un carácter personal. El efecto propio del sacramento del orden consiste en modificar sustancialmente el organismo sobrenatural del ordenando, de manera que, obrando con movimiento propio, se convierta en causa instrumental de la acción sacerdotal de Cristo. Como instrumento vivo de Cristo, el sacerdote congrega en la comunión de la Iglesia a quienes Jesús ha salvado para la eternidad por medio de su único sacrificio. Y lo hace prestando voluntariamente cada día y para siempre su propia persona a Jesús, único Sumo Sacerdote.

Ser otro Cristo o el mismo Cristo para cada persona humana: a eso se le llama ser «apóstol». Ser apóstol consiste en tender a configurarse con

Cristo, en parecerse a Cristo. Y parecerse a Cristo es tender a la perfección; o, dicho de otro modo, es luchar por adquirir las cualidades necesarias para el ejercicio del ministerio sacerdotal. Se puede decir que eso es también lo que exige el pueblo cristiano. Porque el pueblo cristiano quiere ver en su pastor no solo a un hombre que destaca por sus dones y virtudes, incluidas las naturales, sino a una persona prudente y equilibrada en sus juicios, firme y serena en sus actos, imparcial y organizada, generosa y dispuesta a perdonar, amiga de la concordia y de la paz, y enemiga de la ociosidad. Para el sacerdote, incluso las virtudes llamadas «naturales» son exigencias del apostolado, porque sin ellas ofendería y rechazaría a los demás sin respeto ni consideración.

En su exhortación apostólica postsinodal *Pastores dabo vobis*, Juan Pablo II se hace eco del papa Pío XII al insistir en la formación humana y filosófica como fundamento de toda la formación sacerdotal. Pone el acento en la formación espiritual, en comunión con Dios y a la búsqueda de Cristo. Y se detiene minuciosamente en la formación intelectual y teológica para el conocimiento de la fe y en la formación pastoral para vivir y transmitir la caridad de Jesucristo, el Buen Pastor [1].

A esta perfección ya adquirida –en la medida de lo posible–, hay que añadir las perfecciones propias del estado sacerdotal, es decir, la santidad. En su discurso Pío XII insiste en la necesidad de la santidad para el sacerdote: este debe ser consciente de que Dios lo llama constantemente a la santidad, porque es la presencia misma y la prolongación de Jesucristo en la tierra.

XIV

Hijos de la Iglesia

Partiendo de una reflexión de san Agustín

Introducción

Según san Gregorio Magno, en tiempos de Cristo la Iglesia todavía era niña; de ahí que aún no pudiera ejercer su función maternal. Al ser tan pequeña, apenas una recién nacida, era incapaz de predicar la Palabra de Vida. No obstante, después de recibir el Espíritu Santo, se convirtió en una madre fecunda, y gracias al ministerio de los predicadores y de los pastores se extendió por el mundo la salvación. La Iglesia es «adulta» cuando, unida al Verbo de Dios y llena del Espíritu Santo, se enriquece por medio de los hijos a los que concibe y engendra; estos nacen a la vida al convertirse y la Iglesia hace de ellos auténticos creyentes, auténticos discípulos de Jesucristo. Y un auténtico hijo de la Iglesia, dice Benedicto XVI, no da demasiada importancia a la batalla por la reorganización de las formas externas de la Iglesia: «Los verdaderos creyentes (...) viven de lo que la Iglesia siempre fue. Y si alguien quiere saber lo que es la Iglesia, que entre en ella. Pues la Iglesia no está sobre todo donde se organiza, se reforma o se gobierna, sino en los que creen con sencillez y reciben en ella el don de la fe, que para ellos es vida. Solo sabe qué fue la Iglesia de antes y qué es la Iglesia de ahora el que ha experimentado cómo la Iglesia sitúa al hombre por encima de sus formas y servidumbres, y cómo es para él patria y esperanza, patria que es esperanza, camino que lleva a la vida eterna» [1].

Como ya puse de manifiesto en un libro anterior a este, «lo que urge es recuperar una mirada de fe sobre todas las cosas. Reformar de arriba abajo

las instituciones alimenta la ilusión de que lo importante es lo que hacemos nosotros, nuestra acción humana, la única que nos parece eficaz. En realidad, una reforma así solo traslada el problema. Creo que es esencial y urgente discernir la verdadera naturaleza de la crisis y ser consciente de que el mal no reside únicamente en las instituciones eclesiales. Ningún cambio aplicado a la organización de la curia será capaz de corregir las mentes, los sentimientos y las costumbres. ¿En qué consiste una «reforma» en el sentido más puro de la palabra? Se trata de una reconfiguración: un retorno a la forma original, la que procede de las manos de Dios. La auténtica reforma de la Iglesia consiste en volver a dejarse modelar por Dios: «“Verdadera ‘reforma’, por consiguiente, no significa entregarnos desenfrenadamente a levantar nuevas fachadas, sino (al contrario de lo que piensan ciertas eclesiologías) procurar que desaparezca, en la medida de lo posible, lo que es nuestro, para que aparezca mejor lo que es suyo, lo que es de Cristo. Es esta una verdad que conocieron muy bien los santos: estos, en efecto, reformaron en profundidad a la Iglesia no proyectando planes para nuevas estructuras, sino reformándose a sí mismos. Lo que necesita la Iglesia para responder en todo tiempo a las necesidades del hombre es santidad, no *management*”, afirmaba el cardenal Ratzinger en su *Informe sobre la fe*» [2].

San Agustín, Carta 208

No dudo de que se ha turbado tu alma por tu fe y por la debilidad o iniquidad ajenas, dado que el santo Apóstol, lleno de entrañas de caridad, confiesa, diciendo: ¿Quién enferma, que no enferme también yo? ¿Quién se escandaliza, sin que me abraza también yo? Porque también yo lo siento, y porque estoy solícito de tu salud, que radica en Cristo, pensé que debía enviar a tu santidad esta carta de consuelo o exhortación. En el Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, que es su Iglesia y la unidad de sus miembros, te has convertido en una hermana para mí, pues te amo como a miembro honorable en el organismo cristiano y vives conmigo en el santo espíritu de Cristo.

Te amonesto a que no te dejes perturbar más de lo normal por estos escándalos. Se nos predijo que vendrían, para que al llegar recordáramos que estaban anunciados y no nos turbásemos demasiado. El mismo Señor los anunció en el Evangelio: ¡Ay del mundo por los escándalos! Es menester que vengan escándalos, pero ¡ay de aquel hombre por quien venga el escándalo! ¿Quiénes son esos hombres, sino aquellos de quienes dice el Apóstol: Buscan sus intereses, no los de Jesucristo? Hay algunos que ocupan la cátedra de pastor para mirar por la grey de Cristo. Pero hay otros que ocupan para gozar de sus honores temporales y comodidades seculares. Es preciso que en la Iglesia católica perduren hasta el fin del siglo y hasta el juicio del Señor estos dos linajes de pastores, pues unos nacen mientras otros mueren. Ya en los tiempos apostólicos había algunos falsos hermanos, entre los que gemía el Apóstol, diciendo: Peligros de parte de los falsos hermanos. Pero no los apartó por soberbia, sino que los soportó con tolerancia. ¿Cuánto más necesario será que los haya en nuestros tiempos, puesto que el Señor, hablando del tiempo presente, que se acerca a su fin, dice claramente: Porque abundará la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos? Pero debe consolarnos y exhortarnos lo que dice a continuación: Quien perseverare hasta el fin, este será salvo.

Como hay pastores buenos y malos, así también hay buenos y malos en la grey. A los buenos se les llama ovejas; a los malos, cabritos. Pero pacen juntos y mezclados hasta que llegue el Príncipe de los pastores, que se llama el único Pastor, y separe, como él mismo prometió, las ovejas de los cabritos. A nosotros nos impuso la unión, y Él se reservó la separación, pues debe separar el que no puede equivocarse. Los siervos orgullosos que antes del tiempo osaron con ligereza separar lo que el Señor se reservó para sí, quedaron ellos separados de la unidad católica. Si se mancillaron con el cisma, ¿cómo pudieron tener un rebaño limpio?

Hemos de permanecer en esa unidad, sin abandonar la era del Señor, ofendidos por el escándalo de la paja, perseverando más bien como trigo hasta el fin de la bielta y tolerando con el sólido peso de la caridad la paja triturada. Con ese fin nos amonesta nuestro Pastor en el Evangelio acerca de los buenos pastores, para que ni aun por sus obras

buenas pongamos en ellos nuestra confianza, sino que glorifiquemos al Padre, que está en los cielos y que los hizo tales, y le glorifiquemos también por los pastores malos, a quienes quiso indicar con el nombre de escribas y fariseos, porque predicán el bien y hacen el mal.

De los buenos pastores habla así: Vosotros sois la luz del mundo. No puede esconderse la ciudad edificada sobre el monte, ni se enciende la lámpara para ponerla debajo del celemín, sino sobre el candelero, para que alumbre a todos los que están en la casa. Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras obras buenas y glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos. Acerca de los malos pastores amonesta a las ovejas, diciendo: Están sentados sobre la cátedra de Moisés. Haced lo que dicen, pero no hagáis lo que hacen, pues dicen y no hacen. Oyendo esto las ovejas de Cristo, oyen la voz de Cristo aun a través de los doctores perversos, y no abandonan su unidad. Porque el bien que les oyen decir no es de ellos, sino de Cristo. Y pacen tranquilas porque se nutren de los pastos del Señor aun bajo los malos pastores. Pero no imitan las malas obras de los pastores, porque esas obras no son de Cristo, sino de ellos. A los que ven buenos, no solo les oyen el bien que dicen, sino que les imitan en las buenas obras que hacen. Uno de ellos era el Apóstol, que decía: Sed imitadores míos como yo lo soy de Cristo. Esa lámpara que estaba encendida en la luz sempiterna, en el mismo Señor Jesucristo, y estaba puesta en el candelero, pues se gloriaba de la cruz de Cristo. Por eso dice: Lejos de mí el gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo. No buscaba sus intereses, sino los de Cristo, y por eso, aunque exhorta a que le imiten aquellos a quienes había engendrado por el Evangelio, sin embargo, reprende gravemente a los que habían provocado cismas utilizando el nombre de los apóstoles. Reprende, pues, a los que decían: Yo soy de Pablo. ¿Acaso Pablo –les dice– ha sido crucificado por vosotros? ¿O habéis sido bautizados en el nombre de Pablo?

Por aquí entendemos que los buenos pastores no buscan sus intereses, sino los de Jesucristo, y que las buenas ovejas, aunque imiten las obras de los buenos pastores, no ponen su esperanza en aquellos por cuyo ministerio se congregaron, sino más bien en el Señor, por cuya sangre fueron redimidas, para que cuando se encuentren con los pastores malos, que predicán la doctrina de Cristo y ejecutan sus propias acciones

malas, hagan lo que ellos dicen, pero no lo que ellos hacen, ni abandonen los pastos de la unidad por los hijos de la iniquidad. Hay buenos y malos en la Iglesia católica, que se dilata y difunde por todas las naciones, según se le prometió, no solo por África, como el partido de Donato, y que, como dice el Apóstol, fructifica y crece por todo el mundo. Pero nadie puede ser bueno si se separa de ella, mientras piense lo contrario de ella, ya que, aunque alguno pueda parecer bueno por su buena conducta, le hace malo la misma división, ya que dice el Señor: El que no está conmigo; está contra mí, y el que conmigo no recoge, desparrama.

Por eso, te exhorto, señora justamente digna de acogida e hija honorable entre los miembros de Cristo, a mantener con fidelidad lo que el Señor te dio y a que le ames con todo tu corazón, lo mismo que a su Iglesia, pues no permitió que con los perdidos perdieras el fruto de tu virginidad o que pereciese. Si salieras de este mundo apartada de la unidad del Cuerpo de Cristo, nada te serviría el haber conservado la integridad de tu cuerpo. Mas Dios, que es rico en misericordia, hizo contigo lo que está escrito en el Evangelio. Cuando los invitados a la cena del padre de familia se excusaron, dijo a sus siervos, entre otras cosas: Salid a los caminos y setos y obligad a entrar a los que halléis. Verdad es que debes amar a los buenos siervos con sinceridad, pues por su ministerio fuiste obligada a entrar. Pero has de poner tu esperanza en aquel que preparó el convite, por el cual tú estás preocupada, pensando en la vida eterna y bienaventurada. Encomendándole a Él tu corazón, tu compromiso, tu virginidad, tu fe, esperanza y caridad, no te afectarán los escándalos, que abundarán hasta el fin, sino que te salvarás con el firme vigor de la piedad y serás gloriosa en el Señor, perseverando en su unidad hasta el fin. Hazme conocer en tu contestación cómo recibes esta solicitud que siento por ti, y que he procurado insinuarte como he podido en mi carta. La misericordia y la gracia de Dios te protejan siempre [3].

Reflexión

La Iglesia engendra hombres y mujeres de fe, verdaderos creyentes y santos. Trae al mundo verdaderos testigos de Cristo que incluso mueren por Él y a causa del Evangelio. Engendra hijos e hijas de Dios. Ya san Agustín se refirió de un modo espléndido a este misterio de la *Mater Ecclesia* en una carta: «La madre Iglesia es también madre de tu madre. Ella os concibió de Cristo, os dio a luz en sangre de mártires, os parió a luz sempiterna, os nutrió y nutre con la leche de la fe, os prepara alimentos más sólidos, y se horroriza al ver que aún queréis ser niños y lanzar vagidos sin dientes. Esta Madre, difundida por todo el orbe, se ve agitada por variados y múltiples ataques del error: algunos hijos abortivos ya no dudan en luchar contra ella con armas mortíferas. Por la cobardía y pesadez de algunos que tiene que llevar en su regazo, se lamenta de que sus miembros se enfrían en muchos lugares y se hace menos capaz de ayudar a sus pequeños. ¿Cómo podrá lograrlo sino por otros hijos, por otros de sus miembros en cuyo número te encuentras tú, y a los que pide auxilio justo y debido? ¿Olvidarás sus necesidades para entrenarte en palabras carnales? ¿Acaso no hace llegar a tus oídos todo esto con lamentos más tristes? ¿No te muestra entrañas más amables y pechos celestes?».

Ya en el siglo IV, en tiempos de san Agustín, y hasta el siglo VI, en medio de los desórdenes y la confusión provocados en Occidente por toda clase de trágicos acontecimientos, poco a poco los obispos van invistiéndose de poder político y muchas veces sus nuevas responsabilidades los alejan del ministerio pastoral y de su vocación específicamente espiritual. También hoy muchos obispos y sacerdotes dedican demasiadas energías y demasiado tiempo a cuestiones políticas, socioeconómicas o ecológicas. La falta de una sólida cultura teológica y exegética, la mediocridad espiritual, el miedo a los medios de comunicación y el deseo de contar con la aprobación de la sociedad moderna explican que algunos pastores hayan descuidado a menudo la enseñanza de la fe: de ahí la necesidad y la urgencia de recordarles hoy con insistencia su deber prioritario de ser mensajeros de la Palabra de Dios y de aprender a cumplir ese deber con audacia, celo y competencia. Hoy se puede medir el alcance de la célebre y enérgica homilía que Gregorio Magno dirigió a una asamblea de obispos convocada en Letrán y que supone una invitación a un sincero examen de conciencia pastoral: «Es el propio Cristo quien envía a estos pastores que somos nosotros en misión delante de Él, en palabras del

evangelio de san Lucas: “Después de esto, designó el Señor otros setenta y dos, y los mandó delante de él, de dos en dos, a todos los pueblos y lugares donde pensaba ir” (*Lc* 10, 1-3)» [4]. El deber de los pastores, por tanto, consiste en preparar los caminos del Señor.

San Gregorio Magno se lamenta del silencio y de la inercia de muchos pastores de su época. Lo que escribía en el siglo VI resulta hoy de tremenda actualidad: «Oigamos lo que dice a los predicadores que envió: “La mies, en verdad, es mucha; mas los trabajadores, pocos. Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies”. Para la mies abundante son pocos los obreros –cosa que no podemos decir sin gran tristeza–; porque, si bien no faltan los que oyen las cosas buenas, faltan quienes las digan. Vedlo: el mundo está lleno de sacerdotes; pero, con todo, es muy difícil hallar un obrero en la mies del Señor, porque recibimos, sí, el oficio sacerdotal, pero no cumplimos el deber del oficio» [5]. ¿Qué diría hoy san Gregorio, con los 400.000 sacerdotes que hay en el mundo? ¿No deberíamos retomar sus palabras?: «El mundo está lleno de sacerdotes; pero, con todo, es muy difícil hallar un obrero en la mies del Señor». «Ojalá que, ya que no somos bastantes los que nos consagramos a la predicación, desempeñáramos nuestro ministerio con santidad de vida (...). Pero muchos, cuando reciben el derecho de regir, se entregan con ardor a maltratar a los súbditos; hacen que se tema su poder y dañan a los que debieran aprovechar; y, como no tienen entrañas de caridad, gustan de ostentar su dominio, no tienen de ningún modo en cuenta que deben mostrarse como padres» [6].

Ante este pueblo que agoniza, los pastores hemos de recordar que somos los responsables de su muerte espiritual. A los pastores enviados en misión se les dice: «Vosotros sois la sal de la tierra (...). Vosotros sois la luz del mundo» (*Mt* 5, 13-14). Si el pueblo es el alimento de Dios, los sacerdotes deberían ser el condimento de ese alimento. Por desgracia, la sal se ha vuelto insípida, sin sabor. Aun así, san Gregorio Magno no renuncia a volver a despertar el celo misionero de los pastores. Y nos pregunta sin ambages: «Examinemos a ver quiénes por nuestra predicación se han convertido jamás; quiénes por nuestra increpación se han corregido de su perverso proceder y han hecho penitencia; quién debido a nuestra instrucción abandonó la lujuria, quién la avaricia, quién ha depuesto la soberbia».

Conclusión

La alegría de ser sacerdote

A lo largo de estas reflexiones he querido ceder la palabra a los santos, a los papas: en una palabra, a la Iglesia. Permitidme ahora que concluya con unas palabras más personales. Querría haceros una confidencia. Todos los días, cada mañana y cada noche, me maravillo de la gracia que he recibido de Dios al llamarme a ser sacerdote. Todos los días me asombro: ¿cómo ha podido Jesucristo fijarse en mi miseria? ¿Por qué me ha elegido sacerdote suyo, a mí, a ese niño de Ouros? ¿Por qué vino a buscarme a mi pequeño poblado guineano? ¿Por qué a mí, ignorante e indigno? Todos los días valoro el don gratuito e inmerecido con que me ha colmado. Esta toma de conciencia diaria es una fuente permanente de paz y de alegría. Sí, todos los días puedo celebrar el santo sacrificio de la misa; todos los días subo al Calvario con Cristo. Todos los días muero con Él en la cruz. Todos los días oro con Él, intercedo por el mundo entero recitando las Horas del breviario. La liturgia de las horas es un tesoro espléndido que nos permite permanecer constantemente delante de Dios junto con toda la Iglesia para alabarle y servirle. La oración, la adoración diaria ante el Santísimo Sacramento son la entraña de la vida del sacerdote y su actividad primera.

¿Es una carga demasiado pesada para nuestros débiles hombros humanos? Por supuesto. Pero cuando Jesús nos carga con su cruz, la lleva con nosotros. Querría rememorar un episodio inolvidable de mi vida de sacerdote. En febrero de 1992, san Juan Pablo II hizo un viaje apostólico a Guinea que resultó un rotundo éxito. El 25 de febrero de 1992 este papa santo ordenó a tres sacerdotes durante una misa celebrada en el inmenso estadio de la capital. En su homilía pronunció unas palabras memorables que aún siguen resonando en mi alma: «El cáliz que bebió Cristo fue su sacrificio cruento en el Gólgota. Mediante este sacrificio, Cristo-Siervo llevó a cabo la redención del mundo. Así se cumplieron las palabras dirigidas por Cristo a sus discípulos: “El Hijo del hombre no ha venido a ser

servido, sino a servir y dar su vida en rescate por muchos”. El sacerdote que celebra el sacrificio del Cuerpo y la Sangre de Cristo debe participar de ese mismo espíritu de servicio: “Será siervo, igual que el Hijo del hombre”. El sacerdocio que recibís, amados hijos, es el sacramento del servicio: servid a Dios sirviendo al Pueblo de Dios, a vuestros hermanos y hermanas, entre los cuales habéis sido llamados.

»Al responder gozosamente a esta llamada, adquiriréis un magnífico compromiso: libremente y sin reservas, ofrecéis vuestra persona al Señor para su Iglesia. Renunciáis a formar una familia y os consagrais enteramente para una plena y rotunda disponibilidad. Prometéis humilde obediencia al obispo que os llama al orden sagrado y, a través de él, os sometéis a la Iglesia y a Cristo para participar en la misión compartida con todo el presbiterado. Os comprometéis a participar fielmente en la oración de la Iglesia para que vuestra intimidad con el Señor inspire y haga fecundo vuestro ministerio.

»Este ministerio os une de un modo particular a Cristo, único Sacerdote de la Nueva Alianza, Sacerdote Eterno. La imposición de manos os consagra enteramente por el don del Espíritu Santo; con la unción de vuestras manos se os permite ofrecer a Dios el sacrificio eucarístico en nombre de Cristo (*in persona Christi*). El sacrificio eucarístico es el centro de toda la misión del sacerdote. Participando día tras día de la ofrenda suprema del Salvador, el sacerdote ofrece junto con Él la humanidad entera al Padre que le ama. Vosotros, sacerdotes, encargados de actuar en nombre de Cristo, vivid inundados de su amor y transmitiendo sus dones en vuestros encuentros y en vuestras múltiples actividades. A ejemplo del Señor, estad cerca de los más humildes, escuchad y aliviad los padecimientos, compartid las alegrías de vuestros hermanos y hermanas. Así seréis en el mundo testigos del Verbo de Vida.

»Al celebrar el sacrificio de Cristo participaréis de su solicitud por la salvación de las almas que os serán confiadas, la solicitud del Buen Pastor. Por eso el apóstol Pablo os habla a través de las palabras que dirigía a su discípulo Timoteo: “Te conjuro delante de Dios y de Cristo Jesús (...): proclama la Palabra, insiste a tiempo y a destiempo, arguye, reprocha, exhorta con toda magnanimidad y doctrina”. No te desanimes cuando los hombres “se nieguen a escuchar la verdad”. No te desanimes... “Sé sobrio

en todo, soporta los padecimientos, cumple tu tarea de evangelizador, desempeña tu ministerio”».

Esa misma tarde, después de su encuentro con los jóvenes guineanos, en los jardines del arzobispado el papa coronó la imagen de la Santísima Virgen ubicada dentro de una réplica de la gruta de Lourdes. Aún puedo verle, arrodillado delante de la Madre de Dios, a quien tanto amaba. Pasó un buen rato en silencio, como inmerso en una profunda e intensa oración. A todos los asistentes les conmovió aquel momento solemne de silencio. Era como si quisiera introducirnos e iniciarnos en una honda devoción filial a María, Madre de Jesús y Madre del sacerdocio. Juan Pablo II deseaba enseñarnos que, como dice san Bernardo, «todo nos viene por María. Ved, hermanos míos, con qué sentimientos de devoción quiere que honremos a María ese Dios que ha depositado en ella la plenitud de todos los bienes. Todas nuestras esperanzas, las gracias que poseemos y las prendas de salvación, debemos reconocer que nos vienen por conducto de aquella que está colmada de delicias... Suprimid el sol que ilumina el mundo, y desaparece el día. Suprimid a María, esa estrella del mar, de nuestro inmenso mar sin orillas: ¿qué nos queda sino profunda oscuridad, sombra de muerte y tinieblas espesas? Honremos, pues, a María desde el fondo de las entrañas, con nuestros mejores sentimientos. Tal es la voluntad de Aquel que quiso que todo lo recibamos por ella”. Convencidos de esta doctrina, no dudamos en afirmar que el apóstol, por mucho que trabaje en su santificación, en su progreso espiritual y en la fecundidad de su apostolado, se expone a edificar sobre arena si su actividad no se apoya en una especialísima devoción a Nuestra Señora» [1].

Esta es la enseñanza que quiso dejarnos el papa Juan Pablo II a los laicos y a los sacerdotes de Guinea y del mundo entero. Cuando se levantó, se acercó despacio a mí y depositó sobre mis hombros la estola que llevaba. Me conmoví, sin entender el significado de su gesto. Tardé un tiempo en interpretarlo. En realidad, era como si, a través de la persona del papa, Cristo volviera a dirigirme las palabras de mi ordenación. Cristo, a través de la Iglesia, volvía a revestirme con su estola. Jesús me decía: «Ve, sé el pastor de mis ovejas: ámalas, guíalas, enséñales y, sobre todo, aliméntalas con mi cuerpo y con mi sangre». Y, al mismo tiempo, parecía decirme: «Lleva la carga sobre tus hombros. Si permaneces junto a mí, será suave y ligera. Toma mi cruz sobre tus hombros. ¡Ven conmigo a salvar a las

almas!». Queridos hermanos sacerdotes: esto es lo que os dijo Jesús el día en que recibisteis la estola sobre vuestros hombros. Eso es lo que os dice cada vez que os revestís con ella para celebrar la misa o un sacramento. La estola es nuestra dicha, porque es el signo de nuestra llamada. Ese día, con ese gesto, Juan Pablo II me decía: «No te desanimes». Nos lo dice a todos: «No te desanimes aunque parezca que los hombres ya no quieren oír ni escuchar la Palabra de Verdad. No te desanimes. Sigue avanzando, llevando la cruz con Cristo. No te desanimes. Conserva en el fondo de tu alma la alegría de ser un humilde y fiel servidor del Redentor. ¡No te desanimes!».

Por supuesto, en la vida del sacerdote no faltan ni los sufrimientos ni las penas. A veces nos pesa la preocupación por todas las iglesias (2 Co 11, 28). Pero nada podrá acabar con nuestra profunda alegría. Nada podrá separarnos de Cristo-sacerdote. A veces el sacerdote es un hombre agotado, agobiado, abandonado como Jesús en el Gólgota, pero nunca desespera. Porque sabemos que no contamos únicamente con nuestras fuerzas: aunque nos falten, Él siempre será fiel. Estará siempre con nosotros. Siempre dará sacerdotes a su Iglesia. Siempre será la alegría, la mayor alegría de sus sacerdotes. Hay días en que la Iglesia es como una nave a punto de naufragar, pero sabemos que Cristo está presente en ella aunque parezca dormido. También en nuestro corazón de sacerdotes, aunque parezca guardar silencio, Cristo sigue presente y seguirá estándolo *para la eternidad*.

Notas

Notas de la Introducción

[1] San Juan Crisóstomo, *Diálogo sobre el sacerdocio*, libro VI, 2, Madrid, Ciudad Nueva, 2002.

[2] *La Tradition sacerdotale: études sur le sacerdoce*, Biblioteca de la Facultad Católica de Teología de Lyon, vol. 7, Le Puy, éditions Xavier Mappus, 1959, cfr. pp. 170 ss.

[3] Gregorio de Nisa, *Tratado sobre el perfecto modelo del cristiano*, Liturgia de las Horas, jueves, XIX semana.

[4] Cardenal Robert Sarah, *Desde lo más hondo de nuestros corazones*, Madrid, Palabra, 2020.

Notas del Capítulo I

[1] Henri de Lubac, *Meditación sobre la Iglesia*, Madrid, Encuentro, 2008.

[2] San Agustín, *Sermón 44*, 11.

[3] Henri de Lubac, *Meditación sobre la Iglesia*, op. cit., pp. 241-242.

[4] Santa Catalina de Siena, *El diálogo. Oraciones y soliloquios*, Madrid, BAC, 1996.

[5] Cfr. San Agustín, *Tratados sobre el evangelio de san Juan*, tratado 32, n. 8.

[6] San Juan Crisóstomo, *Homilía en defensa de Eutropio*, c. 6, PG 52, 402.

[7] Georges Bernanos, “Frère Martin”, en *La vocation spirituelle de la France*, textos inéditos reunidos y preparados por Jean-Loup Bernanos, París, Plon, 1975.

[8] *Comentario de san Cirilo a la Segunda Carta a los Corintios*.

[9] Cfr. Jacques Maritain, *Tres reformadores: Lutero, Descartes, Rousseau*, Madrid, Encuentro, 2006.

[10] Cfr. Raniero Cantalamessa, *Primera predicación de Adviento en el Vaticano*, 6 de diciembre de 2013.

[11] Extracto del *Testamento* de san Francisco de Asís, 1-3, citado en P. Raniero Cantalamessa, op. cit.

Notas del Capítulo II

[1] San Agustín, *Tratados sobre el evangelio de san Juan*, tratado 6, n. 7.

[2] Juan Pablo II, *Retiro espiritual con sacerdotes, diáconos y seminaristas en Ars (Francia)*, n. 5.

[3] Gregorio Magno, *Regla pastoral*, Madrid, Ciudad Nueva, 2001.

[4] *Ibidem*.

Notas del Capítulo III

[1] Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, nn. 1 y 2.

[2] *Pensamiento 974 (949)*, en Blaise Pascal, Pascal, Madrid, Gredos, 2012.

[3] San Juan Crisóstomo, *Diálogo sobre el sacerdocio*, Madrid, Ciudad Nueva, 2002.

[4] Bernard Nodet, *Jean-Marie Vianney, curé d’Ars. Sa pensée, son cœur*, París, Éditions du Cerf, 2006, p. 99.

Notas del Capítulo IV

[1] Const. dogm. sobre la Iglesia *Lumen gentium*, n. 21.

[2] Cardenal Lustiger, homilía de ordenación, 28 de junio de 1986.

[3] *Sacrosanctum concilium*, n. 7.

[4] Cfr. Benedicto XVI, *Homilía*, Jueves Santo, 5 de abril de 2007.

[5] Marie-Michel Philippon, *Diario espiritual de una madre de familia: Concepción Cabrera de Armida*, Madrid, Ciudad Nueva, 1999.

Notas del Capítulo V

[1] Cardenal Robert Sarah (con Joseph Ratzinger, Benedicto XVI), *Desde lo más hondo de nuestros corazones*, Madrid, Palabra, 2020.

[2] Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium*, n. 41.

[3] *Ibidem*, n. 31.

[4] Cardenal Jean-Marie Lustiger, “La vocación de los sacerdotes”, Discurso pronunciado en Roma el 15 de octubre de 2003 para inaugurar el Congreso de cardenales y presidentes de las conferencias episcopales reunidos con ocasión de los veinticinco años de pontificado de Juan Pablo II.

[5] Hugh Gilbert, *Déployer le mystère*, Éditions de Solesmes, 2020.

[6] Bernard Nodet, *Jean-Marie Vianney, curé d’Ars. Sa pensée, son coeur*, op. cit.

Notas del Capítulo VI

[1] San Juan Pablo II, Exhortación apostólica postsinodal *Pastores dabo vobis*, 25 de marzo de 1992, n. 19.

[2] Santa Teresa de Lisieux, manuscrito autobiográfico, Ms C, fol. 25.

[3] San Juan de la Cruz, “Cántico espiritual”, cántico B, canción 29, 3, en *Obras completas*, Madrid, BAC, 2005.

[4] San Bernardo, “Tratado sobre las costumbres y oficios de los obispos”, *Obras completas*, tomo II, Madrid, BAC, 1994.

[5] San Bernardo, “Sermón a los clérigos sobre la conversión”, *Obras completas*, tomo I, Madrid, BAC, 1983.

[6] San Bernardo, “Sobre la consideración del papa Eugenio”, *Obras completas*, tomo II, Madrid, BAC, 1994. La palabra «consideración» se ha sustituido sistemáticamente por «oración».

[7] San Juan Pablo II, *Redemptoris missio*, n. 91, 7 de diciembre de 1990.

[8] Tertuliano, *Tratado sobre la oración*, Liturgia de las horas, Jueves de la III semana de Cuaresma.

[9] Albert Vanhoye, *Le Don du Christ. Lecture spirituelle*, París, Bayard, 2005, p. 48.

Notas del Capítulo VII

[1] San Agustín, *Confesiones*, t. 1, 1, 1.

[2] Concilio ecuménico Vaticano II, Decreto sobre el ministerio y la vida de los presbíteros *Presbyterorum ordinis*, n. 8, 7 de diciembre de 1965.

Notas del Capítulo VIII

[1] Concilio ecuménico Vaticano II, Decreto sobre el ministerio y la vida de los presbíteros *Presbyterorum ordinis*, n. 15, 7 de diciembre de 1965.

[2] Cfr. *Ibidem*.

[3] Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium*, n. 42.

[4] Exhortación apostólica *Familiaris consortio* (22 de noviembre de 1981), n. 16; AAS 74 (1982), p. 98.

[5] *Propositio* 11.

[6] Cfr. Decreto sobre el ministerio y la vida de los presbíteros, *Presbyterorum ordinis*, n. 17.

[7] *Ibidem*.

[8] Juan Pablo II, Exhortación apostólica postsinodal *Pastores dabo vobis*, 25 de marzo de 1992.

[9] Juan Pablo II, Exhortación apostólica postsinodal *Pastores dabo vobis*, 25 de marzo de 1992, n. 50.

[10] Louis Bouyer, *El sentido de la vida sacerdotal*, Barcelona, Herder, 1967.

[11] “Monde chrétien et monde moderne” [Mundo cristiano y mundo moderno], *Esprit*, 1960, citado en Leon Arthur Elchinger, *Je plaide pour l’homme*, París, Fayard, 1976.

[12] Cardenal Robert Sarah, *Desde lo más hondo de nuestros corazones*, Madrid, Palabra, 2020, pp. 56-57.

Notas del Capítulo IX

[1] George Bernanos, *Le Journal d’un curé de campagne*, París, Plon, 1936 [Versión de la traductora].

[2] Y. Congar, “Structure du sacerdoce chrétien” en Henri de Lubac, *Meditación sobre la Iglesia*, Madrid, Encuentro, 2008.

[3] Benedicto XVI, «Palabras del Santo Padre Benedicto XVI al final del Vía Crucis», 22 de abril de 2011.

[4] San Grignon de Montfort, *Tratado de la verdadera devoción*, c. V, art. V, § 1.

Notas del Capítulo X

[1] John Henry Newman, *Meditaciones sobre la vida cristiana*, Barcelona, Luis Gili, 1912.

[2] John Henry Newman, *op. cit.*

[3] San Pedro Crisólogo, *Sermón sobre el sacrificio espiritual*.

[4] Guillaume de Tocco, *Histoire de saint Thomas d’Aquin*, traducido y editado por Claire Le Brun-Gouanvic, «Sagesse chrétienne», ediciones du

Cerf, 2005.

[5] Cfr. San Cirilo de Jerusalén, *Catequesis* 22, 3.

[6] Tertuliano, *Sobre la predicación apostólica*, liturgia de las horas, jueves de la V semana de Pascua.

Notas del Capítulo XI

[1] Colecta de la misa votiva del Santísimo Sacramento, B, *Missale Romanum*.

[2] «Hablamos del “divinum Mysterium”, del “Sanctissimum” o del “Sacrosanctum”, es decir, del “Sacro” y del “Santo” por excelencia. A su vez las Iglesias Orientales llaman a la Misa “raza”, esto es, “mystérion”, “hagiasmós”, “quddasa”, “qedassé”, es decir, “consagración” por excelencia. Hay además ritos litúrgicos que, para inspirar el sentido de lo sagrado, exigen bien sea el silencio, el estar de pie o de rodillas, bien sea las profesiones de fe, la incensación del evangelio, del altar, del celebrante y de las sagradas Especies. Es más, tales ritos reclaman la ayuda de los seres angélicos, creados para el servicio del Dios Santo: con el “Sanctus” de nuestras Iglesias latinas, con el “Trisagion” y el “Sancta Sanctis” de las Liturgias de Oriente».

[3] Concilio ecuménico Vaticano II, Decreto sobre el ministerio y la vida de los presbíteros *Presbyterorum ordinis*, n. 12, 7 de diciembre de 1965.

[4] Juan Pablo II, *Discurso con ocasión del retiro espiritual de sacerdotes, diáconos y seminaristas*, Ars, 6 de octubre de 1986.

[5] Cfr. Josemaría Escrivá de Balaguer, “Sacerdote para la eternidad”, en *Amar a la Iglesia*, Madrid, Palabra, 2004.

[6] Bernard Nodet, *Jean-Marie Vianney, curé d’Ars. Sa pensée, son coeur*, op. cit.

[7] *Gaudium et spes*, n. 1.

Notas del Capítulo XII

[1] Plegaria eucarística III.

[2] E. Cothenet, M. Morgen, A. Vanhoye, *Les Dernières Épitres: Hébreux, Jacques, Pierre, Jean, Jude*, París, Bayard, 1977.

[3] Jorge Mario Bergoglio, *Reflexiones en esperanza*, Ediciones Universidad del Salvador, 1992.

[4] San Gregorio Nacianceno, *Homilía de Pascua*, en *Liturgia de las horas*, t. 2.

[5] Juan Pablo II, *Don y misterio*.

Nota del Capítulo XIII

[1] Cfr. Juan Pablo II, Exhortación postsinodal *Pastores dabo vobis*, 25 de marzo de 1992, nn. 42-59.

Notas del Capítulo XIV

[1] Joseph Ratzinger, *Introducción al cristianismo*, Salamanca, Sígueme, 2016.

[2] Cardenal Robert Sarah, *Se hace tarde y anochece*, Madrid, Palabra, 2019.

[3] *Obras de san Agustín*, t. XI, Madrid, BAC, 1953.

[4] San Gregorio Magno, *Homilía 17 sobre los evangelios*.

[5] *Ibidem*.

[6] *Obras de san Gregorio Magno*, Madrid, BAC, 1958.

Nota de la Conclusión

[1] Dom J. B. Chautard, *El alma de todo apostolado*, Madrid, Palabra, 2016.